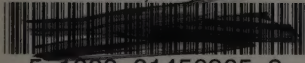


Yuma County Library District



5 1000 01456965 9

Larga vida al Sol

Beatriz Gutiérrez Müller



SH
ON
rez

Lumen

DISCARDED
BY
PIMA COUNTY LIBRARY DISTRICT

Larga vida al Sol

Benito Canales Molle

ALFONSO GONZALEZ
LIBRERIA DEPOSITO
CALLE DE LA VILLA, 100, 28014 MADRID
TEL. 363.4471
www.alfonso.com

LONDRA

Larga vida al Sol

Beatriz Gutiérrez Müller

YUMA COUNTY
LIBRARY DISTRICT
2951 S. 21st Dr. Yuma, AZ 85364
(928) 782-1871
www.yumalibrary.org

Lumen

Larga vida al Sol

Primera edición: febrero, 2011

D. R. © 2010, Beatriz Gutiérrez Müller

D. R. © 2011, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Random House Mondadori, S. A. de C. V.
Av. Homero núm. 544, col. Chapultepec Morales,
Delegación Miguel Hidalgo, 11570, México, D. F.

www.rhmx.com.mx

Comentarios sobre la edición y contenido de este libro a:
literaria@rhmx.com.mx

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN 978-607-310-366-4

Impreso en México / *Printed in Mexico*

MAY 04 2012

Para mis dos jueces, con amor

Índice

I. Las dos heridas al Sol	11
II. Poblamiento	19
III. El origen del conflicto	35
IV. Las dos guerras	51
V. División de la villa	71
VI. Segunda herida al Sol	95
VII. Las dos villas	101
VIII. Las dos leyes	135
Epílogo	149

I

Las dos heridas al Sol

Hace siglos, los pobladores de estas tierras selváticas de quienes voy a hablar eran infatigables expertos en observar el cielo. Ese espacio tan vasto, acaso infinito, localizado arriba de las cabezas de los hombres sería, sin duda, la casa de los dioses alojados en los planetas, las estrellas, los satélites. Allí nacían y morían. A contentillo se acercaban o alejaban, sujetos a las leyes de la armonía universal, juego que siempre era celebrado de forma acompasada, periódica y cíclica. Para el mortal, no había mucho que indagar en las motivaciones del comportamiento de seres tan superiores, pero sí en el aprendizaje abrevado de lo que los dioses dejaban ver de sí mismos, a fin de conocer, en la medida de lo posible, los efectos que tendrían sus pasiones en el mundo inferior.

Leí que estos antiguos pensaban que la colisión entre cuerpos celestes es tan inevitable como los conflictos entre los

humanos. Todo es cuestión de tiempo y espacio. Todo es equilibrio, paciencia y humildad, parecían decir. Tras el combate, las estrellas y planetas reanudarían su movimiento armónico mientras en la Tierra acontecería lo mismo: las aguas volverían a su cauce, los cielos se despejarían y el odio se convertiría en amor. De este modo, en la Tierra, ninguna tempestad ni sequía iba a durar más allá de lo previsto y nuevas semillas de maíz podían ser sembradas. Los astros eran los encargados de recordar a los mortales que cada episodio concluido debía hacerse acompañar de una renovación interior, como la tierra cuando se fertiliza. El humano debía semejar su vida a la perfección de ese cielo que veían.

Es casi obvio decir cuál era la importancia que estos sabios, varones y mujeres, concedían a la astronomía. Sabiéndose pequeños, miraban el geométrico cielo para escuchar las voces del universo en el entendido de que todo es numeración y métrica, música y poesía, un ritmo constante. La historia era para ellos un ciclo repetible, de ahí la importancia de recordar. Recordar, por ejemplo, que hay un tiempo para el reservorio y otro para el estipendio; un tiempo de paz y otro de guerra; horas para el trabajo y otras, para el descanso.

Además, estos centenarios moradores selváticos se tomaban muy en serio el cálculo. Su sistema vigesimal consistente en barras y puntos les permitía cierto rigor matemático. Sabían que una imprecisa interpretación de los miles de eventos que se originan en la galaxia tendría fatales consecuencias para ellos. Perder la cosecha o ahogarse en caso de inundación, por ejemplo. Toda la energía móvil del universo, enton-

ces podía ser una aliada, una verdadera maestra en el camino de la vida.

En particular, estos sabios antiguos tenían un apasionado interés por el planeta Venus. Es el gemelo del Sol, pensaban. Había nacido de la incineración de un dios convertido en serpiente que miles de años antes había volado hasta el espacio, para convertirse en una hermosa esfera blanca colocada sobre una elipse, moviéndose a mayor velocidad que la Tierra, según sabemos hoy. El mítico ofidio allí se alojaba, materializado en forma dinámica, ora como aguacero interminable, ora como sequía. Venus era el dueño del agua y la administraba, por eso lo espiaban tanto. En ello se les iba el tiempo.

La “estrella avispa”, como también le llamaban, poseía para ellos el atributo de la dualidad (el inicio y el fin): ser lucero del alba en el oriente y estrella de la tarde por el occidente. Un buen observador del cielo sabe hoy que, aunque se parezcan, los brillos del Sol y de Venus son diferentes. No se trata, en modo alguno, de una misma estrella. La esfera blanca desaparece cortés cuando el Sol se levanta y, cuando éste se retira, reaparece en el firmamento por unos minutos para decir también adiós y dejar que la Luna se enseñoree. Lo anterior quiere decir que estos antiguos, mucho antes que otros en latitudes y tiempos muy diversos, supieron que se trataba de dos estrellas distintas: si Venus emergía en lados opuestos en épocas diferentes del año e, incluso, desaparecía por una temporada del horizonte, intuían *cuando menos* la redondez del Sol y cómo Venus da vueltas alrededor suyo.

Según sus cuentas, el tiempo que a Venus le toma presentarse como amanecer o atardecer completaba un periodo de 584 días, pero como nuestro planeta también se traslada, cada 47,450 días la blanca estrella se encontrará colocada frente al Sol y la Tierra. Este esporádico hecho en nuestro campo de estrellas, que se denomina “tránsito”, es a la vez un eclipse doble: al emigrar de la conjunción inferior, como dicen los astrónomos, la estrella Venus sale rumbo al oeste al albear y se va alejando hacia el norponiente para dar la vuelta al Sol. Luego de ocho largos años reaparece por el este, para volver a incrustarse en medio del astro rey y el globo terrestre. Si se pudieran ver, los eclipses serían como un punto negro que roza al Sol cerca de la orilla.

En uno de los pocos códices que sobrevivió a la pira organizada por los conquistadores españoles que llegaron a estas tierras —cuyos habitantes preservaban como libros sagrados—, descuella un dibujo de Venus, visto de perfil, con el cuerpo orientado hacia el occidente y con los ojos vendados para no quemarse observando el par de eclipses ocurridos en 1032 y 1040. En la misma dirección se halla su mano derecha, la cual sostiene dos cuchillas simbolizando la doble herida que Venus le causa al Sol. Bien mirado, detrás de los dardos se puede ver una discreta representación del fenómeno astral: dentro del círculo solar se aprecia esa mancha negra implantándose en aquel disco. El cuerpo se encuentra como dispuesto a saltar, mientras la mano izquierda se recarga en una rodilla. Este hombre además está ataviado con un collar hecho de bolas blancas y negras que se hacen

una sola a la altura del pecho y de la cual, a su vez, penden dos petos. De nuevo la dualidad. Otra imagen cincelada que vi me pareció semejar a un grillo en la misma actitud de salto y con el ojo cerrado para que tampoco enceguezca al momento de obnubilar al Sol. Un tercer ícono venusino que me mostraron se esbozaba de modo más sencillo: un círculo del que brotan dos dientes y en cuyo centro se halla un punto negro. El ojo estelar. Dicen los científicos occidentales que los avances tecnológicos permitirán observar, por primera vez en la historia, el próximo par de eclipses de 2004 y 2012 y confirmar los cálculos del entusiasta copernicano Johannes Kepler: sólo cada ciento treinta años, Venus, Sol y Tierra se encuentran perfectamente alineados como para producir un doble eclipse. Sólo que, cuando menos cuatrocientos años antes que él, estos antiguos astrónomos ya lo sabían y lo habían visto.

Pienso mucho en la forma tan extraña como se degradó esa adelantada cultura: tanto conocimiento no le sirvió para perdurar o acaso por concebir que todo tiene su inicio y fin, sus generaciones aceptaron resignadas la conclusión de su esplendor como pueblo. Quizá la decadencia cultural les pisó los pies. ¿Optarían por migrar o acabarse entre ellos? Tal vez los antropólogos, los etnólogos o los arqueólogos me lo puedan explicar. El caso es que unas cuantas familias que lograron preservar su cultura o zafarse de algún cambio inesperado en su sociedad, iniciaron un extraño peregrinar buscando un sitio para fundar una nueva sociedad. Estos errabundos anduvieron en todos los continentes y en todos los climas y

conocieron todas las culturas y sistemas políticos hasta que, persuadidos por los astrónomos que con ellos iban y a los que optaron por hacer caso, dieron con las coordenadas correctas para instalarse en un lugar nuevo y recomenzar una nueva época en un lugar perfecto: era una laguna inédita a todas las que se puedan apreciar en la Tierra, y, coincidencia o no, se localizaba más o menos cerca de las más importantes ciudades de sus ancestros aunque muchos ya no se acordaban de sus orígenes ni se interesaban por aquel tipo de sabiduría sobre la bóveda celeste o las matemáticas.

De la mano del Sol, la Luna y Venus y con el vaho de todas las energías del universo, estos nuevos pobladores se propusieron entusiasmados edificar una nueva humanidad. Sabían por los astrónomos que, casi un siglo más tarde a su asiento, en esas tierras bajas se presentaría el enésimo par de eclipses de Venus sobre el Sol. El 9 de diciembre de 1874, Venus iba a desafiar al Sol por un lapso de ocho días y sus efectos se prolongarían durante ocho años hasta que viniese el segundo, el 6 de diciembre de 1882, con la misma duración y secuelas. Ocho, el número de la repetición. La serpiente heriría dos veces a la estrella de fuego; la iría recorriendo en forma de una manchita negruzca muy difícil de percibir para el ojo humano, mas no por ser imposible de ver, sería imposible de sentir en el ánimo.

Sin embargo, faltaba casi una centuria para el inicio de un evento tan singular en nuestro espacio celeste así que no tenía mucho caso adelantar vísperas, opinaban algunos. En su momento verían qué hacer. Pero, con el tiempo sobrevino

el olvido —incluso de las advertencias de los sabios astrónomos— y todo lo que olvidar trae consigo. Me limitaré a contar con toda la objetividad que nos dicta la ciencia lo que ocurrió entre esta gente.

II

Poblamiento

La bella laguna se encontraba solitaria. Sólo el agua o el viento podrían perturbarla. Las lluvias eran muy frecuentes y de muchas intensidades. Entre el verano y hasta finales del otoño eran casi diluvios. Caían chorros de los cielos hasta por seis días seguidos. Ríos y arroyos se desbordaban, la laguna también. Esa era la temporada cuando su agua revuelta se veía turbia. Los nortes también la sacudían, pero eran tormentas que iban y venían; cuando eso ocurría, el cielo se ponía de un denso color gris y lo más posible es que se proyectaran los primeros relámpagos: luces blancas que anuncian la aparición de rayos, esas descargas electrostáticas que se hacen acompañar de truenos. Pero si apenas estaba pringando, la laguna sentía un alegre cosquilleo y al moverse la nube desaparecía el goteo que regalaba un remanso al lirio morado, al jacinto y a los espadañales que sobre ella se refrescaban. De algunos árboles cercanos, llevadas por venteros inesperados,

descendían ramas que como llegaban, partían: otro viento las alejaba o se iban transformando para coludirse con el agua y fusionarse en una feliz comunión de naturalezas. Las olas podían crecer en tamaño, pero no mucho, y volvían a su vaivén natural por efecto de la gravitación. Pero en época de secas, cuando el calor era más bochornoso que nunca a causa de la humedad, no corría el aire; no se movían ni las hojas de los árboles y el oleaje parecía estático.

Las ciénagas eran más bien fangosas, llenas de limo, y se hallaban a cada tanto rodeando la laguna, con la cual, a su vez, se conectaban algunos arroyos sin afectar en nada su apariencia circular. Pero, como ya se sabe, el mundo vegetal y mineral tienen sus caprichos y por razones que sólo un biólogo podría explicar, no habría dos partes idénticas, si es que se dividiera la laguna. Lo mismo se ha dicho del planeta en donde se hallaba: Eratóstenes de Cirene, en el siglo II a.C. pudo medir la anchura de la Tierra a través de un sencillo pero revelador ejercicio: clavó dos estacas en el pasto, en forma vertical y a una distancia de varios kilómetros sobre una misma línea: una en Alejandría, otra en Siena. Se percató asombrado de que ambas producían sombras distintas a una misma hora, en virtud de la curvatura de la superficie del planeta. Obtuvo, gracias a las matemáticas, la cifra de unos cinco mil estadios, equivalente a unos 41,142 kilómetros de longitud para la circunferencia terrestre. Posidonio continuó la búsqueda y obtuvo otra cifra: 43,200 kilómetros. Algo cercano a lo que se sabe hoy: 40,075 kilómetros. Pero el quinto planeta más grande del sistema solar no es con exactitud...

redondo. Es esferoide, según los geodésicos. Y más redondeces se han encontrado: la Tierra posee sólo un satélite natural, la blanca Luna, la cual tampoco es una esfera perfecta: sus polos están achatados.

Al punto. Este lindo hueco era cuasi redondo, geoide o como se le quiera denominar. Un círculo casi perfecto. Hago hincapié en esto porque cuando se presentaron episodios muy lamentables entre sus nuevos inquilinos, hubo que ser medido y las dos partes en que se habría de dividir no eran idénticas aunque se tratara de centímetros.

El ecosistema de la laguna era sorprendente. El clima selvático en el que le había tocado nacer, permitía que hubiese una gran variedad de especies de flora y fauna. Además, este apacible lecho de agua se veía favorecido por su proximidad a la línea que los geólogos llaman el ecuador. Las comunidades vegetal, mineral y animal convivían con la más ilustre felicidad al no presentarse ningún atentado que alterara el ritmo normal de la naturaleza. Árboles como la ceiba, considerado el más corpulento y majestuoso de allí, hacían de ese monte alto una imbricada comunidad natural donde también crecían caobas, cedros, amates, varíes, ramones y bojones; el jahuacte, guano y tatuán habrían de servir más adelante para la construcción de viviendas y el tinto, como colorante de telas y artesanías.

Todos crecían a su ritmo, en ocasiones hasta alcanzar los sesenta metros. A media altura, podían admirarse árboles con flores amarillas lilas y rosas como el guayacán, el maculí y los framboyanes. Y para comer, anonas o su variante las saramullas, además de caimitos, jaguas, guapaques o tamarindos;

guayas, cuijinicuiles, chinines, nances, zapotes, limones agrios, jonduras, chicozapotes y mameyes, ¡tan deliciosos que son! O naranjas, limas; flores de jamaica, café o cacao para bebidas refrescantes o vigorizantes; guayabas, mangos, ciruelas, piñas, sandías y melones; atrás no quedaban la yuca, el camote, el macal, la calabaza, el chayote, los pepinos y las jícamas; arbustos como el shate y plantas medianas con flores de todos los tonos aparecían a ras de los hombros. Algunas eran benéficas para la salud: maguey, albahaca, malva, chintul, toloache, cohíte y yerbabuena; otras, para condimentar los guisos: chipilín, epazote, cebollín, momo, cilantro, perejil y chaya, por antojar algunas. Ribeteando la represa podían tomarnos desprevenidos los chechenes, tan peligrosos si la piel los roza; zarzas, hongos y florcitas como las hueledenoche, tulipanes, pachulís, blancas mariposas, orquídeas y rosas. O plantas rastreras como la zarza, el malvavisco y la higuera.

La fauna originaria era animosa y variada: había jaguares, tigres reales, tigrillos zapoteros (estos suelen atacar a las personas), mijilotes, ocelotes y pumas yaguarundí, capaces de imponerse ante cualquiera por su ferocidad; garrobos, toloques, armadillos o jueches, jabalís, los aulladores saraguatos que siempre viven en sociedades de hasta quince integrantes, o los monos negros y los micos; tepezcuintes, cereques y tuzas; muchos venados bayo, zorros hediondos y puercos de monte, jabalís, primorosos micos de noche y lechuzas o qué tal los murciélagos, habitantes de las cuevas.

En el agua se divertían lagartos, cantaban ranas y crecían caracoles o shotes, piguas o acamayás; existían los fabulosos

y casi sagrados manatíes que semejaban ser sirenas o ballenas gigantes; peces deliciosos y de muchos tamaños como las mojarras, pejelagartos, sábalos, curucos, topenes, guabinas, bobos, cazones y sardinas; ah, y muchas tortugas llamadas hiccotea, mojina, pochitoque, guao y chiquiguo, según el tamaño, su caparazón o antigüedad. Estos quelonios y los reptiles eran decanos en estas tierras bajas mientras que los caballos, asnos y vacas eran inquilinos aparecidos, muchos de ellos, con la llegada de los conquistadores y la migración de personas.

En los acahuales vivían ardillas (de los tipos colorada, roquilla y negra), conejos, chachalacas, gavilanes y tuliches en donde zumbaban chicharras mientras que en el cielo volaban águilas majestuosas, chombos, guaraguaos, zanates, guacamayas o tucanes, mientras cantaban calandrias, cenizontles amarillos, sargentos, chupamirtos, pijules; había otras aves que, incluso, eran molestas para otros animales como la zacua o la garza que acostumbraban montarse en el lomo del ganado para alimentarse de garrapatas; también muchos chaquistes, esos insectos que dejan irritación cuando pican; tábanos y jejenes.

A medio paso entre el cielo y el agua, patos, garzas, nutrias, pijijes y cuervos. Cerca de los arbustos reptaban la venenosa nauyaca y las masakúas o mocochoas y las boas; iguanas y lagartijas; o trabajaban hormigas arrieras, el comején, alacranes y arañas, confundidos entre la maleza. El mundo mineral aportaba sal, lajas, piedra caliza, arcilla, barro, chinás, chapopote y algunas piedras preciosas: ámbar, jade y obsidiana de roca volcánica. Un espectáculo vibrante y colorido.

Un mediodía inolvidable que se sumaría a otros más felices o ingratos para esta laguna fue cuando llegó el nuevo grupo de pobladores. Era el 29 de septiembre de 1800. Se trataba de una caravana que descubrió la belleza del entorno pero, sobre todo, admiró de inmediato y para siempre la redondez casi perfecta de aquella concavidad. Era como poseer al Sol o a la Luna en la Tierra que, por lo demás, ya se ha dicho que no son circunferencias plenas. Lo mismo daba. Nadie se asienta en un lugar midiendo la perfección. Las personas deciden quedarse en los sitios porque les gustan o porque tienen necesidad de ellos. Este conjunto humano agregaba una tercera recomendación: la de los astrónomos. Sus predicciones científicas consideraban que era el tiempo justo para el reinicio de un nuevo ciclo. Gusto, necesidad y cálculo, en resumen. Lo primero no amerita mayores explicaciones si ya se ha dicho cuán agraciada era esta conchita de agua y su hábitat; lo segundo y tercero quizá sí: este grupo había considerado en consenso que la búsqueda había finalizado y ahora sí, el ciclo para generar un nuevo modelo de vida comenzaba. No sería difícil obtener el alimento, pero había que acostumbrarse al sedentarismo aunque más o menos habían entendido lo que era mientras duró aquel periplo del que regresaban. Querían fundar una sociedad perfecta. Durante aquel exilio voluntario habían conocido cómo la gente se organizaba en aldeas, villas, pueblos, metrópolis e imperios; cómo habían impulsado variadas formas de gobierno sin lograr del todo la felicidad entre su gente.

“De nosotros se hablará —decían orgullosos— porque sabremos convivir en armonía y con mucha paz; privará el

amor y el entendimiento y la tolerancia será nuestra ley suprema. El amor siempre triunfa entre quienes se benefician con reciprocidad”, enunciaban. “Seremos capaces de edificar un nuevo orden que no tenga como basamento lo que hicieron los antiguos. Ni los nuestros”, amenazaban.

Transcurrido un tiempo que no es indispensable fijar si aquí todo será diferente, aquellos caravaneros ya eran aldeanos y luego villanos. Comenzaban a admitir, como sabían de las antiguas civilizaciones, que la vida sedentaria es más placentera para el hombre. El centro poblacional podía brindar, con el generosísimo auxilio de la naturaleza, las condiciones para una vida feliz. Además, esa laguna impar, excelsa y cautivante, no daría paso a la amargura, el conflicto ni la envidia: todos cabían a su alrededor y ella, generosa, plácida y enamorada, proveería a sus hijos el líquido vital.

El territorio de este conjunto lo conformaba un cálculo aun no determinado por un topógrafo y aun más específico, por un planimetrista. Estas fueron dos profesiones que vieron la luz tiempo después y que ayudaron a resolver ciertos diferendos. La gente solía decir que su pueblo abarcaba “hasta donde se pierde la vista”. No había necesidad de establecer la superficie del terreno ni asentar su extensión métrica pues no había enemigos internos ni externos.

Conforme las familias se reprodujeron, las diferencias comenzaron a aparecer. Habían transcurrido algunas décadas desde su fundación, pero nadie reparaba mucho en los desacuerdos si todos trataban de mantenerse como una sociedad libre de conflictos. Bastaba la voluntad y a la felicidad todos

iban entregándose como si fuese la única promesa. Era tal la amenidad de esta comarca, que no dilató mucho en conocerse en el resto del continente.

A lo largo del tiempo llegaron visitantes curiosos que eran recibidos de forma muy cariñosa y con música tradicional y bailes, y a quienes su estancia se hacía más agradable aun, conforme iban conociendo los modos de convivencia de su gente. Como nunca faltó quien deseara compartir para siempre su vida con ellos, se les rogaba no permanecer más de lo que dura en ponerse de nuevo la Luna llena para que ningún forastero incidiera en materias que, estaba visto, sólo ellos sabían resolver bien. Los turistas, observadores, especialistas y personalidades que arribaban, se iban luego muy felices y confiados en que hay un lugar en el mundo donde es posible la fraternidad, la justicia y la tolerancia. Les admiraba mucho que no hubiese moneda corriente, ejército ni policías.

Tengo que decir, sin embargo, que dos elementos de esta villa lacustre habían causado algo de polémica cuando se plantearon en la comunidad: las escuelas y los centros religiosos. Las escuelas porque el aprendizaje es inevitable, decían. Ejercitar la inteligencia es parte de la condición humana. Desde que nacen, los pequeños a ello se dedican, pensé yo: lo primero será aprender a respirar, explicaría un neonatólogo, una de esas actividades que se volvería indispensable (ahora hay quienes profundizan en el fenómeno que va desde la oscuridad de la concepción hasta la luz del alumbramiento y llaman a sus habilidades perinatología).

La infancia es el mejor ejemplo de cómo el hombre es proclive hacia el saber: los críos maman, comen, prueban, observan, experimentan, se caen, se levantan; luego viene el lenguaje: balbucean, parlotean, arman sus frases a trompicones pero se dan a entender, explicaría un lingüista. Cuando comienzan a conectar pensamiento y lenguaje, hay que verlos cómo preguntan los nombres de las cosas. Y más adelante, los por qué. Conforme se da el crecimiento, el género humano quiere saberlo todo. No hay tope a su frenesí por descubrir, preguntar ni responderse. En la edad madura, el comportamiento curioso declina un poco y ya en la vejez todos quieren hacerse olvidadizos o ignorar que un día supieron tal o cual cosa. Esto depende de cada quien y de su circunstancia.

Hubo muchos diálogos en torno a la formación escolar, como el de estos dos amigos:

—¿No son los padres los que educan a sus hijos? ¿Para qué las escuelas?

—¿Y si no hay padres?

—Me refería a que, desde los tiempos más antiguos, la enseñanza ha estado en manos de los padres, tutores o guías, como quieras llamarles.

—Tú mismo das la pista: además de los padres, hay tutores, guías, profesores, consejeros... Los padres no lo saben todo y por ello, en aras del conocimiento, deben encomendar a otros la formación de sus hijos (o de ellos mismos) en aquello que desconocen o querrían descubrir.

—¿Y de qué sirve saber todo?

—Mmmh... para no repetir la historia. Para no olvidar, tal vez.

Para los tiempos en que se decidía cómo llamar a la laguna, ya existían escuelas donde se podía aprender y maestros que debían enseñar. Pero nada especializado, salvo la astronomía, las matemáticas y la historia. La primera era vital para un pueblo que vivía de la naturaleza; la segunda le auxiliaba y la tercera porque concluían que, si conocemos el pasado que siempre se repite —como decían sus ancestros— no sufrirían las mismas consecuencias. Pero en el futuro, como se verá, la población olvidaría esta concepción cíclica de la historia y los astrónomos, matemáticos e historiadores empezarán a ser relegados considerándolos algo así como “tipos raros y ociosos”. Tal vez por ello les vino la zozobra ante el qué hacer frente a los acontecimientos de nuestro espacio de estrellas a finales del siglo XIX, eso no se puede saber.

En todo caso, el conocimiento impartido en el seno materno era el más importante en tanto estaba orientado a reproducir los valores que esta comunidad se había propuesto defender a toda costa: la sana convivencia, el respeto y el amor al prójimo, la paz y la armonía. Los institutos eran aquellos sitios en donde los pequeños y los jóvenes podían aprender distintas materias relacionadas con las necesidades de la comuna: sanar, cultivar, cazar, pescar, tejer y construir; poco a poco se fueron adicionando otras no menos importantes: la música, las artes y los oficios.

Lo religioso se insertó de un modo menos sutil pues junto con el agua y la tierra o, incluso antes, las cuestiones de fe o

cosmogonía han sido la causa de las más cruentas guerras y muertes en la historia. Era reconocido por todos los pobladores de ahí que, en materia de credos, la gente de este lugar se abstuviese de conculcar hostilidad alguna en tema tan delicado. Todos seguían las doctrinas que juzgaban convincentes, correctas o formativas.

Si habían recorrido el mundo entero durante siglos y conocían todos los credos existentes, algunos muy viejos y otros no tanto, lo más conveniente era respetarse. Había politeístas, monoteístas y ateos, pero la mayoría tenía creencias; coincidían en que es vocación del hombre buscar arriba de él explicaciones a cosas ininteligibles. Creer ha sido el mayor alivio humano ante el dolor, dirían los antropólogos, claro, no todos, y por ello no voy a abonar más a la discusión. Hay tantas interpretaciones para las cuestiones de fe (o ausencia de ella) como personas en este mundo. Habrá que ver los cuentos que circulan sobre Dios o los dioses y su forma de actuar o de dirigirse a la creación; habrá que escuchar cuántas recusaciones se han emitido para contrarrestar la eficacia de esos cuentos. Recojo aquí un atolladero singular dado entre un ministro de culto y la madre de dos hijos:

—Si dices que hay un Dios, explícame por qué se murió mi niño a los dos meses de edad; o por qué hay lugares sin agua, guerras por todas partes, gente que no tiene para comer, según nos dicen los historiadores... Ese Dios del que me has hablado estos años es misericordioso y amigo de los hombres, pero no veo providencia alguna. Yo no puedo entender por qué no está mi criaturita...

—A lo mejor porque estás triste y la tristeza nos nubla en todos sentidos. Las muertes de los niños inocentes, la falta de agua en los desiertos, la envidia de la gente que arma las guerras y la injusticia de los hombres no son problemas causados por Dios. Él creó a la naturaleza y al hombre y los dotó de la libertad de moverse y actuar. Si en un lugar del mundo falta el agua no es porque Aquél se las quitó sino porque nuestra humanidad no ha sabido cuidarla y venerarla. Si el hombre desea lo que el otro tiene, dimana la guerra... Dios nunca está a favor de unos y en contra de otros. Así que anímate, ya tienes dos chiquitos tiernos que necesitan de ti, no debieras deprimirtte de más si has sido bendecida con la existencia de ellos...

—Puros argumentos que no me convencen sobre la existencia de un Dios y menos, de uno que protege a sus creaturas.

—Tal vez no prueben nada, es verdad. Yo he sentido la ausencia de Dios algunas veces pero jamás he dejado de creerle.

—Si hubiese un Dios, no habría enfermos o sanos; habría justicia.

—Dios es justo.

—Pero no hay justicia. Recuerda cómo nuestros fundadores llegaron aquí con la idea de formar una comunidad que no reprodujese ningún sistema del pasado ni del presente y cómo nos ha costado trabajo mantener esta supuesta armonía.

—Supuesta pero existente...

—¿Hasta cuándo?

También había hombres y mujeres partidarios de atribuir a diferentes deidades los atributos ajustados a un solo Dios.

Debo suponer que se trataba de un legado de sus antepasados más remotos, aunque en su viaje a través del mundo incorporasen muchas ideas y prácticas en materia religiosa las cuales, por cierto, resultaban bastante eclécticas.

Sus altares y templos eran muy hermosos a la vista: si había que rogar por buenas cosechas, se montaba un poliedro decorado con granitos de maíz de muchas texturas (duros, dentados o harinosos, como catalogaría un taxonomista botánico) y colores (blanco, amarillo, pinto o café morocho, colorado y negro); el sólido se hermoseaba con rosas, tulipanes y gardenias y se aluzaba con velas. A esta gente le gustaba bailar haciendo malabares con palos decorados con listones largos y fuentes de calabaza que simulaban ser un vertedero de agua. El agua indispensable para recoger los frutos de la tierra.

Otros preferían orar cantando viejos rezos en algunas cuevas. Sabían de memoria las plegarias aunque siempre su mentor leía en sus libros antiguas historias y lecciones. Los sacerdotes de este credo se vestían de negro y en la cabeza usaban un minúsculo sombrero mientras las mujeres se colocaban un velo como símbolo de respeto cultural.

En un lado distinto de la villa, otros rezaban y bailaban siempre al anochecer en ermitas refrescantes porque consideraban que el calor no da para seguir cultos en casas o templos a plena luz del día.

Lo importante para esta gente era respetar dogmas viejos o nuevos. Para quienes las creencias no pasaban de ser fetiches en su estado más primitivo, privaba la conciencia de que cada cabeza es un mundo. Esta diversidad ofrecía un paisaje

colorido a quien observara desde un árbol de gran altura cómo lucía la localidad: pirámides, templos, altares, ermitas o cuevas, construcciones hechas por el hombre o la naturaleza, daban la idea de pertenecer a un lugar devoto, plural, festivo y muy respetuoso: arco iris que se sumaba a los intensos tonos de los frutos de la tierra y de la fauna variopinta, además de la propia del agua, colores todos que acentuaban la algarabía característica de esta gente tropical tan celebrada por sus visitantes.

La población en torno a la laguna ya era cuantiosa. Se habían formado decenas de familias que cohabitaban de un modo más o menos feliz. Cuando no se desea lo que el prójimo tiene es más probable que todos estén contentos con lo que poseen. Y aquel ecosistema permitía que cada cual obtuviese los bastimentos necesarios para un buen vivir. Fueron extendiéndose sobre la periferia del lecho de agua, tierra adentro, y se organizaron en barrios, dirían los urbanistas. Por lo regular, estos asentamientos estaban relacionados con el tipo de actividad orientada a satisfacer las necesidades de la población.

Por cierto, antes de que las actividades del hombre se tornasen tan elucubradas o específicas, como ya empezaba a ocurrir en las naciones vecinas, en esta comunidad había lo que en cualquier otra: por aquí los pescadores, ahí los pastores y los agricultores; allí los ebanistas, allá los leñadores; acullá los herreros y panaderos o tortilleros. Lo que uno producía se intercambiaba con lo del otro. Era una comuna en donde la tradición productiva era fundamental. Todos necesitamos

de todos. De este modo, si vestir o calzar era indispensable (lo es, hasta nuestros días) que vengan las costureras y los zapateros. Si lo es descansar, apúntense los tejedores, los carpinteros y los albañiles, y que hagan las hamacas, las sillas y, por supuesto, las casas: paredes con varas de jahuacte entretejidas y un tejado de palma de guano formando un arco falso. Todos ayudan a todos.

Como en todo pueblo, había gustos: no es lo mismo proteger al cuerpo del Sol con cualquier pedazo de piel de venado que lucir un bien confeccionado vestido con tela de manta si es verano; o en vez de cubrirse la cabeza con un retazo de tela sobrante, hacerlo con un sombrero de guano tejido con una elogiosa habilidad para que no traspase ni un rayo de Sol. Es de suponer que estos gustos propiciaron el nacimiento de sombrereros, orfebres, talabarteros, artesanas...

El gobierno de la villa lacustre era muy distinto a todos los demás. "Todos gobernamos", se jactaban. Tal vez sea una exageración porque las criaturas más pequeñitas y que jugaban el importantísimo rol de ser los brazos del futuro, no estaban en condiciones de opinar. Pero sí los niños. Era muy simpático y refrescante escucharlos disertar cuando se les preguntaba su parecer sobre los temas importantes porque su punto de vista siempre era claridoso; la sinceridad de los gurruminos es apabullante.

En las asambleas de este gobierno no extrañaban los niños que, como ocurre en cualquier grupo humano, voltearan a ver a sus padres buscando anuencia para opinar en un sentido o en otro, como no faltaban progenitores que buscaran incidir,

vía su vástago, en la deliberación final. Había chiquillos que, en cambio, preferían mantenerse callados y aprender de los mayores sin pronunciar señalamiento alguno. Este gobierno se denominaba Concejo de la Laguna.

III

El origen del conflicto

Un diferendo en apariencia insignificante comenzó un gran pleito en la villa lacustre.

El 17 de diciembre de 1874, esto es, al finalizar el primer tránsito de Venus, alguien tuvo la ocurrencia de proponer que este nicho en la Tierra debía dejar de llamarse “la laguna” a secas y tener su propio nombre. La propuesta provocó un animado y rotundo sí: todos apreciaban su casi perfecta redondez o, dicho a la manera de los matemáticos, su forma elíptica. Nombrarla era rendirle un honor y un agradecimiento por su generosidad. En la antigüedad, traían a cuento los historiadores, se ungía a los héroes o caballeros, se les embalsamaba y se construían santuarios, templos o ermitas consagradas a su culto.

Las propuestas comenzaron a circular pero fueron imponiéndose dos: la vasija llena de agua debía llamarse, de ahora en adelante, Beso de la Luna. Los argumentos eran muy poéticos:

cuando aquel lejano plato blancuzco presumía su redondez en lo alto de los cielos, a una hora específica que se repetía cada veintiocho días —un poquito más o menos, según los cálculos de los astrónomos—, la redondez de aquélla con la de la laguna calzaban de forma casi perfecta. Es como si la Luna decidiese abandonar su sempiterno lugar por unas horas y con gusto se dejara cortejar por el estuario y fusionarse ambos en un beso entrañable, propio sólo de dos seres complementados, hechos y dispuestos para darse ese momento que se repetiría a fuerza de puro amor consentido. Un milagro digno de la naturaleza.

En contraparte se propuso que, tratándose de círculos magníficos y majestuosos, la laguna debía ser nombrada, de ahora en adelante, Sortija del Sol. Miremos si no cuán fabulosos eran los razonamientos: el astro rey era mucho más celoso que la Luna, pues no se entregaba a nuestra agua cada mes sino dos veces al año. El fenómeno es llamado solsticio. Cuando ocurre en el hemisferio norte, donde se hallaba esta concha, inicia el de verano: el Sol está esplendoroso, como estático en el universo, aluzando a los terráqueos. El efecto que provocaba en su superficie, decían los exaltadores de este fenómeno, era de maravillar: aun de noche, el Sol fulguraba sobre el agua provocando sobre ella la unión casi imperceptible de pequeños aros dorados que formarían una sortija brillantísima en derredor suyo. Decir que se besaban Sol y laguna era poco meritorio: ni la mina más próspera ni el alquimista más fecundo podrían producir, aunque fuese tan

sólo como una experiencia visual, tal cantidad de pepitas de oro sobre el agua y tan grande argolla metálica circunvalando el estero.

Beso de la Luna o Sortija del Sol, uno más bello que el otro, ¿no es así?

En esta población, el nombre de la laguna o so pretexto de ponerle uno, marcó el inicio de un conflicto con consecuencias inverosímiles. Inéditas tal vez no, pues se ha comprobado que otros pobladores habían vivido en el mismo lugar, a saber por qué se fueron o desaparecieron. Para los promotores de Beso de la Luna, el “nombre” elevaba al conglomerado de agua que les daba sustento a una dimensión mística. Aquí una disertación:

—Que dos personas se besen es algo inexplicable.

—¿Por qué? Yo te beso a ti y no pasa nada. Es del todo razonable, se entiende: yo quiero besarte y ya está.

—No seas tan simplista, por favor. Hablamos del milagro de juntar dos bocas que se dicen una a la otra lo que las palabras no pueden externar.

—No te beso, entonces.

—¿Te das cuenta? Besar es entregarse. Por eso es un misterio. Uno no se da a cualquiera.

—No me convences. Yo beso cuando se me antoja.

—¿Y qué te dice tu mujer?

—A ella me refiero.

—¿Y aquel primer beso que se dieron no fue a consecuencia de un gusto que no podrías comprender?

—De aquel beso ni me acuerdo.

Los defensores de Sortija del Sol argüían la importancia de que dos naturalezas (la luz y el agua) simularan tan estimable mineral (el oro) para el mundo humano. Aquí un diálogo matrimonial:

—El oro no siempre fue apreciado, vieja.

—Ay, viejo, antes yo te amaba muchísimo y ahora más bien quiero repujarte una cachetada, seré sincera.

—¡Oye! ¿Y por qué me quieres cachetear? ¿Porque llevamos diecinueve años de casados? Eso no lo merezco. Yo creo que el amor se fortalece con el tiempo, no me digas que me quieres dejar...

—No, no te quiero dejar, ya me acostumbré a ti, ni modo, ya qué... Pero, a ver, no desviemos la buena plática que llevamos. Otro día nos sinceramos con lo del matrimonio, ¿de acuerdo? Las jerarquías y los intereses cambian.

—Ah, sin duda, vieja, todo cambia... Qué pena que pienses así (me refiero a que ya te acostumbraste a mí), pero admito que tienes razón en el fondo: hace cientos, miles de años el hombre era nómada y ahora todos quieren fincar sus casas y hallar su comodidad. Todo cambia, ¡vaya! Pero mi punto es que, si en el nombre llevamos lo que somos, no estoy de acuerdo contigo: decir sortija es hablar de oro y preferir lo que cuesta, no lo que vale nuestra agua.

—¡Nuestra agua vale bastante pero cuesta muchísimo más! Hay lugares en el mundo donde no la conocen ni saben qué cosa es un guayacán o un tuliche. Nosotros costamos más de lo que valemos. Somos una villa de agua.

Esta insignificante propuesta abrió la caja de Pandora. Para la comunidad ajena a los enfrentamientos, la pluralidad de criterios que causaba el simple hecho de nombrar a su cuenco de agua los tenía sorprendidos. No podían creer que las pasiones entre ellos se acentuaran de tal manera y que, Venus desafiando al Sol, les hubiese cernido una maldición como interpretaban los emergentes astrólogos, para entonces ya algo enemistados con los astrónomos quienes los consideraban fantasiosos. Lo cierto era que las energías desprendidas de ese eclipse estaban ocasionando temperaturas más altas y la gente andaba con la cabeza caliente; era más susceptible a cualquier provocación. Por algo decían “estoy como agua pa chocolate” o “me hierve la sangre”.

Todos discutían asuntos que, incluso, salían de la esfera de lo acostumbrado. Los esposos, como se ve, comenzaron a pelear con sus mujeres por temas de convivencia doméstica; las mujeres, con los hijos; los hijos con los abuelos; los abuelos con los vecinos, estos con los artesanos, aquellos con los maestros y los ministros de culto. Las discusiones por cosas que no venían al caso (cómo llamar a la laguna) eran ya lo cotidiano: ahora se criticaba la enseñanza en las escuelas o en las casas; los presbíteros se hacían de palabras con otros sacerdotes o pastores y estos con los agnósticos; todos se engarzaban en pleitos sobre cosas nunca discutidas como si es correcta la hora que dice el reloj; si las nubes son grises o muy grises, tirando a negro; si los manatíes se convirtieron en sirenas o los jaguares en serpientes; si se deben cortar las ceibas porque ya no tienen nada de majestuoso o estorban a la hora de abrir

más calles al tránsito, debido al crecimiento poblacional; si se impone un tiempo de veda para la pesca, si los matrimonios tienen una fecha de caducidad, o sea, si se admite el divorcio; si los hijos deben vivir con sus novias antes de casarse para que la relación no fracase; si el trueque es justo o mejor inculcar el sistema de monedas, aun, de pesos y medidas universales; si se puede cambiar de oficio o actividad; si se construyen hospitales. Por ahí cabalgaban los alegatos. Era una pelotera verbal inusitada. Pero volvía a ellos la cordura y he aquí las razones que daban algunos para estar, ahora, desprovistos de concordia, amor filial y sentido de cooperación:

—Hemos querido edificar una sociedad ignorando que el hombre es, por esencia, conflictivo. Y veamos aquí si no: pregunten a sus esposas e hijos si les parece esto o aquello y verán cómo reverberan sin parar, hablando de cosas que uno ni supuso que habían causado tales estragos. El conflicto es indispensable para que el hombre no se aburra: se sacude la monotonía y consigue una atrabiliaria convivencia que parece hacerle más feliz —reflexionó un varón con el ceño fruncido.

—¿Por qué un nombre puede ser la causa de un conflicto, preguntan ustedes? Porque el nombre es la sustancia. No se puede andar por la vida sin decir “esto soy”, “esto abarco”. Por eso se inventaron los sustantivos. Si hacemos caso a la ciencia etimológica, ahí va la raíz, el origen. El verdadero y profundo significado originario —dijo, por supuesto, un profesor de etimologías—. La antroponimia a ello se dedica. Ahí tenemos que Adán, considerado por muchos el primer mortal, significa “hombre terrestre”, “humanidad”.

Nos cuesta nombrar las cosas por temor, flojera, vergüenza, peligro, definición, conveniencia, ignorancia. ¡Uf!, es cuento de no acabar.

”A causa del nombramiento de algo la gente se libera de muchos debates o se inserta en nuevos. En los matrimonios se dan casos en que un cónyuge desea un antropónimo y el otro lo aborrece. Y luego ellos se aborrecen. A los curanderos les gusta formular una palabra para resumir el diagnóstico del enfermo: “Señor, señora, queridos padres: su hija tiene viruela”. Y de ahí surgen las preguntas, la certeza o las dudas; la preocupación o el alivio. Cuando somos capaces de usar la palabra correcta comienza el lío. O termina. Porque decir es definir. Aquí los topógrafos nos podrán auxiliar: el límite de este territorio es de aquí a acá. Igual con las palabras: significan esto y no aquello.

”Dicho de otro modo, lo que no se dice de ellas no contiene su significado. Y aquí vuelve la carga: ¿qué pasa cuando no sabemos cómo nombrar algo como un sentimiento, un misterio? Ah, se nos complica la vida. Nos invade una gran angustia. Determinar la sustancia de algo define y la indefinición, por cierto, puede ser el origen del conflicto. O cuando menos la indefinición puede crear ventajas en unos y desventajas para otros”.

—Estoy en parte de acuerdo contigo, mano. Los astrónomos hemos calculado todos los eventos de la naturaleza y esta es una forma de definición. Si sabemos que los tránsitos de Venus sobre el Sol ya comenzaron, y definimos que ese tránsito es sinónimo de agotamiento de lo viejo y renacimiento

de lo nuevo (ojo astrólogos), entonces podemos tomar buenas decisiones cuando concluyan o bien, resistir con inteligencia, resistir mientras pasa el tiempo en que la piel termine de mudarse —agregó uno de los astrónomos.

—¡No! Un nombre no puede ser la causa del conflicto; de hecho, en nuestra comarca nadie tiene uno. Puros apodos, motetes, referencias —se inconformó un pescador.

—¿Y los apodos no son un nombre? —intervino el etimologista.

—A lo mejor sí, pero no me interrumpas: el problema es la ociosidad que nos está haciendo pensar que necesitamos tales o cuales apelativos. Como aquí tenemos de todo y sin mayor esfuerzo, andamos de fisgones porque nos queda mucho tiempo gozador, ¡mira qué gordos estamos ya todos! Cuando alguien está ocupado en lo suyo, como en otras partes donde por ejemplo, les cuesta mucho pescar, las tarugadas no caben en su mente. Donde hay esclavitud, los amos se dedican a comer y a recostarse figurándose soluciones a problemas que nadie les ha pedido que resuelvan. Entonces, a trabajar todos porque si no, vamos a acabar repitiendo modelos de los antiguos —agregó el pescador.

—La ociosidad... ¡claro que no! —respingó una mujer rondando los cuarenta, madre de cinco hijos—. El nombre de la laguna o de nosotros como personas o como comunidad, es lo menos importante. Es un pretexto. Debía brotar el pleito más tarde o más temprano porque nos gana nuestro ser pecadores: soberbios en primer lugar. A la laguna, que en un principio nos pareció un regalo de la naturaleza, le estamos faltando al

respeto y no por llamarla de alguna manera, sino porque ya no le rendimos la pleitesía que se merece. Suponemos que somos más inteligentes que ella, el Sol o que otros pueblos o que Dios. La soberbia consiste en creerse más poderosos que lo superior y, llegados a este nivel de inconciencia, el hombre pierde todo respeto por el prójimo y por la naturaleza.

—Ya que hablan ustedes de pecados, la causa de los males del hombre hay que buscarla en la acedia. La ausencia de esperanza. Es sentir horror por el bien; desear, desearse el mal, la desventura, entregarse a la enfermedad y a la holgazanería. Es abatirse, no perseguir nada. Es un cansancio, inquietud del corazón. Querer suicidarse —dijo, rotundo, un ministro de culto—. Y quien no es capaz de amarse ni a sí mismo, ¿qué puede procurar para su prójimo? Aquí hemos tenido de todo: animales, minerales, la bendita agua, un Sol generoso y humilde y mucha comida. Como es fácil alcanzar nuestro bienestar, nos hemos acostumbrado a no luchar por nada...

—¡Tiene razón el astrónomo! ¡El primer eclipse de Venus acaba de suceder! —interrumpió alguien, logrando murmullos y en algunos, hasta preocupación.

—No nos salgamos del tema —ordenó “el persa”—. El hombre es proclive al mal porque no es bueno ni perfecto como Dios aunque desee imitarle. El demonio lo tienta y ahí va: derechito a desviar su camino. Si tiene la conciencia de que obrará mal, es un pecador a todas luces; mas, si no supo cómo ni cuándo faltó a la recta virtud, está perdonado.

—Quieres decir, entonces, que un conflicto es menos importante que su causa —dijo pausado pero en tono severo

“el séptimo”, conocido de este modo por haber sido el séptimo hijo de sus padres—. Siendo así, me parece conveniente externar ahora que no supe en qué momento pudimos evitar el brete este del nombre de nuestra conchita de agua, porque hay móviles irresistibles y depresiones incontrolables que nos fuerzan a optar, unos por Beso de la Luna y otros, por Sortija del Sol. ¡Estas son justificaciones fatuas! El hombre es dueño de sus actos y tiene la libertad de optar por el bien o por el mal. Nosotros somos responsables de lo que hacemos, aun si es verdad que los dos eclipses acarrearán pleito, guerra, disolución...

—Ya estamos hablando acerca del origen del mal, no del conflicto causado por un nombre... —interrumpió una mujer embarnecida que no paró de comer mientras duró la plática.

—Uno es causa del otro, ¿no? —le respondió uno de los maestros—. Es cosa de echar una miradita atrás y ver cómo acabaron los babilonios, egipcios y romanos que a los historiadores nos gusta tanto referir como ejemplos de un comportamiento errático. Y a cuál más los griegos que bien habían definido qué cosa es la *hammartia*. Es “no dar en el blanco”. El hombre puede errar por omisión, dolo, pecado. Y al errar ofende al prójimo. ¿Y por qué razones caemos en la *hammartia*? —y se hizo un silencio general—. ¡Ah, pues porque olvidamos o queremos olvidar que debemos hacer el bien!

—Yo digo que este no es un asunto de pecados o de demonios sino de alejarse de la voluntad de Dios —expresó el rabino—. Hay una palabrita en hebreo de mucha significación:

bokmah, que es el arte de hacer las cosas bien. En esto consiste la sabiduría. Un sabio no es el que acumula muchos datos sino el que se lleva bien con Dios, el hombre y la naturaleza. Por eso el hombre sabio es el que hace el bien.

—Claro que es un asunto de demonios —replicó una muchacha que por esos días estaba a punto de casarse—. Los magos de nuestro pueblo bien nos han dicho que debemos contar con protecciones para que no nos afecte este mal que viene.

—Me suena al *daimon* griego... —terció el historiador.

Y he aquí que una de las viudas, conocida por ser no creyente, lanzó al fin su discurso dejando a varios comentando su desaprobación:

—A mí me “suena” a supercherías, a cual más estúpidas e irracionales unas y otras. Si hemos construido una sociedad respetuosa, nadie tendría que hacer brujerías o fetiches a otro y menos buscar a quien las deshaga —y miró a la joven casadera—. Y si no somos la sociedad más respetuosa de la historia de la humanidad, nada puede más que la mente humana. Ni los amuletos ni la magia, ¡qué gente son ustedes! ¡Piensen! ¡Usen la cabezota! ¡Esos pastores de culto o los astrólogos, qué se yo, los tienen bien idiotizados!

—A mí, con toda sinceridad me parece que discutimos bobadas —dijo un muchacho, el que se iba a casar con la señorita que ya he dicho—. Hay que conformarse. ¿Por qué esa necedad de cuestionarse todo? Las cosas son como son y no todas las preguntas tienen respuesta. Es más: es una insolencia preguntarse todo.

—El origen del conflicto es que somos diferentes, ya lo vemos aquí —recitó un herrero a quien no hay que perder de vista pues relumbrará en el futuro de esta historia—. Pretendemos igualarnos desde nuestros ancestros los caravaneeros, bajo la promesa de no repetir ningún modelo antiguo en donde todo se dividía en clases, tipos y jerarquías. Pero vamos caminando hacia ese sentido. El hombre, por esencia, es diferente y en consecuencia él genera derechos para unos y privaciones para otros. ¿Quién puede arrogarse la facultad de decir “soy superior a ti”? Tal vez yo, tú o todos nosotros. Y porque es una debilidad humana, aquí echamos por la borda los linajes, las herencias de sangre, la teocracia, el gobierno de un solo hombre, las camarillas. Pero ya se va viendo que es imposible hacer efectiva la igualdad, qué barbaridad...

—¿Diferentes en qué sentido? —le preguntó “el persa” sin obtener respuesta.

—Tienen razón ustedes —intervino la amiga de la muchachita casi desposada—. Hay quienes prefieren los cielos y otros, las aguas; hay quienes desean cantar o hacer algún tipo de actividad física, no sé, un deporte, mientras ya tenemos, aquí mismo en nuestra villa, a quienes prefieren dejar la cacería y tornarse alfareros.

—Sí, somos diferentes en todo: hay colores de piel, gustos, preferencias religiosas y educativas. Ninguna sociedad es un monolito. Estamos condenados a vivir en medio de la injusticia porque no hay hombres iguales, por tanto, no hay igualdad —coincidió en decir otro maestro.

—Nosotros quisiéramos decir que la injusticia surge por la codicia —dijo a su vez el abuelo de la amiga dicha, señalando a su esposa quien escuchaba atenta mientras bordaba unos paños—. El hombre nunca está satisfecho con lo que le toca. Los mayores queremos juventud; los chiquitos tienen prisa por ser grandes; las mujeres estériles desean rodearse de muchos hijos y aquéllas que los tienen, los descuidan; por no hablar de la riqueza; ésa, todos la quieren. He aquí el siguiente principio: “eso que no es mío o que no puedo tener por mis propios medios, te lo quito”.

—Pero aquí no hemos sido codiciosos...

—Hasta ahora, señores.

—¡Qué desvaríos! —se quejó un pastor en representación de sus dos acompañantes—. Empezamos con que tenemos dos nombres para nuestra laguna y ahora ya se habla aquí del origen del conflicto, de la desigualdad, de los pecados y de las causas de la injusticia...

—Si no quieren participar en este debate, retírense...

—Nos marchamos... —amenazaron los tres y se fueron, según sus propias palabras, “a hacer cosas de más provecho”.

—Escuchen, escuchen... —externó “el séptimo”—: Hemos sido tolerantes con muchas cosas, incluidas aquellas sobre las escuelas y las religiones. No será el insignificante nombramiento de nuestra laguna el que dé al traste con el gran esfuerzo que hemos procurado durante setenta y cuatro años.

—Es que ya no tenemos entendimiento —concluyó una familia completa en voz de su madre—. El conflicto está entre nosotros por la causa que más les plazca apuntar si es que

tienen un cuaderno y llevan la bitácora de esta discusión. Nosotros también nos retiramos.

—El eclipse, ahí está la respuesta —recordó el astrónomo queriendo evitar que la plática fuera suspendida—. Les quiero recordar que hace unos días la estrella Venus se encontró perfectamente alineada frente a la Tierra y el Sol por un lapso de ocho días. Esto era causa de mucha preocupación entre nuestros ancestros, nos lo recuerdan los historiadores. Por eso, mientras duraba el tránsito, se arrebujaban en sus casas y cerraban puertas y ventanas para guarecerse de cualquier influjo negativo. Ocho, el número de la repetición, ¿recuerdan? Y nosotros los astrónomos, estamos persuadidos de que las energías del cosmos se mueven con tal magnitud que, por un efecto de simpatía o antipatía, el hombre también se ve afectado. Los astros inciden en la vida diaria. Y más un fenómeno como éste: sólo se registran dos tránsitos así cada ciento treinta años, ¡un acontecimiento poco común! ¡Por ello será significativo! En poco menos de ocho años más vendrá el segundo para completar el par. De nuevo el ocho. Y les hemos advertido a todos que se trataría de un periodo de mucha confusión e irracionalidad, de calentura, pero parece que algunos no han escuchado ni a todos les preocupa.

—Claro que no, son supercherías. Creer que los astros pueden más que Dios es una gran estupidez. Hace mucho, por afirmar esas cosas, los habrían llevado a todos ustedes a la hoguera —juzgó “el séptimo”—. Dios es el ser más poderoso y más amoroso, es nuestro creador, nuestro padre protector, ¿por qué habríamos de temer? ¿Creen de verdad que los

juegos, flirteos o embates que hagan Venus, la Luna o el Sol pueden más que Dios?

—Los astrónomos no somos astrólogos, ¿eh? Que quede muy claro. Tal vez en el pasado había esa confusión. Lo nuestro es una cosa de ciencia.

—Y los historiadores queremos recordar a todos ustedes que ambas cosas iban de la mano. Uno hacía el cálculo y el otro lo interpretaba —agregó el historiador, queriendo corregir al astrónomo quien no dejaba de mirarlo con rabia.

—Calma... Calmados... —expresó la esposa de un carpintero—. A nosotros qué nos importa lo que hayan hecho en sociedades y tiempos pasados. Aquí constituimos una comunidad nueva, sin remedo de los errores cometidos por esas gentes infames que sacrificaban a las personas o los que las quemaban en una hoguera. En nuestra comunidad de agua nadie es juzgado por sus creencias y no es el tiempo de argumentar si en aquellos tribunales o por viejas creencias obraban con razón o les faltaba.

—¿Y no se ha dicho ya en otra parte que la naturaleza también tiene sus propios designios y le juega trastadas al hombre? —machacó “el séptimo” para luego lanzar otra pregunta—: ¿Por qué no habríamos de creer que, así como Dios tiene para nosotros un plan de salvación, la naturaleza sigue el suyo y ello explica las inundaciones, las sequías, la muerte, la extinción de especies para que aprendamos de ello?

—Mi pregunta para todos ustedes es: ¿por qué creen ustedes que Xibalbá, el amo del monte... —comenzó a decir un escéptico barbudo.

—El “dueño del monte”...

—...¡Como se llame!, el dueño del monte, Venus, los *daimones* o demonios, los dragones, Dios o los dioses, ¿definen el curso de nuestra historia? Esto es para reírse... Es cosa de ignorantes... ¡Fruslerías!

Los alegatos de unos y otros con estos y aquellos se iban modificando como siempre sucede: una plática comienza con un tema y vienen las digresiones, los desvíos no menos interesantes, pero cambios de rumbo al fin y al cabo. No había consenso en torno a cómo referirse al bello relleno de agua y los razonamientos llegaban a plantear orígenes como la existencia de los demonios, la sabiduría, el ser conflictivo del hombre, los pecados, la ociosidad, las lindes entre la astronomía y la astrología... El contenido se iba alejando. Estas y otras pláticas se reproducían y ahondaban mientras, en efecto, Venus iba en camino de su máxima elongación oeste para dar la vuelta al Sol por el norponiente y volverlo a eclipsar por el este en menos de ocho años. Cuatro pares. Ocho, siempre el ocho.

IV

Las dos guerras

Las ideas en torno al nombre de la laguna (y, como se ha leído, alrededor de los temas más polémicos) dieron pie al primer gran enfrentamiento. Los pobladores más alertas y avispados habían logrado convocar a todos para tratar el tema en su Concejo de la Laguna. Por tradición, el orador presidente de este órgano de gobierno era cabeza de grupo de algunas de las muchas actividades que se realizaban en la población. Esta vez era un pescador. Frente al Concejo que, se debe insistir, lo conformaban todos, el presidente sugirió llevar a cabo una votación sobre los dos nombres en pugna.

—¿Y por qué habremos de votar? —le inquirió una ancianita.

—Vamos a medir la preferencia conjunta de todos.

—¿Y a mí qué me importan las preferencias de estos locos? —agregó enseguida.

—Yo sí quiero saber —terció una señora joven.

—¿De cuáles locos? —preguntó un distraído.

—Tú y todos los demás.

—¿Y quién gana?

—Ganamos todos —expresó la señora joven.

—No, hombre, gana quien tenga más votos —le corrigieron.

—O bien, pierde la minoría —gritó alguno con tono de obviedad.

—¿Y ese sistema, qué? ¿De dónde viene? ¿Por qué tiene que ser nuestro? —interrogó un adolescente.

Un historiador pidió la palabra. Recordó que muchos siglos antes el griego Mestrio Plutarco explicó cómo se dividía la población libre del Ática. Geomoros, demiurgos y eupátridas eran las tres clases sociales: unos eran los campesinos; otros los artesanos y los terceros, los nobles. Geomoros y demiurgos conspiraron un día contra la nobleza y formaron el *demos*, el gobierno de los artesanos y los campesinos. O sea: el gobierno del pueblo.

—Muy buena su memoria pero, ¿y los ilotas? ¿No quedaron fuera de este *demos*?

—¿Quiénes son los idiotas? —solicitó saber el joven distraído.

—Los ilotas, idiota.

—Los ilotas eran los esclavos —informó el historiador.

—Que se diga que las mujeres estaban excluidas del *demos* —pidió una abuela.

—Como siempre —agregó su comadre.

—¡Pero aquí todas importamos! Así que nada de *demos*. Todo eso siempre ha fracasado en pueblos del extranjero. Cada comunidad tiene su propia historia y a ella ha de ajustarse —insistió la abuela.

—Si no practicamos el *demos*, el poder en manos de pocos se hará realidad... —advirtió la señora joven.

—¿Y haremos una votación? —preguntó el adolescente.

—Nada de *demos*, nada de *demos* —exigió la misma abuela.

—Votemos pues para saber si hay o no una votación —pidió el pescador.

—¡Sí!

—¡No!

—Primera pregunta: ¿votamos para saber si hay o no una votación?

El procedimiento establecido desde hacía lustros era que las personas manifestaran su acuerdo levantando ambos brazos. Cosa curiosa: no sostener uno sino los dos, si a todas luces es más cómodo lo primero. El inconveniente era que, habiendo crecido tanto la población, aquel cómputo requería mucho afán. El pescador no podía solo. Suspendió la votación por unos minutos y pidió ayuda a veinte arponeros para llevar la cuenta, pero estos no lograban, en modo alguno, resolver el desorden que se iba gestando. Mientras se intentaba contar el par de brazos de unos, otros ya se cansaban de sostenerlos hacia arriba y no ajustaban las cuentas. Se generó muchísima inconformidad. Comenzaron los reclamos.

—¡Mis brazos, aquí están!

—Ya te conté —retó un arponero.

—¡Mentira! ¡Esto es una farsa!

—Va de nuevo. Por favor: sostengan sus brazos levantados los que quieren que haya votación para saber si hay votación y... —rogó el pescador.

—¡Llevo una hora con los brazos al aire!

—Hey, hey, cuidado, me aplastan.

—Ay, mi hijo, lo atropellaron, ¡abusivos!

—Mamáaaaaaaa...

—¡Orden!

—¡El desbarajuste!

—¡Huyamos!

No fue posible conducir una votación con el fin de saber si había que votar o no. Los humores se encendieron. En medio de la agitación, muchos comenzaron a repartir cachetadas y a golpearse con las puntas del pie. Nadie permanecía sentado. Las bocas comenzaron a insultar y los dedos a enterrarse en otras pieles. Por todos lados se veían jalones de cabellos entre mujeres, rasguños, mordidas. Siguió una lluvia de piedras chinas y garrotazos.

En esta batalla campal, los y las más fornidas sometieron a los de peso promedio. A punto del ahogamiento, los que habían tenido el infortunio de quedar bocabajo no podían defenderse y en su auxilio llegaban otros más gordos que los primeros para mostrar músculo. Era imposible saber quién combatía contra quién. Desde el techo de una guaya, un hombre con bastante sobrepeso se dejó caer en una de estas peloteras. Fue un admirable salto al vacío porque en cuestión de segundos pudo haberse disuelto la bronca y a él quebrársele el

cuerpo al no haber un colchón humano que amortiguara el descenso, pero tuvo tan buena suerte que se estrelló sobre la espalda de un trío de aguerridos golpeadores y logró someterlos, rasgando sus ropas y jalándolos del cuello. Estos voltearon de inmediato a mirar al ultrajador y en cosa de milésimas fueron molidos, a su vez, por los auxiliares gordos que intentaban salvar a los flacos sometidos.

Menudo zafarrancho. Algo inédito en esta villa, según pude saber. Nunca se había oído tal gritería y jaloneos en el Concejo de la Laguna que, por lo demás, había conducido sus sesiones con cierto orden a lo largo de su existencia. El lío concluyó al cabo de una hora cuando el cansancio rindió a los combatientes que abandonaron la plaza, furibundos, lastimados y muy ofendidos. A raíz de este primer encontronazo que dejó ciento ochenta y cinco heridos, dos de ellos graves y quienes, por fortuna no fallecieron, muchos conversaron acerca de cómo había sido posible llegar a los improprios y agresiones cuando eran célebres por su civilidad.

—Está visto que ese tiempo ya se acabó.

—Eran pocos nuestros fundadores. Entre menos, mejor.

—Antes vivíamos en una ilustre felicidad.

—Todo es hipocresía ahora.

—Siempre fue hipocresía.

—Sólo queda la fama que tuvimos frente a otros pueblos...

—Nos hemos deshumanizado...

—Antes estábamos bien.

—Mejor que todos saquemos el cobre.

—Nos ha ganado el conflicto. Aquí está entre nosotros.

—Es un demonio.

—Xibalbá.

—La estrella Venus.

—La soberbia del hombre.

—La paradoja de Epicuro...

—¿Y eso qué es, señor historiador?

—Ah, pues plantearse el problema del mal. O sea: cómo es que existe el mal si hay un Dios bueno y todopoderoso. Ya en *La Odisea*, Homero decía que...

—Ya cállate, me importa un comino lo que haya dicho el tal Homero —interrumpió la abuela mientras su comadre asentía.

—No hay remedio. Repetimos la historia de los hombres. No podemos distinguírnos. ¡Acabaremos siendo iguales a los demás!

—¿Es Dios incapaz de prevenir la maldad?

—Todo fue una farsa...

Esta era la común opinión de los más añosos. Los jóvenes decían que al fin podían estrenar sus puños; los niños estaban asustados; las madres, indignadas. Los maestros de escuela argumentaban que toda urbanidad había sido echada por la ventana; los ministros de culto y hasta el rabino, hacían llamados a la concordia y aseguraban que un demonio había llegado a su casa; los astrónomos seguían sus observaciones y corroboraban los cálculos de los cuales, a su vez, se servían los astrólogos para hacer agüeros, algunos bastante subjetivos y tergiversados. Interesante: hasta se hizo la carta

astral de la comarca para conocer sus tránsitos, conjunciones, trigramas, cuadraturas, sextiles, oposiciones y otros detalles, según la fecha de su fundación, el 29 de septiembre de 1800, como recordará el lector. Los adivinos ahora tenían mucho trabajo. Había personas deseosas de conocer su porvenir aunque fuera funesto. Y también hay que decirlo: a muchos les resultaba indiferente preocuparse por estas supersticiones o por el futuro mismo.

Pero algo se avanzó. La gente comenzó a favorecer la idea de una votación para saber si el nombre de la laguna era tal o cual. Cuando llegó el día para decir el nuevo apelativo, se organizó la siguiente sesión del Concejo después de tres años y medio de la última. Esta vez, la oradora principal era una madre primeriza. Hizo la convocatoria a todos los concejales (es decir, a todos los pobladores) solicitando orden, respeto y paciencia. Ella misma reconocía que el sistema de brazos levantados era obsoleto a consecuencia del crecimiento desmedido de la población y proponía que la intención del voto se manifestara introduciendo en un depósito una piedra blanca por un sí y una negra, por un no.

—Aquí están las piedras recién colectadas de nuestra agua.

—¿Y por qué piedras, señora? Pueden lastimar...

—No veo yo a quien quiera lastimar... No es nuestra costumbre —respondió la madre primeriza.

—Ah, la primeriza quiere pecar de ingenua... ¿Recuerdas, joven dama, que la última sesión de nuestro Concejo acabó siendo un zaperoco? —dijo un señor chimuelo arqueando la ceja y con el índice levantado en señal de advertencia.

—¿Y entonces qué proponen? —reviró ella.

—¿Y si perdemos las piedras? Ya sé: semillas de guanábana para los que estén a favor de que el nombre de nuestra laguna se someta a votación. Los que no, no depositan nada —planteó el adolescente.

—O maíces blancos para el sí, morados para el no —formuló la novia que iba con él, mirándolo, pícara.

—Déense cuenta, por favor, esto será la anarquía, ¡somos tantos! —gritó alguien desde atrás.

—¡Nada les parece! ¡Se han vuelto insoportables! —espetó otra persona en el lado contrario.

—¡Sí, nefastos! ¡A la calle! —exclamaron unos.

—¡No, que se queden, que se queden! —atizaron otros.

—Y lo mejor es lo peor que se va a poner...

A los reclamos airados siguió el abandono de la sesión de aquellos que fueron expulsados y el de otros que, en solidaridad, hicieron lo mismo. Los niños, entre tanto, comenzaron a comer guanábanas y a lanzar cáscaras al aire. Unos adultos se acercaron a otros para encarar el insulto y se armó la escaramuza. Del insulto pasaron a los empujones, luego a los jalones, los pisotones y golpes al estómago. Comenzaron a correr para todos lados con múltiples intenciones: evitar el conflicto o abonarlo; indagar quién decía qué, dejar la sesión del Concejo, gritar más fuerte, jalar los cabellos, reñir como nunca; desahogarse, litigar, hacerse el bravucón. Muchos protegieron a sus hijos o a los ancianos. En la camorra se produjeron resbalones y descalabros. Aquello era una acometida brutal y se culpaba al de enfrente por la sangre que ya

asomaba en narices, bocas y puños de varias decenas. La ira cobró mayor vigor, pues comenzó la revancha. Se levantó tanto polvo que muchos se vieron impedidos de una buena vista y, claro, de un consiguiente buen golpe. Pronto, hubo quien tomó cuantas piedras pudo alcanzar y comenzó a lanzarlas al aire. Otro le secundó. En un abrir y cerrar de ojos, el depósito de piedras blancas y negras había sido vaciado mientras éstas viajaban en medio de la polvareda causando estragos en aquella multitud. Cuánta descompostura. Y tan súbita. La batalla fue menguando pero duró casi dos horas. El saldo fue de tres personas fallecidas, doscientas dos lastimadas, veinticuatro heridas de gravedad y cinco desaparecidos.

El caserío de la laguna hermosa estaba de luto. En los barrios se organizaban las exequias a la manera de sus credos o costumbres; algunos decidieron enterrar, otros embalsamar o incinerar a los cadáveres. Durante esa tarde y hasta varios días por delante todo era llorar. Los preparativos generaron otra escalada de conflictos. Por las calles se veían caras largas, enojadas, entristecidas, asombradas.

Los centros religiosos estaban a tope al iniciarse las honras fúnebres, pero los ánimos no se apaciguaban. Qué va. El recorrido de los ataúdes, urnas o sarcófagos permitió que unos y otros comenzaran a culparse. Se endilgaban cargos y responsabilidades; se querellaban y amenazaban con diversos tonos intentando la mayoría (expresaría mucho después un psicólogo de masas), desahogar el torrente de ira, tristeza y ofensa que deja en los deudos el asesinato de un ser querido. Pero, a diferencia de lo que algún día pueda explicar un

criminalista, aquí nunca se supo quiénes fueron los autores materiales o intelectuales del fratricidio en contra del viejito y las dos mujeres.

En este caserío se habían ufanado tanto de respetarse y constatar como nadie la importancia de la reconciliación, que nunca había existido la necesidad de contar con fiscales, peritos, un defensor para el acusado; tampoco con la formación de una averiguación previa, el oficio de consignación o liberación, o jueces que determinaran sentencias con penas, resumiría un abogado penalista. Nunca se pudo saber cuál fue o fueron las manos criminales que segaron la vida de las dos señoras ni de qué manera se hicieron, entre casi todos, tantas heridas. Sin embargo, más tarde el juicio en torno al fatal destino del anciano salvó un pelo de cordura en esta gente pues coincidieron en que no había fallecido asesinado, sino a consecuencia de un ataque cardíaco mientras buscaba dónde guarecerse. El fin natural de la vida aunque fuese por el pánico.

Los niños y niñas que no se hallaban aparecieron en un lapso de uno a cinco días, escondidos por el susto en diversos lugares del pueblo. De entre los heridos fallecieron siete más, así que las cremaciones, sepulturas o momificaciones se sucedieron a lo largo de treinta días.

Los ministros de culto ya no dudaban acerca de que el mal o un demonio poseían a la gente. Los astrólogos veían confirmadas sus sospechas. Los historiadores se reprochaban no haber advertido lo suficiente sobre la repetición cíclica de la historia: al odio sobreviene la violencia, siempre.

Preocupados, los astrónomos relacionaban los hechos con el reflejo simpático que ocasionaba la interposición de Venus sobre el Sol y cómo el tiempo de espera hasta completar el ciclo de dos eclipses, que se prolongaría por más de cuatro años, significaría más y más conflicto. Los maestros defendían la educación a contrapelo de aquellos que, desde mucho antes, ponían el acento en la desaparición de la escolaridad insistiendo en que la civilidad era suficiente para enfrentar los problemas colectivos.

Muchos estaban deprimidos; otros, engallados. Los dominaba el desconcierto, una especie de locura, obnubilación, tristeza y zozobra. No faltaba quien recordara aquellas pláticas de años atrás, luego de iniciar el primer eclipse, cuando los pobladores disertaban en torno al conflicto, el mal, los pecados... Y que el ser humano no puede prescindir de la discusión.

La envidia empezaba a hacer de las suyas, parloteaban unos; “no, la soberbia”, corregían otros. Los perezosos y con tendencia suicida ratificaban sus posturas: “¿para qué luchar, para qué saber, para qué adivinar si todo está escrito ya? ¿Es que no se han percatado de que no hay nada a qué dar la vuelta si todos los días amanece y anochece; las lluvias van y vienen cuando corresponde, como un reloj según nuestros matemáticos, y que por más empeño no cambiaremos nada?” “El destino no se puede modificar”, se lamentaban. O excusaban. “El lobo es lobo para el hombre”, corregían en otra parte. “El valor y las obras de los hombres se rigen por el utilitarismo y el egoísmo, el apetito del poder”, agregaban otras

voces. “Las cabezas del Leviatán”, susurraban por ahí; “la brujería”, zumbaban por allá. “Esquizofrenia colectiva”, diagnosticaría un psiquiatra en los años por venir. “Hay simulación en todas partes, fuimos una mentira”, concluían otros. Los melancólicos pensaban en lo difícil que es alcanzar la felicidad y los combativos, por ejemplo, en la valentía que significa echar el cuerpo para adelante en tiempos de guerra.

Por años no se habló de otra cosa más que del daño que pueden provocar las diferencias en la gente. Mejor dicho: la intolerancia frente a las diferencias entre la gente. Es más, de ello nunca se dejó de hablar.

Un par de años adelante y ya apaciguados un poco los ánimos desde aquella batalla campal, se organizó de nuevo una sesión del Concejo de la Laguna. Para entonces permeaba la común opinión de que ningún conflicto puede resolverse mediante la evasión. Así que al toro por los cuernos. La oradora en turno convocó a una asamblea.

Advierto al lector que esta muchacha no era la misma de la ocasión anterior: aquélla había sido abrazada por la muerte tras la primera guerra, eso sí, por causas naturales y su criaturita, por cierto, había quedado bajo la custodia de su abuela paterna.

La nueva presidenta era una estudiante con capacidad para liderar y quien consideraba más o menos urgente definir si había o no votación para votar el nombre de la laguna porque ya comenzaba a imperar cierta anarquía nominal: unos ya daban por oficial Sortija del Sol y otros, Beso de la Luna. De modo que se iban conociendo, por aquí y por allá, ciertos

epítetos: los besados, los solares, los ensortijados, los lunáticos, los heliófilos, los plenilunios, los lunares, los aurícolas... Y esto de nombrar apenas era el comienzo.

Reunido el Concejo no sin ciertos resquemores por las heridas más o menos recientes, y ya mucho más nutrido por el crecimiento poblacional, la estudiante ordenó repartir unas hojas con el tema de la reunión, a fin de que toda la comunidad estuviese enterada.

—A mí no me tocó papel, ¡que hable fuerte la oradora!
—reclamó un muchacho.

—Yo sí oigo, acércate para acá... —sugirió su hermana.

—¡Orden! —pidió uno.

—¡Silencio! —gritó otro más.

—¿Y quiénes son estos que están ahí parados? —preguntó la ya conocida abuela mientras su comadre miraba a los tipos con cara de horror.

Eran cuarenta individuos peculiares. Para empezar, ninguno de ellos tenía barriga, parecían atlantes. Muy serios y formales, se hallaban uniformados con un traje aceitunado. La chaqueta tenía unas discretas hombreras y los pantalones se abombaban a la altura de los maléolos porque sobre la tela se habían ajustado las botas negras con agujetas. Colgando de la cintura tenían unas macanas, cosa digna de observación para estos pobladores. Nunca se había visto a tipos como ellos en ese lugar.

—¡Fuereños!

—¡Invasores!

—¡Váyanse, ustedes no son de aquí!

—Mamá, ¿me disfrazarás algún día como ellos?

—Ea, bienvenidos.

—¡La guerra!

La presencia de los uniformados alteró el ánimo de los integrantes del Concejo. La oradora tuvo que gritar para exigir silencio y explicar qué hacían esos hombres allí.

—¡A callar, a callar todos! ¡Así no avanzamos! ¡Coño, cállense! Se llaman policías. Su trabajo consiste en resguardar el orden de esta sesión. No queremos otra guerra.

Un historiador se puso de pie y resumió:

—La policía es herencia de los griegos. Ellos empleaban a su gente para vigilar a la otra. La *police* que denominaron los franceses. Nosotros nunca hemos necesitado cuerpos de seguridad. Solicito su retirada, es una ofensa de la oradora para con nosotros.

—¿Policías? ¿Seguridad? ¡Que se queden! —exigió la comadre mientras su amiga, la abuela, miraba sorprendida su atrevimiento para hablar.

—¡Que se vayan! —pidió otro adolescente.

—Esa *demos* es perjudicial, está visto —insistió la abuela.

—Papá, ¿va a venir otra guerra?

—¡Orden! —indicó rabiosa la estudiante.

—No nos sentimos ofendidas. Está bien que otros procuren la seguridad que nosotros, está visto, no podemos brindarnos —dijo la comadre engallada, guiñando el ojo a su amiga.

—Que se suspenda el Concejo —propuso un abuelo.

—¡Ah, eso no! —respondió su esposa.

—¡Sí! —corearon desde atrás.

—Señorita oradora: ¿de dónde sacaste la soflama de ponernos policías? —preguntó un cincuentón, burlándose.

—Herencia de los antiguos, van a decir —intervino un ministro de culto—. Por algo todo el mundo tiene policías y ejércitos. Está comprobado que el hombre es violento y ellos tienen la encomienda de protegernos.

—¿Protegernos? —inquirió en tono molesto un maestro de escuela—. ¿Cuántas experiencias se tienen que contar aquí acerca de que la policía es perniciosa porque obedece a lacras, se colude con los violentos o los ladrones o los matones? ¡Por eso nosotros no tenemos!

—¡Que se suspenda el Concejo! ¡No hay condiciones! —pidió a gritos un matrimonio.

Una viñeta prologal a esta segunda guerra podría describirse así: en aquella planicie todos parecían milicianos, pero de un ejército muy desorganizado. Nada de uniformes, columnas, escuadrón, tropas, hoplitas, legiones o falániges en tanto allí eso no se conocía. Quiero decir, no se practicaba. Si acaso podrían distinguirse filas que separaban un cuerpo de otro cuando les tocó tomar asiento, y ningún asiento se diferenciaba de otro a no ser que se tome en cuenta quién llegó primero y se arrellanó en el lugar donde el viento refrescaba más en medio de aquel boyante calor húmedo. Tampoco quedaba claro el enemigo a vencer.

Balbuzeando como toros sin redil, se abalanzaron unos a otros como si ellos encarnasen los ejércitos de todas las naciones de la Tierra sumergidas en una guerra civil sobre un

mismo terreno. Los policías no se daban abasto. Era imposible detener la inquina y violencia desatadas entre aquellos hombres, mujeres, ancianos y niños que habitaban en el paraíso.

A las patadas siguieron las mordidas, arañazos, golpes en los cojones, ojos, espinillas; pisadas, pisotones y porrazos tremendos que crecían en la medida de la saña. Se cobraban ahí los muertos y heridos de la primera guerra o todos los sentimientos reprimidos, diría un psicoanalista algunas décadas después. Imaginemos si no: eran cientos combatiendo. Nada bueno puede salir con tantas ganas de venganza y con tanta gente para cobrarla.

Un leñador identificado como lunático salió de la trifulca para volver, ayudado por sus dos hermanos, con una carga de palos secos para repartir entre los demás. Se desató la paliza. Los carniceros recogieron sus filosos machetes, los campesinos, sus hachas y coas; las costureras sus tijeras; los pescadores sus figas; los maestros cargaron las sillas; los artistas sus guitarras, harpas o marimbas, tuncules y flautas; los pinceles, las agujas, el barro, las vasijas, todos eran instrumentos o aparejos que podían servir como proyectil, arma mortífera, artefacto de defensa, escudo. En revancha, un cazador no del todo mal herido, a quien ya se le identificaba como aurícola, partió a casa por sus armas y las repartió entre sus conocidos.

La detonación al aire de tres escopetas causó estupor y todos, sintiéndose animales a punto de ser sacrificados, dejaron de combatir, se miraron estupefactos antes que temerosos y suspendieron el curso de la guerra. El paréntesis duró poco. Una escopetera, tan luego tuvo frente a sí al supuesto

asesino de su madre en aquella primera guerra (una de las dos mujeres abatidas, recordará el lector), sin temblarle las corvas ni el pulso apuntó a un campesino mayor de edad y disparó acusándolo de su orfandad. Aquel lunático se desplomó enseguida y lo que sobrevino no podría siquiera describirse, a lo mejor un hábil cronista de guerra podría narrarlo con mayor soltura, pero lo voy a intentar: se tiroteaban en un lado y se cortaban pieles con tijeras en otro; al tiempo que volaban por los aires las sillas de la escuela, harpas, cañas de pescar y redes, otros con escopetas se apertrecharon para cazar a la gente como si fuesen venados.

Los disparos se multiplicaron y sólo podía percibirse una bruma de pólvora cada vez más densa que sólo perdía su tono gris al estallar en colores rojiamarillos, uno por cada munición disparada. Para este momento, los policías que iban a resguardar la sesión estaban ya lejos; habían huido despavoridos y muchos años después me dieron fe de la ingratitud y falta de cordura de la gente que vivía en la laguna más perfecta y más hermosa de la tierra continental. A consecuencia de los tiros, los jóvenes comenzaron a lanzar piedras de todos los tamaños y, en ese mar de sangre y llanto, de bilis amarilla y negra, sólo los perezosos estaban ausentes. Es más: no habían llegado siquiera a la asamblea que no pudo comenzar.

Esta segunda guerra fue peor que la primera: doscientos sesenta y siete muertos, mil noventa y nueve heridos de los cuales trescientos setenta y ocho se reportaban graves, decenas de desaparecidos y un sinfín de daños a viviendas, cayucos, canoas, talleres de artesanos, institutos, centros religiosos,

altares, lugares de recreación, campos de cultivo y por supuesto, mucho perjuicio al agua de su estero. Sobre ella flotaban cadáveres enteros o fragmentados, pedazos de madera, sangre y muchas de las armas utilizadas. Se apagaba aquel hermoso bruñido del que presumían los solares o el límpido blancor que recitaban los lunáticos.

No mucho tiempo después fallecieron ochenta y nueve personas más a consecuencia de las balas, machetazos, hachazos y cuchillazos, ahogamientos, palazos, atropellamientos, gangrenas y otras causas. En total, trescientos cincuenta y seis.

Las exequias fueron el acabose. Estos villanos casi finiquitan al mundo entero. Desde el término del combate y hasta que se rescató el último cuerpo, aquella escena del primer entierro colectivo, cuando unos a otros se insultaban, se multiplicó. Todo olía a sangre. El odio estaba esparcido. Los ataúdes iban y venían por las calles; lloriqueos y lamentaciones sin parar. Los ministros de los diferentes cultos no podían abastecer la enorme demanda de los vivos por llevar los cuerpos muertos a la nueva vida, si es que la había. Es más: decenas de ellos también habían perecido pues casi ninguno se abstuvo de controlar la discordia y a la par que los demás, injuriaba y aniquilaba.

Aquí sucedió una extrañeza, aunque ya va siendo tiempo que se diga que todo en este caserío siempre había sido y seguirá siendo extraño, anacrónico, surrealista; no sé cómo decirlo. Dado que unos querían sepulturas, otros incineraciones o embalsamamientos según los ritos y tradiciones de

sus credos y no habiendo suficientes encargados para hacerlo, muchos cambiaron de religión, fundaron nuevos dogmas o, en definitiva, dejaron de creer que existe Dios alguno. No podría ser que el omnipresente se hubiese ausentado durante esta ignominia con daños irreparables y no infundir algo de sosiego en sus bienamados. Los más racionales excluían a Dios de este debate y los deprimidos nada más asentían diciendo: “teníamos razón, teníamos razón... para qué luchar”.

A causa de las dos guerras y aun descontando los nacimientos entre una y otra, ese sitio tan admirado y envidiado por el mundo entero, perdió casi tres cuartas partes de su población. Volvía de nuevo a ser una especie de aldea que seguía sin saber cómo llamar al hermoso lecho de agua que había atestado la formación de esta congregación humana y que, por si fuera poco, había sido la madre generosa que da de comer a sus hijos.

..

V

División de la villa

La cuarta parte de quienes vivieron para contarla pasó un muy largo duelo. La vocinglería de esta gente se extrañó mucho en tanto tiempo que, incluso, los besos de la Luna pasaban desapercibidos y a las sortijas del Sol ni quién las aquilatara. El agua tardó en ser curada. Los peces estaban contaminados de sangre y desechos. Algunos suponían que se habían extinguido las mojarras tenguayaca, los pejelagartos con su trompa como de cocodrilo y los verdeazulados y enormes sábalos y los bagres. Qué desolador. Las tortugas habían emigrado hacia otras lagunitas cercanas aunque, como la tierra llama, conforme se apaciguó la gente de aquel poblado retornaron las hicoteas, las mojinás, los pochitques, los guaos y los chiquiguaos.

Aquel Concejo de la Laguna estaba disuelto en los hechos y con penas los artesanos, maestros, ministros de culto, agricultores, leñadores y cazadores volvían a sus actividades.

La lucha por la sobrevivencia es el mejor antidepresivo, explicarían tiempo después los psicoterapeutas. Nunca se restableció la vida antigua, pero al dolor se sobrepusieron para comenzar en las condiciones que ahora existían. Entre las pocas familias restantes, casi todas incompletas por la pérdida de algún miembro, comenzó a hablarse de la definitiva división de la villa.

—Mudémonos para el norte y dejemos a estos fraticidas. Allá fincaremos una vida nueva que no repita ningún esquema ni modelo del pasado, aun el nuestro o el de nuestros predecesores.

—¿Y qué haremos?

—Cazar, pescar, elaborar nuestra artesanía. Ser felices.

En todos lados se comentaba lo mismo. Era urgente emigrar y asentarse en otra parte, tal y como se lo habían propuesto los caravaneros que llegaron en 1800. Recomenzar para curar, si se podía, las heridas de dos guerras continuas que habían coincidido con la aparición del primer eclipse de Venus sobre el Sol. Y se aproximaba el siguiente...

—¿Y dejaremos a nuestra agüita?

—¿Por qué habríamos de abandonarla? Vayámonos de este cementerio y asentémonos al norte de la laguna. Los asesinos se acabarán entre ellos.

—¿Y si también quieren irse al norte?

—¡Ah no! Se quedarán aquí o huirán, qué poco me importa.

El primer grupo iba abarcando casi sin querer a los ensortijados, solífugos o heliófilos; el segundo, a los lunáticos, plenilunios o besados. O mejor dicho: un conglomerado se

formaba, de manera paulatina, debido a su coincidencia por el nominativo Sortija de Sol; el otro, por Beso de la Luna. De este modo se habrían de llamar las dos poblaciones que estaban a punto de nacer.

Al irse conociendo las intenciones de todos por ocupar el norte, aurícolas y lunáticos se reunieron por separado con claros propósitos de apostarse primero en aquel ribete. Pero como los espías y chismosos nunca faltan y menos en una aldea como esta, ardiente de cabo a rabo, pronto se conocía del otro lado cuándo, cómo y en qué específico punto se mudarían los otros. El plan se deshacía y se armaban otras estrategias. Muchos concluyeron que la peor ofensa y la mejor táctica era ignorar al otro. Así que por un tiempo nadie se hablaba, ni entre los que se consideraban iguales, del mismo bando o de la misma familia. Sobrevino un mutismo colectivo sin precedente.

Destaco lo inverosímil de este proceder pues estaba demostrado que para clamores, insultos, amenazas, iras y desagravios, los suyos ya eran únicos en el mundo. Así que, al cruzarse por las calles, en los centros religiosos, en las escuelas o en los lugares de esparcimiento, el ninguneo era bastante ridículo de ver. De este menosprecio, con el universal lenguaje de las señas o por escrito, pasaron a determinar los tiempos que cada cual habría de pasar en estos sitios; se establecieron, pues, los horarios.

El problema más fuerte se dio en los institutos y en los centros religiosos. A saber por qué: había lunáticos que compartían las aulas con solares, tantos como aurícolas que practi-

caban el culto en las ermitas o en las pirámides. Los salones y sitios ceremoniales se dividieron con una pared tejida de jahuacte y cada uno con sus dioses, sus santos, sus eones, sus profetas, sus redentores. La más difícil de partir fue una caverna ya desde su construcción estrecha, donde sólo cabía un puñado. Pero la necesidad es así y con esta pared fingida se redujo el cupo a la mitad.

Era importante no cruzarse entre sí y evitar el habla por coraje y por estrategia. Aunque unos ocupaban sólo su lado en, por decir, la plaza, lo hacían en los tiempos cuando los contrarios se hallaban en otro sitio. A las paredes de jahuacte siguieron las puertas y tras ellas, los candados. La desconfianza se tornó en una actitud de todos los días.

Como no es posible dejar de hablar y menos para los nacidos en cualquier lugar del trópico en donde aflora espontánea la plática, el dicharacho y la enjundia, estos villanos pasaron abruptamente a su estado natural: al grito extravagante, al chisme, al canturreo, a las ocurrencias verbales, a las bromas y a las polémicas encendidas. Podría decirse que un momento de cordura los invadió de nuevo. Aprovechando el ir y venir de rumores entre la gente, los dos grupos fueron capaces de nombrar a un vocero que los representase ante el enemigo. Pura casualidad o pura necesidad humana. Acordaron hora y lugar del encuentro que no fue otro más que la planicie donde se habían registrado las dos cruentas guerras. ¿La razón? Los testigos serían todos los pobladores, acomodados en asientos unos frente a otros. Y aquella explanada era la más descampada de la selva. Las reglas a seguir consis-

tían en permanecer en silencio al llegar, durante el encuentro y al partir para que sólo los voceros manifestaran las ideas y planes que tenían sus representados. Algo más de sentido común se podía encontrar entre ellos, ahora en la lid de no causar ningún conflicto pues habían entendido cómo se las iban gastando en los últimos años.

A las dieciocho horas con quince minutos del 23 de noviembre de 1881, las centenas de pobladores que restaban tras las dos guerras se acomodaron en fila y se acomodaron según el bando de su simpatía. Habrá que ver el rigor y respeto con que procedían. No hablaban ni siquiera entre ellos. Al centro estaban dos butaques y una mesa listos para ser ocupados por sus representantes. Un joven que presumía no identificarse con ninguno de los bandados fungió como presentador. Se limitó a decir: “Estamos aquí reunidos para atestiguar el encuentro de los dos pueblos que han surgido de uno solo. Él es...” y calló. Como allí nadie tenía nombre, ¿qué podría agregar? El fornido carpintero dijo:

—Me llamo Ramón.

—Él es Ramón. Y este agricultor es...

—Me llamo Arcadio.

—Arcadio, bonito nombre.

Ramón y Arcadio se tendieron la mano con mucha civilidad. Por un momento parecía que había un retorno a los tiempos anteriores, cuando la gente se saludaba con armonía, respetaba la amistad y procuraba el acuerdo. Pero nada de ello quedaba ya si las heridas eran duraderas y la inquina pululaba. Uno y otro manifestaron las intenciones de sus representados

de irse de aquel sitio: no abandonarían el lecho de agua sino que ocuparían el norte. Como todos planeaban lo mismo, se hizo un importante pronunciamiento: era imposible convivir con tanta discordia y la separación entre los besados y los en-sortijados era inevitable. Allí, el joven de posición indefinida que había decidido también portar un nombre de ahora en adelante, se permitió opinar:

—He decidido llamarme Baraquiel. Quiero proponer que cada uno decida, para comenzar, si está de acuerdo en pertenecer a tal o cual bando.

Una abrumadora mayoría levantó los dos brazos a la usanza antigua.

—Procedan entonces a cambiarse de lugar los que así lo deseen. A mi derecha los Sortija del Sol y a mi izquierda, los Beso de la Luna.

En realidad no fueron más de veinte los que se movilizaron. Un par de esposos quedó atónito al ver entre ellos a sus hijos; la abuela a su nieto y el padrino a su ahijada. El suspenso se hizo mayor cuando tres parejas decidieron allí mismo disolver sus matrimonios: unos para un lado, otros al contrario. Dos de los cónyuges dejados rompieron en llanto y el tercero, muy ufano, agradeció a la mujer decidirse a romper por fin aquel amor falsario. Llamó la atención aún más que allí mismo la dama corriese a abrazar a su solífugo nuevo dejando al marido abandonado, sumido en una cruel humillación pública.

Pasado tan vergonzoso paréntesis en la reunión, una muchacha huérfana colocada entre los heliófilos se irguió para preguntar:

—¿Qué hemos de hacer los que no estamos convencidos de incorporarnos a uno u otro lado?

—¿Y tú cómo te vas a llamar?

—Mmmh... Isidora.

Baraquiél, Ramón y Arcadio plantearon que los indefinidos se acercaran a ellos y ya se vería si migraban, optaban al final por un sitio entre aquella gente o... No se sabía entonces. De este modo, sólo Isidora fue a pararse junto a Baraquiél. Se quedó calladita, era algo taciturna.

Ramón y Arcadio prosiguieron la reunión y era de admirar, insisto, la concordia con la que transcurrían los diálogos y el mutis de unos y otros. Imposible ocupar todo mundo la zona norte, como eran las intenciones originales. Lo mejor era dejarlo a la suerte echando un volado.

—Pero aquí no tenemos monedas...

—Ah, pues... las hacemos.

Los voceros llamaron a dos herreros: uno lunático y otro, solífugo. Su tarea sería fabricar una moneda con su respectivo anverso y reverso: en uno el Sol, en otro, la Luna. Todos de acuerdo. Los forjadores se fueron juntos caminando a un taller y animados con la idea de tener un nombre, allí mismo se bautizaron:

—Seré Límbano.

—Seré David.

Con una urbanidad que dejaba aun más perplejos a todos pese al disimulo, los bandos se iban desalojando. Se vieron a la tarde siguiente: mismo lugar y hora. Resoplaban melancolía, es verdad. Si en la víspera habían restablecido la fraternidad

y la tolerancia, ¿sería posible volver a los tiempos de antes? Tal vez no, quizá sí. Mejor era, musitaban, recomenzar no siguiendo ningún modelo pretérito, incluido el de ellos mismos, el cual estaban a punto de clausurar. A otros les daba lo mismo: la división es siempre más cómoda porque los acuerdos requieren muchos esfuerzos.

Los herreros Límbano y David presentaron la moneda del tamaño de un medio palmo: una bella Luna y un resplandeciente Sol en cada cara. Todos admiraban el fruto de su trabajo. Ramón y Arcadio pidieron a la joven Isidora que la lanzara al aire: si era Luna, los plenilunios ocuparían el norte; si era Sol, los aurícolas. La muchacha, algo tímida y sobre todo muy nerviosa al sentir que todos los ojos se clavaban en sus manos, se las llevó a los pliegues de su falda que sirvió como sudario. Después extendió la mano izquierda para recibir de los fraguadores la pieza redonda. Acomodó el antebrazo derecho en posición horizontal a la altura de su cintura, llevando el pulgar hacia arriba mientras los otros dedos se sostenían como queriendo dar la mano a alguien. Con la extremidad izquierda colocó aquel platillo fraguado sobre la uña del pulgar derecho, enterrándolo en la falangina de su índice, como especificaría un osteólogo. Haciendo un movimiento rápido a la manera de un gancho que saca, destapa o rebota, aquella moneda se disparó hacia el cielo. Llegó a un punto muerto y comenzó el descenso dando vueltas y vueltas. Más y más vueltas. Las decenas de ojos no perdían ningún movimiento. La suerte estaba echada y los segundos que duró en conocerse se hicieron eternos. Los herreros Límbano y David, los voceros

Arcadio y Ramón y los muchachos Isidora y Baraquiel fueron los primeros en ver: era la cara del Sol. La noticia se cantó a la primera mirada y los de aquel lado derecho se levantaron de inmediato y comenzaron a festinar.

—¡Ganamos! ¡Qué bruto, coño! ¡Nos vamos hoy mismo!
—dijeron eufóricos unos solífugos.

—¡Fue una chiripa! —desestimaron sus contrapartes.

—¡Suertudos! —dijo un adolescente.

Es falso que se hayan mudado el mismo día. Pero con ese cívico acuerdo bajo el brazo, la moneda al aire estaba ahora para los lunáticos. ¿Se quedarían en el sur?, ¿harían frontera con sus adversarios al oriente o al poniente? ¿Se marcharían en definitiva de aquellas tierras? Estaban algo tristes y decepcionados. De quedarse allí, vivirían con ese olor a sangre que no se iba. O quizá las ruinas del pueblo desconsolado servirían para recordar la forma como no se debe vivir. Sería la memoria cotidiana. Decidieron quedarse en la laguna, así que, días después, notificaron a los solares que se meterían en el suroriente, medida que causó incomodidad pues lo que menos deseaban los norteños era tener a esos vecinos.

Ante tal panorámica, aquellos pueblos enfrentados tuvieron que reunirse de nuevo. No bastaba decidir con un volado el nuevo sitio de afincamiento sino cuáles serían sus lindes, cómo se haría el usufructo de la pesca, quién tendría potestad sobre los arroyos cercanos, qué pasaría con las milpas, los sistemas de riego y qué con los antiguos templos, ermitas, pirámides o sinagogas. ¡Qué berenjenal! ¿Y el observatorio astronómico? Eso ya no importaba mucho si aquella sabiduría

tenía a muy pocos practicantes, cada vez menos, por la falta de interés y las muertes de algunos en los años pasados.

Aquellos primeros voceros se nombraron coordinadores generales y se hicieron acompañar de otros para externar las peticiones que correspondían a cada nueva villa. Las reuniones fueron bastante rípidas. Los repartos nunca reparten conformidad. Por ejemplo, las decenas de arroyos que confluían en la laguna se distribuyeron de forma más o menos equitativa; pero como era un número impar, el arroyo sobrante localizado justo en la coordenada más oriental quedó sin dueño, como pasadizo neutral.

Se pidió medir la circunferencia de la laguna metro a metro, centímetro a centímetro, para dividirla en cuatro cuartos. Los solares ocuparían el trecho que va del noreste al noroeste y del suroeste al sureste, los lunáticos. Ajá. ¿Y el territorio sobrante, esto es, el que va del noreste al sureste y del noroeste al suroeste, siguiendo el curso de las manecillas de un reloj? ¡Sería territorio de nadie y ello no podía permitirse! De este modo, los dos pueblos discurrieron la conveniencia de prolongar sus dominios y, de una vez por todas, repartir aquel nicho de agua de forma cuasielipsóidica para que no quedara ningún pedacito tirado a la buena de Dios. No hubo consenso pero así se impuso.

La insatisfacción causó molestia y de ahí algo que casi engendra una tercera guerra, pero, como sólo eran representantes y es verdad que entre menos es más fácil acabildar, el disgusto se expresó en insultos vanos, ultrajes verbales descoloridos y acusaciones gastadas que ya no causaban la indigna-

ción de nadie pues entre ellos ya se habían dicho de todo en los años pasados. No es que no se ofendieran pero hasta de enfurecerse se cansa el hombre. Así que mucho antes de la putrefacción del ánimo, la liberación de la rabia y el embrutecimiento, alguñen sugirió que, de la nación de aquellos policías que habían salido huyendo al comenzar la segunda guerra, se llamara a un grupo de expertos que hiciera los planos y lindes. Su neutralidad podría ayudar y, además, ellos poseían esos conocimientos especializados que en estas coordenadas del continente nunca habían necesitado aprender.

Llegaron maestros con enseñanzas muy ajenas para la mayoría: geógrafos, hidrólogos, cartografistas, estadísticos, topógrafos... No tan sorprendidos estaban los astrónomos, conocedores a fondo de las matemáticas.

Uno de aquellos historiadores, ya muy encanecido, explicó que, mientras los habitantes lacustres habían vivido en comunidad y unión, la tendencia humana a la separación y disgregación se iba manifestando de forma irreversible. Atrás iban quedando los imperios y los grandes reinos para la conformación de naciones que, a su vez, se dividían en estados o departamentos y así, hasta llegar al último y más mínimo estrato en este escalafón: el municipio, la comuna, el ayuntamiento o el condado. Era una cadena organizacional que, según los politólogos, representaba la madurez cívica de sus habitantes. Pero había quienes no miraban dicha dispersión como resultado de un proceso organizativo, sino a causa del individualismo. "Todos querrán su independencia, separarse", auguraba cierta gente. "Menos unidad, más oposición",

secundaban. “La pluralidad se traducirá en rechazo, más caos y enfado”, terciaban. Para rematar, la segmentación provocaría el surgir de especialidades en el conocimiento que acabarían por no resolver problemas generales ni sustanciales. Así lo explicaba un técnico extranjero que venía con esos maestros:

—Si todo el conocimiento tiende a la ramificación, quiere decir que un médico que no sea radiólogo de cuello y sólo del cuello, no podrá diagnosticar un problema de mano. Si un entomólogo se especializó en la clase de los arácnidos y más en concreto en los escorpiones, al preguntársele qué equilibrios generan en el ecosistema los hexápodos y, en específico los colémbolos, siendo todos insectos, dirá que no sabe. Por eso aquí hemos venido especialistas en las áreas que se han dicho y cada uno sabe su negocio.

—¡Aquí en nuestra tierra el médico sabe curar de todo y el campesino es el que sabe sembrar y cosechar y conoce de suelos, climas, de insectos y muchas otras cosas! —explicó con sencillez un labriego.

—Sí, pero sabe generalidades —abundó el técnico extranjero—. Pronto se irá dividiendo y subdividiendo todo y sólo un especialista dará con el meollo del asunto.

—O sea que llegaremos a ser tan diferentes y sabelotodos que cada quien querrá su territorio y su propiedad y cada quien sabrá su materia. O sea que vuelta para atrás: acabaremos por no tener nada y por no saber nada, ¡qué mundo el de ustedes! —advirtió el rabino.

—Y lo peor ya lo veo venir: el que no pelee por nada, ni siquiera por estudiar, será rebasado, un pobretón, un don

nadie... ¡Qué tristeza, cómo se nos fue la dicha de las manos! —dijo “el persa”.

—¿No es esto sano si hemos testimoniado nosotros mismos que no somos capaces de perpetuar la armonía, de compartir? ¿Y que no lo sabemos todo? —expresó la madre primeriza.

—¿Es malo poseer? ¿Es malo ignorar? —preguntó un niño.

—Pues yo digo que sí, bueno, no sé, tal vez... —le respondió casi en secreto su hermana mayor.

—Los solífugos vamos a poseer la mitad del agua por el lado norte, no sé qué de malo pueda haber en ello... —acometió un pintor.

—¿Todo eso va pasando en el mundo mientras nosotros nos dedicábamos a la pesca y al disfrute de la vida? —externó un anciano con su caña.

—¡Y a engordar! Pura hamaca, la buena vida, por eso tanta tragedia... —agregó una muchacha que siempre estaba a régimen.

—¡Ay tatita! —exclamaron por ahí.

—¿Y qué necesidad hay de hacer todo ese margayate divisional en nuestro territorio? —replicó una anciana.

—Ya no son nuestras villas, señores. Después de la segunda guerra cada quien tiene la suya. Esto es la propiedad privada —indicó contundente el varón del ceño fruncido—. Los geógrafos deben apurarse a medir porque ya estuvo bueno de andar pensando siempre en el prójimo para que nadie se ofenda. También tienen que venir prestos los notarios a

asentar qué terreno le corresponde a cada quién. Eso que refiere el maestro de historia me parece lo conveniente.

—Ea, momentito... Yo no estoy proponiendo ningún modelo, sólo señalo cuáles han sido las orientaciones de los grupos humanos en los tiempos recientes.

—Y nosotros no queremos repetir ningún experimento social ni político de antaño. Crearemos nuestro propio modelo —acotó el etimologista.

—Buen provecho, entonces. Por nuestra parte haremos el que nos corresponda y no tendrá nada que ver con el suyo —resumió un solífugo.

—¡Nos parece perfecto! ¡Ustedes comenzaron estas guerras, ustedes y su maldita codicia! —acusó un plenilunio al tiempo que compañeros suyos espetaron a los oponentes: “¡Facinerosos! ¡Utilitaristas!”

—¡Que Yahvé nos proteja! —rogó un ministro de culto.

—¿Cuándo dicen que vendrá el próximo eclipse de Venus? —curioseó la muchacha casadera que, ya para entonces, había contraído matrimonio.

—Se necesita el orden, la autoridad y, si es necesario, la imposición —expuso, sin más remedio, una viuda no tan joven.

—Lo que hace falta es libertad... —indicó un par de señoras.

Este grupo comenzó a gritar enfurecido. A los reclamos siguieron pullas, burlas desproporcionadas y luego los golpes, bofetadas, empujones, otra reyerta con dientes volando y sangre derramada sobre las camisas y los pantalones. Lo

bueno esta vez es que no hubo muertos. Qué fanáticos se habían vuelto. El grupo de geógrafos, hidrólogos, estadísticos y cartógrafos huyó despavorido pues conocía de sobra el comportamiento reciente de los habitantes: cómo sus hombres, mujeres, niños y ancianos que un tiempo habían encarnado el amor y la utopía ahora se violentaban de un modo incomprensible.

—¡Se van los expertos! ¡Vamos por ellos! —indicó alguien.

—¡Tú tienes la culpa! —le recriminaron.

—¡Ayyy!

—Mamá, mamá, no le pegues a nadie...

—¡Cómo no! ¡Tú también pégame a ese panzón que ya me tiene hasta la coronilla!

—¡Espérenme! —rogó el escéptico barbudo.

Los especialistas fueron localizados y raptados de inmediato. No podrían salir de aquel paraíso subvertido hasta que dejaran de arder las llamas del infierno. Confinados en un cuarto y escoltados cuando debían realizar mediciones *in situ*, se apuraron a hacer esbozos, dibujos, escalas y proyecciones para partir en dos la gran masa de agua deprimida en aquel terreno sin el más mínimo equívoco. Estos desdichados obedecían sin rezongar, temerosos de su incierto futuro y por la insania que los acechaba.

Luego de varias semanas en cautiverio anunciaron a los abyectos vecinos que tenían listo un dictamen. Se les forzó a presentarlo de inmediato y ellos, más horrorizados que nunca pues no sabían de qué modo iban a proceder, caminaron

hacia la plaza como reos que van al paredón. El menos intimidado de ellos —si se puede decir de este modo—, tomó la palabra:

—La laguna ocupa una superficie de veintiún kilómetros cuadrados con trescientos setenta y nueve metros, digo, milímetros cuadrados, según la medición que realizamos hace un par de días. Porque puede cambiar, ustedes saben...

—¿Cómo así? —interrogó el chimuelo.

—Tal vez sea necesario que diga lo siguiente, ejem. *Por más increíble que les parezca*, todo depósito de agua ve alterada su superficie a causa de la evaporación o la precipitación que haya ocurrido durante un día; o sea, el calor, y la lluvia la hacen variar.

—¿Mmmh? ¿Y ora qué? —preguntó de nuevo el chimuelo.

—¡Claro! ¡Lógico! Prueba poniendo agua en una cubeta a la intemperie, a ver si todos los días tiene la misma cantidad de líquido —resolvió una cocinera. El técnico extranjero prosiguió:

—Ejemplo inmejorable, señora, *qué barbaridad, cuánto saben aquí*. Bien, pues les decía: la laguna tiene poco más de veintiún kilómetros cuadrados de superficie y su diámetro es de cinco mil doscientos metros. Esto es una aproximación, les digo, porque el agua no es siempre la misma: sube o baja. Los topógrafos reportan, a su vez, que la porfun, perdón, la profundidad es de 11.45 metros y hay un detalle muy interesante que deben ustedes saber.

—Anda, chelo, desembucha rápido —dijeron por ahí.

—Cállense, no se oye, ¡si están interrumpiendo todo el tiempo, ¿cómo vamos a saber?! —ordenó el escéptico barbudo.

—Y tú también estás interrumpiendo, bruto —le respondieron en otra parte.

—¡Sht todos!

—No hay problema, seguimos, no se preocupen, *por favor, no se preocupen*, estamos aquí para resolver todas sus dudas —alcanzó a decir el especialista, aún nervioso—. El detalle que deben ustedes saber, más bien, del cual tienen que sentirse muy orgullosos, es que *su laguna* es casi perfecta en su redondez. Apenas tiene un achatamiento en los extremos norte y sur, mínimos en realidad. Eso hace que sea única, rara, cautivante, extraordinaria, ¡un sueño! ¡una pieza sólo digna del paraíso!

—¡Deja la soflama y dinos!, ¿de cuánto estamos hablando? —insistió el chimuelo.

—¿De cuánto qué? —reviró el técnico con los papeles en la mano, momento en el que quedaba su temblorina en evidencia.

—¿Cuánto está chata? Porque aquí necesitamos precisión absoluta, cabrón.

—Ah sí, claro, claro, yo tengo todos los datos aquí, ajá, sí, *no se ponga nervioso, venimos preparados*. Mire: en el norte son 0.58 metros y en el sur, 0.51, ¿está claro? Uf, cómo se me pasó el detalle preciso. Casi perfecta, repito...

—¡Es geoide!

—No es correcta su apreciación, quiero decir..., *bueno, poco en realidad*, usted se aproxima bastante, claro. ¡Es como

la fotografía de un geoide! ¡Ahí está! Pero lo conveniente es decir que se trata casi de una elipse.

—¿Una elipse? ¡Cuánto terminajo!

—Sí, los especialistas hablan muy raro y confunden a la gente —agregó una platera—. Tan simple como decir que la laguna es un círculo plano casi perfecto y tan tan.

—Lo último que me resta por decir a ustedes —prosiguió el especialista— es que el plano que les hemos presentado se elaboró con base en la Proyección de Mercator que utilizamos en nuestro país. De este modo, *eh, a-aquí pueden ver la localización real* y el tamaño proporcional, digo, proporcional de la laguna de ustedes respecto de la esfera terráquea. El cuerpo de agua se localiza entre las coordenadas $92^{\circ}27'59''$ W de longitud y $17^{\circ}54'1''$ N de latitud.

—¿?

—¡Estos sí hablan físico! —dijo impresionado un pescador.

—Eh, no se alteren, por favor, tengan compasión de nosotros, miren, a ver... eh... —retomó el especialista—. Si la tierra es redonda, como ustedes ya saben muy bien, *porque ustedes saben todo muy bien*, la proyección de Mercator (Gerardus Mercator es un señor que vivió hace unos siglos) intenta elaborar planos terrestres, ¿se comprende? Seguro que sí... Imaginemos que la tierra es un enorme globo que se introduce en un cilindro y se le hace hinchar hasta ocupar el volumen de ese cilindro. Si retirásemos el papelito desprendido, sería una calca más o menos fiel de nuestro globo terráqueo. Entonces, miren ustedes, no hay magia negra aquí sino puro cálculo *porque ustedes son muy buenos matemáticos...* Con unas

tijeras lo cortamos de forma longitudinal, lo extendemos y tenemos aquí un planisferio. En este punto que hemos pintado de azul está su laguna, única en el mundo como pueden apreciar *y es toda suya, nadie se las va a quitar, menos nosotros.*

—¿?

—¡Sensacional! —se escuchó entremedio.

—¿Y eso de la latitud y los paralelos y...? —pidió saber alguien.

—A eso íbamos, este... *sí...* es fácil de explicar. Ese lunarcito azul que es su laguito...

—Beso de la Luna... —remarcó un muchacho.

—¡Sht! Sortija del Sol... —le corrigieron.

—Bien, el que resuelvan... Nosotros no nos metemos, ¿eh? *Ustedes aquí mandan...*

—Es que ya decidimos, chelo... —dijo el chimuelo—. Por eso vinieron a medir ustedes. Mitad para acá, mitad para allá y cada quien con su nombre. Así que ya dínos cómo queda la cosa...

—Bien... sí, claro, de inmediato, *ustedes serán pacientes para escuchar lo que sigue, no tengo ninguna duda...* La latitud es la distancia angular (porque han de recordar que la tierra es una esfera) entre el ecuador y un punto determinado del planeta, contada en grados de meridiano. Los paralelos son cada uno de los círculos menores paralelos al ecuador que...

—¡Qué pendejada es esta! —exclamó un herrero.

—¡Ninguna pendejada, esa parte también nos toca a los astrónomos! Los paralelos son perpendiculares al eje de rotación de la Tierra y pueden ser este u oeste.

—¡No entiendo ni madres! —dijeron en otra parte.

—¡Tú siempre diciendo palabrotas, indecente! —acusó una señora joven.

—¡Mejor ser campesino o pescador! —se oyó en las filas de atrás.

—No se alteren, *podemos explicar lo que sea necesario...* —dijo el especialista, sin lograr serenarse.

—¿Y a todo esto se han dedicado en su país mientras aquí éramos felices con las calandrias, los cedros, los manatíes y las milpas? Qué retorcido se ha vuelto el mundo siendo la vida mucho más simple... —dijo un campesino meneando la cabeza algo triste.

—En nuestro país conderamos, digo, con-sideramos que ése es el destino inequívoco que tomará el saber. El hombre cada vez ansía conocer más y más y de allí que en las escuelas se vaya especiando, perdón, especializando la enseñanza...

—Bien lo decía: la soberbia es la causa de todos los males, ¡querer saberlo todo! ¡Qué afición tan arrogante! —discurrió aquella mujer que rondaba los cuarenta, la que era madre de cinco hijos si es que el lector no prestó atención.

—¡Cosa más complicada no puede haber! —dijo un gordito muy simpático pero que ahora se mostraba preocupado.

—¡Yo quiero que estemos como en ese país! Yo quiero estudiar a los colémbolos. Mamá, ¿qué son los colémbolos? ¿No son como los columpios? —quiso saber un chamaquito.

—Mi bisabuelo tenía razón: la enseñanza fue siempre un motivo de discusión en nuestro pueblo y es mejor aprender

las cosas básicas de la vida, que enredarse en ese galimatías de ignorancia —acotó el rabino.

—¿Y por qué debe ser así, viejo tarugo? —retó la madre primeriza—. El conocimiento está ahí para nosotros. Si el hombre domina la naturaleza podrá prevenir. Y además, nos dicen estos chelos que se expedirán certificados para los que sí saben. Bah.

—¿No te das cuenta, tonta? —impugnó el rabino—. Si hemos luchado por no repetir modelos de los antiguos, tendremos ahora un papel que dirá que sí sabemos aunque toda la vida hayamos estado aprendiendo. O sea: importará más el certificado que la sabiduría. Bah.

—¿Y qué? —se apuró en responder ella—. Se va viendo que los papeles, como en el caso de estos expertos que nos han mostrado los suyos, valen más de lo que nosotros presumimos saber, bah.

—Bah, bah, bah... ¡Basta ya, pleitistas! —cortó el chismuelo—. ¡Cállense porque es la hora para que esta gente nos diga cómo vamos a repartirnos el agua, lo cual es más importante!

—Proponemos... —comenzó el especialista— eh... no sé qué digan los estadísticos... mmmh... bueno, *es una sugerencia nada más, ¿eh?* Colocar un palo robusto, ancho y de cierta altura que señale dónde comienza un terreno y dónde termina el otro. Si ese palito se juntara con un segundo madero por sobre la laguna, haciendo una línea imaginaria, esa sería la porción de agua que le corresponde a cada pueblo..., claro, *siempre que ustedes estén de acuerdo...*

—¡Hacemos el hilo! ¡Nos sobran tejedores! Se suben al cayuco nuestros pescadores, van extendiendo la madeja, sí, y se van de una orilla a la otra desenvolviéndola hasta atarla en la otra estaca y sanseacabó —finalizó un borreguero.

Los especialistas estaban a punto de sobrevivir a la prueba más ruda de su vida. Empapados en sudor rogaron a sus captores dejarlos ir. Para que surtiera efecto la súplica, emplearon el tono más clemente que salió de sus gargantas; una inflexión humillada con tal de escapar a las manías que iban distinguiendo en estas gentes quienes preferían la división, siempre más fácil que la unidad, la cual requiere tolerancia y respeto.

Y estos hay que mirar cuán extraños eran ya: los dejaron ir con palmadas en la espalda acompañándolas de risotadas y una calidez inusitada, pero hasta que concluyera una gran comilona que ofrecieron como agradecimiento pues no tenían monedas con qué pagarles: caldos de gallina, pigua o pavo sancochado; tortuga en sangre; pejelagarto, pijije, tepezcuinte, jueche y venado asados; robalo y mojarras fritas con manteca de cerdo; tamales en masa colada o de chipilín, manea con frijol pelón y puerco despicado, y chanchamitos. Tortillas de maíz y yuca, otras con shish de chicharrón y totopostes por si faltara con qué acompañar el menú. Para beber, muchos preparados a base de maíz cocido como el chorote, pozol agrio, pinole y tascalate. Y como postre, bolas de cocoyol endulzadas con piloncillo, orejas de mico, nances, melcocha, merengue de guanábana y dulce de naranja envuelto en joloché, o sea, en la cáscara de la mazorca de maíz. A lo mejor un

día pruebo algún platillo de esta exótica comida que imagino muy apetecible.

Festinaron los representantes de ambos grupos, los testigos, los especialistas y toda la población. Los forasteros quizá no, más bien ño. Les apuraba alejarse de ahí pero, es verdad, no querían contradecir a los anfitriones pues su ayuda, diligente en un principio y forzada después, había solucionado un dilema que esta gente no habría podido negociar en forma civilizada, porque, a diferencia de los últimos tiempos, durante casi ochenta años había hecho de la concordia un sueño cumplido. Tal vez, un lapsus irrepetible en la larguísima cadena del tiempo; acaso, el sueño irrealizable de la humanidad. No lo sé.

A consecuencia de la división territorial, los coordinadores generales estuvieron de acuerdo en formar una comisión bilateral que trataría los diferendos o conflictos de límites y otras materias que irían surgiendo, y solicitaría a especialistas de aquella y otras naciones que fuesen no sólo preparando a sus futuros técnicos sino que fungiesen, si era menester, como tribunal internacional.

Mientras tanto, los astrónomos seguían ocupados con el cielo. Todos los días y noches, si la nubosidad no lo impedía, pasaban nota al estado de la superficie solar, la Luna y las estrellas visibles. Ya sea en forma directa o a través de la proyección, miraban sus manchas, gránulos o protuberancias, nuevos o viejos, para detectar transformaciones, desplazamientos y otros eventos.

La observación indirecta se hacía a través de un método muy sencillo: ponían el prisma de un espectroscopio (que

ellos mismos habían creado) “sobre” el Sol para ver cómo era la luz que proyectaba. Cuando se intensificara el empleo de la fotografía con fines astronómicos, lo cual no dilatara en acaecer, el análisis iba a resultar más fidedigno. Para esta época, sin embargo, un grupo considerable de pobladores iba tildando a los astrónomos como “haraganes que babea viendo el cielo” en vez de partirse el lomo bajo el rayo del Sol, en los sembradíos, pescando sardinas o desempeñando actividades productivas o necesarias. Puras extravagancias para quienes ya habían olvidado e ignorado que sus antepasados, conociendo el universo, habían logrado una admirable civilización.

VI

Segunda herida al Sol

Desde mucho antes de las diecisiete horas con seis minutos del 6 de diciembre de 1882, los astrónomos de ambas comarcas estaban más que listos para comenzar la observación de las fases del segundo tránsito. Ocho años atrás, cuando se había presentado el primero, no tenían el instrumental que hoy se acomodaba en su mirador. Sus ancestros, casi mil años antes, habían pronosticado éste y todos los anteriores y, de haber vivido para este tiempo, de seguro estarían haciendo lo mismo que este grupo científico. La diferencia estaba en el equipamiento. En aquel tiempo, el gran instrumento era un par de ojos oteando arriba (en el universo) y abajo (en la Tierra): astrobiología en su estado más puro. En adición, un palo plantado en la tierra para determinar el paso del Sol por el cenit o una malla que colgaban “sobre” el astro a mirar, siempre en el mismo lugar, para notar variaciones, si las había. Una tarea diaria desempeñada

durante siglos que, lamentablemente, quedó disuelta en la pira del conquistador que veía en esta sabiduría “cosa de demonios”.

La “estrella avispa” importunaba por segunda ocasión a su gemelo, el astro rey. Nadie podía ver el fenómeno en forma directa pues quedarían ciegos de inmediato, pero como había cierta curiosidad entre la población, la bitácora del evento astral se haría del dominio público cuando acabara el tránsito aunque, en realidad, los interesados eran cada vez menos.

Ésta fue, quizás, la única vez en que no se presumieron las diferencias entre los villanos divididos sino que prevaleció el interés común; incluso, los observadores y matemáticos invitaron animados a algunos especialistas de otras naciones para hacer el trabajo juntos y compartir conocimientos pues la ubicación geográfica del pueblo era espléndida para tal fin. El observatorio era un territorio aun más neutral que el arroyito impar pues ahí se daba cita la ciencia, no la violencia.

Con el intercambio de productos, la comisión astronómica de heliófilos y plenilunios logró hacerse de un sextante para la determinación precisa de las coordenadas donde se hallaban (aunque previos cálculos se aproximaban casi con exactitud), lo cual era el primer y más importante paso, de modo que un teodolito pudiese calcular con la mayor exactitud los ángulos verticales y horizontales que fijarían, a su vez, distancias y desniveles de los dos planetas en tránsito frente al Sol.

También poseían el mejor espectroscopio existente pero, sobre todo, y ahí estaba la novedad científica, un telescopio

refractor con montaje paraláctico y un objetivo acromático de ciento cincuenta y dos milímetros colocado en un trípode, como se establecía en el protocolo de observación acordado entre científicos de toda la Tierra por aquellos tiempos. Este aparato permitiría ojear más grandes y brillantes a Venus, el Sol y los otros astros que cuando se hace a simple vista, y a una distancia tan grande como la que hay desde un observador terráqueo hasta el cielo, explicarían los especialistas en óptica. De igual manera, habían conseguido un cronómetro de precisión y otro de péndulo que pudiesen señalar el momento preciso en el que el aro sobre el que viajaba Venus haría el tan esperado empalme con el Sol. Y al fin —¡por fin!— habían obtenido una cámara fotográfica con la cual no contaban un año antes, para retratar al astro en una placa de cristal.

Cuando llegara el tiempo en que surgiesen tantas profesiones como necesidades y gustos tiene la vida, los propios meteorólogos, astrónomos, ópticos y especialistas en geomagnética podrían contar con estos y otros instrumentos técnicos aun más sofisticados como el astrógrafo o el artemonion y hasta un telescopio espacial, para obtener mejores datos y precisiones, incluso, para el siguiente par de eclipses, en 2004 y 2012. Cuando sucedieran, se podría corroborar cuál es la distancia precisa entre la Tierra y el Sol.

Los antecesores de estos nuevos astrónomos selváticos estaban seguros de que el Sol es signo de vida, esperanza y orden, por eso su dominio era el tercer cielo que dibujaban como si fuera un gran rostro. Lo pintaban con unos grandes ojos casi redondos. De pronto pareciese que el cuerpo se

reducía a un par de cuencos brillantes en los que pintaron unas coquetas pecas. Pero no, también resaltaban unos labios muy carnosos, medio rojizos. De entre las comisuras se asomaba un diente perfilado como una estaca de color blanco. Un solo diente, no un par de colmillos. Si se clavara esa punta en cualquier superficie, estoy seguro de que perforaría hasta el epicentro. Pero nunca usaba el diente, me aseguraron. Con su incisivo, la estrella más bien persuadía sus alcances: era capaz de causar mucho daño si se le molestaba o no se le agradecía la luz y calor que provee. Me causó curiosidad advertir cómo pintaban su nariz, protuberante y aguileña, de la cual emanaba una espiral de fluidos verdes o rojos que le refrescaban. Algo así como dos moquillos que cuelgan y se escurren por sobre la boca sedienta.

Otro dibujo del Sol que vi, menos elaborado pero no menos elocuente, era un círculo-cuadrado que asemejaba una flor con cuatro pétalos que bien podrían ser los cuatro puntos cardinales a los cuales prestaban tanta atención. Intenso trabajo de la estrella: dar vueltas y vueltas aluzando y calentando a toda la Tierra para hacer la vida, permitir que fecunde la semilla de maíz, que los venados corran por los campos, las abejas elaboren miel y los peces se multipliquen en las aguas. Así que un astro tan luminoso que es casi cara, casi perfecta, tendría que ser único. Por ello le llamaban el mayor, el gran anciano joven, el sabio vigoroso, la antorcha sempiterna, el arrojito necesario para los guerreros.

Para admiración de todos cuantos han ido leyendo esta historia, en la concepción de aquellos sabios antiguos, el Sol

poseía una cualidad casi en peligro de extinción: la humildad. Se sabía apabullante pero aceptaba oscurecer e inadvertirse cuando al otro le corresponde esplendor.

Hay que recordar cómo actúa el Sol cada día: con modorra se despierta, se estira como un gatito y con toda la paciencia de un ser amoroso (todo ser amoroso es, por naturaleza, paciente) se va incorporando. Deja estallar los primeros rayos para anunciar con voz baja que poco a poco se irá enaltecendo para fecundar. Cuando llegue a su máximo fulgor y toda la naturaleza y el cosmos hayan procurado sus mieses, irá cediendo del mismo aletargado modo que lo hace al alba para comenzar a bostezar hasta quedar profundamente dormido. La Luna entonces podrá brillar junto con las tantas estrellas o esporádicos cometas de nuestro espacio estelar. Sin embargo, dos veces al año es algo arrogante: se presenta ante la tierra, el agua, el aire y el fuego como si no deseara para nada irse a la cama. No acepta ir del esplendor a la sombra. Se queda estático en la galaxia, su luminosidad es la más intensa y prolongada del año; en invierno o verano, en el hemisferio austral o en el boreal. Son los solsticios que se presentan cuando Venus ha hecho el discreto trabajo de iluminar como estrella de la mañana o de la tarde.

Así que el astro rey recordaba a aquellos antiguos que la naturaleza tiene sus propios fueros y el hombre, ente diminuto en medio del universo, no podía más que atestiguar, precaverse y actuar con la humildad con la que el Sol procedía a diario. De los todos los eventos del cielo el hombre puede aprender a ser menos tozudo.

En los dos pueblos “se sintió” el momento en que una gota negra manchaba otra vez al astro rey, tránsito que duraría unas ocho horas como una línea que se va dibujando por un canto del círculo dorado. De nuevo el ocho, el cuatro, el dos, la dualidad. Por fortuna, el cielo estaba despejado en esas latitudes, así que la bitácora podía seguir su curso con éxito. Habían transcurrido dos mil novecientos veintidós días desde el primero de los eclipses de Venus sobre la estrella brillante. La serpiente hería por segunda vez al Sol.

VII

Las dos villas

Los heliófilos partieron a sus nuevos territorios. La escena repetía la de casi un siglo atrás cuando aquellos caravaneros detuvieron su marcha y, enamorados de ese hermoso lecho de agua, allí se instalaron. A diferencia de los tiempos pasados, esta vez había muchas cosas para cargar. El sedentarismo tiene el inconveniente de provocar la posesión o es que las cosas terminan poseyéndonos. En cambio, el errabundo no lleva más que lo puesto y una que otra cosilla útil o de aprecio sentimental.

El tránsito de estos niños, mujeres, ancianos y hombres solífugos dilató un par de semanas, otras más hasta convertirse en meses, para levantar viviendas, santuarios, lugares de esparcimiento, escuelas y otros espacios como el mercado, el estadio y la casa de gobierno. Dudaron en edificar un nuevo observatorio así que el único astrónomo ensortijado que se

cambió, junto con su hijo aprendiz en estas materias, construyó el suyo en el segundo piso de su nueva morada.

La mudanza no prescindió del conflicto. La inconformidad mayor estaba del lado heliófilo en tanto que ahí tendrían gastos y trabajo, mientras los plenilunios se quedarían a usufructuar el caserío que heredaban. Los segundos argumentaban que por mala suerte recibían casas hediondas y lugarzuelos mal decorados y de pésimos recuerdos que iban a causarles gasto y trabajo adaptar, remozar o derruir. Esto último incluyó una limpia con albahaca y chintul reposado en aguardiente de caña, dijeron, “para ahuyentar las malas vibras”.

Ya identificados casi todos como lunáticos o solífugos, lo mismo daba saber ahora si el vecino de alguien en el futuro pueblo era, con certeza, el autor material del deceso de sus hermanos o de la pérdida de brazos por gangrena de la tía abuela. Los iba juntando el nombre del estero. Nadie había ganado en realidad, pero el sentimiento que los acompañaba en aquel lapso era el de quien siente pertenecer a sus iguales.

En estas poblaciones de extraño proceder, los chismes y rumores jamás cesarían. Así nació el espionaje, los servicios de inteligencia como ahora se llaman. En SS decidían esto y en BL optaban por lo contrario. SS y BL eran las abreviaturas de Sortija del Sol y Beso de la Luna y quiero hacerlo notar pues si tanto sufrimiento había derivado de la nomenclatura, ahora les daba por apocopar, abreviar y hacer sinéresis. A no dudar: cada villa con su mirilla.

De un lado se colocó un enorme y colorido letrero justo en el punto de confluencia entre ambos ya por el noroeste, ya

por el sureste. Del otro lado se hizo lo mismo. Ambos exhibían frases como “bienvenidos”, “regresen pronto”, etcétera. Un hecho curioso si es que todo lo que se ha narrado no lo es ya: estos rótulos, en menos de lo que dura un pestañeo, fueron recubiertos por múltiples dibujos y garabatos procedentes de uno y otro lado, y con insultos, condenas, amenazas, juicios muy diversos y, en ciertos casos, llenos de ofensas.

En ambos sitios optaron por disponer de muros públicos con fondo blanco para que allí se desahogaran los vecinos escribiendo de todo (incluidas las groserías y fanfarronadas). Lograban con ello un franco ejercicio de catarsis, habrían dicho los trágicos griegos. Una purificación del alma o, cuando menos, desinflamación de los humores vítreos. Algunos mensajes eran muy elucubrados, a la manera de una adivinanza o enigma; otros muy simpáticos por su contenido; o en forma de epigramas satíricos, anagramas o acrósticos.

Cautivaban la atención de quienes cruzaban esa nueva frontera. Es más: había quienes ni cruzaban, sólo se quedaban en el límite leyendo entretenidos y echándose sus buenas carcajadas o vociferando maldiciones a todo el universo. Se extendió tanto el muro en los puntos A y B (del noroeste y del sureste, donde permanecían “los primeros palos”) que pronto pareció aquello un camino perpendicular en el que sólo transitaban palabras y dibujos: el fin de la tapia se divisaba en lontananza.

Para evitar que de BL se introdujera un pintor o un escritor, en A y B se abrió un par de puertas a las cuales fueron a parar dos solares en calidad de guardianes; en BL llevaron a

cabo la acción contraria: cerraron el par de cancelas con todo y candado. Pero de este interesante fenómeno nació una gran cauda de artistas especializados en la ofensa al prójimo.

Sin embargo, algo inquietaba a la gente. La historia no debía repetirse, insistían. ¿Cómo organizar a una comunidad que no se parezca a ninguna otra ni a sí misma? Una incógnita para los más diestros calculistas algebraicos. Y cada cual pugnaba por asentar esas reglas desde el principio. En tanto, los astrónomos seguían cacareando que la historia siempre, siempre se repite. Pero ya casi nadie les hacía caso.

En BL, sus pocos cientos de habitantes arreglaron el problema generando una primera norma que se ordenó escribir en el muro de los puntos A y B: “En BL todos piden permiso”. Impactados por ir a la zaga en iniciativas, en SS pronto se decidieron por la reversa. “En SS nadie solicita permiso”, rotularon en los dos primeros palos. Aquí inició la chifladura o se prolongó.

Aquellos voceros avenidos en coordinadores generales se convirtieron pronto en jefes de gobierno. Ramón era carpintero, Arcadio agricultor. Uno acostumbrado a la sombra, otro al Sol. Fácil deducir que el artesano era lunático y el labriego, solar.

No es que Ramón pespuntara por líder pues era más bien soso pero de este modo se dieron las cosas. Eso sí: era muy cortés y se caracterizaba por tener una gran firmeza en los músculos pues ejercitaba los brazos todo el tiempo al serruchar, cepillar y martillar, condición física que le habría de servir más adelante cuando se vio en la necesidad de poner orden.

Una de sus alabadas obras había sido construir las únicas dos puertas que había en su comarca de antaño: la de su taller y la del santuario de la pirámide. La primera era sencilla pero muy bien ensamblada, cepillada y lijada, con pulimento y barniz que él mismo hacía. Era un postigo de madera que no tenía herrajes ni pestillo así que no servía para gran cosa pues nadie codiciaba sus bienes, mas a él le satisfacía abrir y cerrar cada vez que entraba o al salir. Una manía cualquiera. La segunda puerta había sido el resultado de una temporada de mucha inspiración y fervor religioso de parte suyo. La pirámide a la que pertenecía había sido construida con tabiques de barro recocido sobre restos de otra de tiempos que nadie podía datar, hasta que arribaron los arqueólogos muchas décadas después y que, se supone, fue un antiguo adoratorio maya.

Los trabajos de reedificación duraron poco menos de cinco años. Los ceremoniales de su credo acontecían a las afueras del poblado, en la parte más alta de los cueros, en particular cuando había que clamar a la Luna y al agua de los cielos un poco de compasión cuando llovía sin parar durante varios días. Esta puerta hecha de madera de árbol de chicle tampoco tenía alguna función útil salvo la de resguardar los osarios que nadie, claro está, pretendería profanar pues allí comenzaba su camino al inframundo que ninguno estaría dispuesto a impedir. No tenía cerradura o algún artefacto de seguridad. El carpintero después fue conocido como Ramón Dospuertas.

Por su parte, Arcadio era campesino como su abuelo, su padre, suegro, mujer e hijos. Cultivaban maíz y frijol en una milpa. Lo suyo tampoco era conversar y su carácter era

simplón, pero tras los acuerdos sobre la división del pueblo, ganó mucha confianza como líder y encabezó de este modo el gobierno que se asentaría en la zona solar. Uno de sus grandes orgullos había sido organizar el conjunto musical que acompañaba los rezos cuando había celebraciones religiosas de su credo militante, tocando el tuncul con una precisión y ritmo admirables. A partir de entonces fue conocido como Arcadio Tuncul.

Todos parecían haber renovado su vida con las mudanzas de aquí para allá. La inevitable separación había sido benéfica para casi todos, pero no dilataron mucho en preguntarse si al colocar al frente del gobierno a un solo hombre no se reproducían modelos antiguos. “Será diferente”, se decían a sí mismos. “Si no funciona, se va”, agregaban. Fácil le resultaba a esta gente entender que el poder despierta una fascinación que puede resultar enfermiza y adictiva.

Ramón Dospuertas había tomado su primera decisión, acorde con las exigencias de los plenilunios: instalar una pequeña oficina en la plaza para que allí acudieran los habitantes de BL a pedir sus permisos. Los primeros en llegar fueron dos niños de unos cinco o seis años. Los atendió Camar, una señora muy amable y paciente, vuelta viuda tras la segunda guerra.

—¿Podemos jugar a la pelota?

La mujer los miró con ternura y dijo:

—Vamos, eso ni se pregunta.

Otros pequeños se incorporaron al pasatiempo pero el primer par de mocosos les exigió que pasaran con Camar por su permiso. Al obtenerlo comenzó la partida. Lo que no

entendieron, al cabo de su juego, era si cada vez que quisiesen divertirse tendrían que acudir a esa oficina o si el permiso se convertía en permanente. Para disipar la duda, afuera se colocó un pizarrón a la vista de todos que consignaba la siguiente frase: "Todos los niños pueden jugar a la pelota en el parque". Camar tuvo que ampliar la lista de actividades *obvias* hasta que no fue posible hacerlo sola.

Al anochecer, los padres de uno de los chamacos se ha-maqueaban para refrescarse por el intenso calor del verano cuando observaron el atrevido besuqueo de dos jóvenes semiocultos bajo las ramas de un amarillo guayacán. En tono de broma interrumpieron su rito amoroso advirtiéndoles la importancia de pedir "per-miso de Camar".

Acostumbrados a la sinéresis o a comerse algunas sílabas o vocales, la consigna se oyó como un "Pe-camar" que significó no sólo la introducción de una palabra nueva sino todo un regimiento y una acción: "Pecamar" dejó de ser la mujer de buen carácter que expedía los permisos para convertirse, en poco tiempo, en un sinónimo de orden, necesidad, trámite, símbolo, modo de vida, regla y doctrina. Pecamar llegaría a llamarse, incluso, el centro de permisos más grande de todo el continente. Camar murió a los pocos meses y es muy probable, deduzco, que jamás haya imaginado los alcances históricos que tendría su nombre.

En BL sentían que, con estas decisiones, el crimen, la impunidad y la injusticia desaparecerían por completo. Parecían olvidar que los pajaritos enjaulados siempre están picoteando para encontrar una salida.

La noticia de la creación de Pecamar llegó pronto a SS. Arcadio Tuncul mandó edificar una oficina en el punto de reunión más confluído (la nueva plaza), pero no para realizar trámite alguno sino para dejar constancia que, siendo las cosas al revés, ésta era la no-oficina de permisos. Ideando cómo diferenciar ésta de aquélla, la gente la llamó “No-permisos” y para siempre se acortó a “No-per”.

En la Noper, se va infiriendo, nadie atendía, pero con el tiempo la palabra adquirió su propio significado y dimensión: decirla representaba resolución, garantía, pensamiento y licencia. Felices creían ser quienes pasaban frente a ese minúsculo espacio sin puerta equiparándose con las aves que libres surcan los cielos sin nadie que las detenga. Olvidaban que todos los animales, por más grandes y feroces, pequeños o frágiles que sean, siempre temen a otros géneros o especies. La naturaleza suele organizarse con acierto.

Los siguientes meses transcurrieron veloces y cordiales. En los dos sitios se estructuraban los barrios y se organizaban las actividades que hacen posible la subsistencia, de modo que la gente no tenía tiempo para reflexionar el paso de gran envergadura que había dado en los últimos años: desde que se propusieron dos nombres distintos para el hermoso depósito de agua que les permitía vivir sin preocupaciones, hasta que sobrevino el primero de los dos eclipses de Venus sobre el Sol y las consecuentes conflagraciones; la separación del pueblo y la formación de dos nuevos regímenes. Es común que así sea: el peso de un hecho en la Historia se mide con el tiempo.

Una vez alojados todos y reanudadas las actividades y recreaciones, comenzaron los absurdos. Cómo hacer uno lo contrario del otro. En poco tiempo, por ejemplo, Pecamar pasaba de ser un símbolo de respeto al orden para convertirse en un tedioso modo de vivir, como lo acentuaba este par de amigos:

—Entiendo muy bien por qué llegamos a este punto de pedir permiso a otros. El autocontrol es pernicioso porque nunca se sabe cuáles son los límites. ¡Pero! Fíjate no más cuánto sentido común poseíamos. Por eso digo que se tienen que fijar mínimos. Sin embargo, estarás de acuerdo que hay de límites a límites, ¿verdad? Antes todos sabíamos decir “hasta aquí”, “esto no”, “aquello puede esperar”, “mejor tú”... Éramos muy felices, bueno, hasta que ocurrió todo lo que ya sabemos... Pero nadie andaba pensando tantas tarugadas como ahora. Que me van a sancionar, que me van a regañar, a acusar. Deberíamos volver a los tiempos de antes cuando,...

—Cuando todos éramos felices... sí... Pues fíjate que cada día estoy más convencido de que vivíamos en una burbuja sostenida con un soplo, y qué angustiante. Todos éramos responsables del bienestar ajeno y eso no es posible, hermano. Somos muy egoístas y, por lo mismo, nos hace falta ser controlados, gobernados.

—Pero gobernados, ¿cómo? Gobernábamos. Toda la santa paz del mundo.

—Pura simulación.

—Si era fingimiento, hermano, al menos servía; servía siquiera para detener el conflicto al que todos somos suscep-

tibles. Escucha esta tontera: tuve que ir a Pecamar a ver si puedo regañar a mi hijo, ¡hazme el favor! Él quiere que en las escuelas ahora se enseñen esas materias de los chelos que vinieron a hacer las cuentas del agua de nuestra mitad porque ya no quiere atender a nuestros marranos, ni gallinas ni pavos. Y cuando lo iba a reprender como su padre que soy, ¡me salió con la batea de babas de que no tengo autorización! ¡Es el colmo! ¿Quiénes van a controlar el recto camino de los hijos si no son los padres?

—¿Y si ya es tiempo de que tu hijo sea independiente?

—Pero si es un mocoso...

—¿Y qué te dijo la vieja?

—Que es un asunto especial y va a preguntar qué debe responderme. Mientras tanto, no tengo permiso para regañarlo. Vaya, ni para aconsejarlo. Ya no nos dirigimos la palabra, imagínate cómo están las cosas.

En efecto: el padre del futuro estudiante de geografía, una disciplina que tenía especialistas en otros pueblos, se rehusaba a cuidar la granja de la que vivían muchas familias, más bien, todas las familias, pues esta gente seguía en la idea de compartir el fruto de su trabajo. El joven ya tenía su permiso para pedir la especialidad en el instituto que casi de inmediato contó con el visto bueno de Ramón Dospuertas.

Por cierto: este hombre macizo había sido forzado a abandonar la carpintería pues la cauda de autorizaciones que llegaba a su puerta sin herrajes ni pestillo lo tenía muy ocupado. No podía más. Su esposa tuvo la ocurrencia, incluso, de pedir una amortización para él pues, ayudando ella y la familia en estas

nuevas tareas, ¿cuándo producirían el alimento? Mientras esto ocurría, él había optado por ajustar una cerradura y un candado a su puerta pues los permisos eran cientos, miles, y todo su taller se hallaba repleto de papelitos escritos —unos breves y otros larguísimos, como novelas— que se echaban por debajo, a los cuales se sumaban los de quienes llevaban días formados en Pecamar para tramitar licencias y, ya fastidiados, acudían a su casa esperando que fuesen otorgadas.

Ramón Dospuertas decidió que más personas ayudarían a Camar en los trabajos pero, es verdad, se presentaban casos en donde había que deliberar. Por ejemplo: ¿dos hermanos que se pelean por mecerse en la hamaca (habiendo sólo una) precisan autorización de ajenos a la familia para alternar el descanso o está bien que ellos resuelvan el diferendo con un volado tan de moda, un diálogo sensato o con golpes pues la cuestión incumbe sólo a ellos? ¿O con el regaño de la madre? ¿En un caso así el gobernante debe intervenir? Otro más: ¿dos recién casados procrean a sus hijos enterándose todo el caserío o nada más los funcionarios autorizadores? ¿O no les está permitido para evitar el crecimiento desmedido de la población y conjurar, de este modo, pesadillas como las del pasado? ¿Qué resolver ante la propuesta de David, el herrero lunar, de fabricar moneda corriente para las futuras transacciones? ¿O la ocurrencia de un leñador que prefiere ahora ser poeta que escriba versos en los muros fronterizos de los “primeros palos” A y B? ¿Quién talaría los montes, quién haría la leña? Y lo más complejo: ¿quién determinaría la producción excedente de árboles maderables y su precio? Difícil decisión.

Había múltiples situaciones de urgente respuesta en aras de causar una feliz convivencia entre los pobladores. Por ello, Ramón Dospuertas designó a más voluntarios para dar curso a las peticiones. Pecamar amplió su dominio hacia el oriente del “casco antiguo”: aquella primera oficina era un lunarcito camuflado entre decenas más, construidas en corto tiempo por la mitad de los besados. La otra mitad se dedicaría a procesar solicitudes.

En la casa C, por ejemplo, se despachaban las cuestiones domésticas. A continuación algunos diálogos entre los emergentes oficinistas:

—Una muchacha aquí informa que se quiere casar con Plácido.

—¿Y qué? ¿No tiene que pedir permiso a sus padres antes que a nosotros?

—Ella dice ser muy obediente y por eso vino primero a la oficina.

—Siendo así, ¿cuándo serán los esponsales? ¿Se aparearán para tener hijos o sólo por placer? ¿Cuántas veces? ¿En qué zona de la localidad van a formar su familia? ¿Qué dimensiones tendrá su hogar? ¿Su tálamo será un tapesco (a la vieja usanza) o un moderno colchón? ¿A qué se dedicarán? ¿Profesarán tales o cuales cultos en los centros religiosos estos o aquellos? ¿Ofrecerán los domingos al descanso o serán los sábados? ¿El descanso es merecido? Todo eso hay que saber.

—Claro que sí.

—¿Claro que sí hay que preguntar todo lo que te dije o *claro que sí* el descanso es merecido?

—¿El descanso de la parejita, tal vez?

En la casa J se deliberaban temas rasposos relacionados con las pasiones humanas.

—Iris quiere saber si se puede cometer infidelidad...

—¿Con quién?

—No especifica, pero pregunta si debe enterarse el esposo o no. O sea, más bien parece que está decidida a engañarlo, pero quiere saber si está obligada a informar al cornudo o mejor se queda con el secreto.

—Mejor nosotros no decimos nada, ¿verdad?

—De acuerdo. Por otra parte está Jaime quien pide permiso para insultar a su padre cuando se enoje.

—¿Qué tipo de insulto?

—“Todo depende”, me contestó porque también inquirí en lo mismo. Y una señora quiere deshacerse de su vecina metiche; “la quiero matar”, dice su petición. ¿Se puede matar? ¿Quién la juzga? Horacio afirma estar deprimido y pregunta cuánto tiempo puede permanecer así. O mejor inmolarse, ahogarse en el agua. Y otro pretende que se especifique si la laguna es sagrada, receptáculo de suicidas o para eso existen los cementerios. Por otra parte, Fidelia se rehúsa a comer la variedad de alimentos que tenemos y sólo quiere “tortillas de maíz y nada más que tortillas de maíz y no frijoles, chayas, yuca o camote.”

—¿Cuántas tortillas?

—No sé, pero piensa que así no engordará... “¿Cuál es el peso que deben conservar los pobladores para preservar la salud?”, escriben acá. “¿Cuándo es saludable flojear?”, dice

este papel. “¿En dónde nos pesamos?”, quiere saber la madre de Jonatán.

—¿Qué es una dieta balanceada?

—¡Sepa! Una doña quiere el vestido de la costurera que vive frente a Pecamar y si no le permiten apropiárselo, cuando menos quiere que a la dueña se le prohíba usarlo. Ésta argumenta que lo hizo para sí y la otra, que no sabe coser. La primera acusa a la segunda de gorda y por eso el lío este de quién no quiere engordar y en dónde se pesan, la dieta balanceada, etcétera.

—¿Y eso quién lo puede saber?

—Es verdad. Pero hay más, hay de todo, fíjate: ¿quién está obligado a coser? “¿Es una obligación?”, pregunta Reinaldo. Y una ancianita suplica dejar de tejer y quiere el retiro.

—¿De qué se retira?

—De su trabajo.

—¿Y de qué va a vivir? ¿Se dedicará al ocio?

—En el caso de esta señora mayor, no sé qué quiera hacer con su retiro. Pero aquí tengo la solicitud de, de... de... Chón. ¿Te acuerdas de Chón, el vecino de Plácido? Ves que se le da el trago, así que quiere su permiso para pasársela chispo sin ser castigado durmiendo con el cepo encima.

—¡Sería muy mal ejemplo para la juventud!

—Estoy de acuerdo, sí. “Queremos ser pensionados”, formulan en esta hoja.

—¿Qué es eso?

—Híjole, uf, ay... Más: un hombre de cuarenta y cinco años afirma tener una hija casadera a la cual quiere heredar

una choza, pero resulta que es de su primo. Pregunta si la puede expropiar.

—No creo que sea posible...

—Si no se le autoriza, entonces pregunta si se le permite incendiarla.

—¿Con qué combustible?

—No especifica.

—¿Con gente adentro o afuera?

—No, aquí no veo referido el punto.

—Pinedita pregunta si puede ser ministro de culto.

—¿De qué religión, nueva o vieja?

—Nueva.

—¿Con qué dogmas? ¿Cuándo hará sus ritos?

—“Cuando yo quiera”, afirma.

—¿Quiénes serán sus feligreses?

—Los de la otra villa...

—Que se vaya para allá entonces...

—Negativo. Argumenta que aquí tiene su casa... “Este señor se llama, a ver, aquí está: Clementino. Clementino pregunta si puede fabricar sus propias monedas con la cara de la Luna...

—¿Quién se las va a comprar?

—No dice, pero pide se especifiquen las normas para acuñarlas.

—¿Cuándo comenzará a ofrecerlas?

—De inmediato, aquí presenta un prototipo. Acá otra: esta petición fue de las primeras en llegar. Atenor demanda se le responda si tiene permiso para poner una casa de cambio...

—¿Cambio de qué?...

—De monedas. Y pide se resuelva su caso con urgencia porque ya tiene socios potenciales...

En la casa P se despachaban asuntos relacionados con la subsistencia. Estaba el caso, por ejemplificar, de un grupo de mujeres que se rehusaba a cortar papayas y naranjas en la temporada. Preguntaban si es posible cambiar de giro y sembrar hortalizas...

—¿Cuáles?

—Nuevas hortalizas porque van a importar semillas de otras naciones... Y plátanos.

—¿Cuántas semillas? ¿Has probado los plátanos?

—Respondo lo primero: un estimado de veinticinco. Lo segundo: sí los he comido. Debiéramos contestar afirmativo. Y por acá preguntan si los huesos del mamey pueden usarse para elaborar cosméticos.

—¿Para embellecimiento?

—Sí, de hecho hay una muchacha, momentito, aquí está su documento, sí: quiere fabricar espejos. Y, como está peleada con el marido, a éste le urge saber si las personas pueden tener un espejo en su casa.

—¿Para qué?

—Para seguir acicalándose, ¡qué sé yo! Y además, ¿cuánto tiempo de vanidad es permitido...? Y unos cazadores consultan si es lícito vender las pieles del jaguar y venado bayo a otros pueblos...

—¿En dónde necesitan ese cobijo?

—En el norte.

—¿Cuál norte: de la laguna o del planisferio?, que se especifique.

—En el norte del continente. Quieren allá esas pieles para decorar sus casas.

—Ajá.

—Y otros demandan jaguares vivos para unos zoológicos.

—¿Zoológicos?

—Hay una especialidad que está avanzando en otras partes, son los que se dedican a estudiar los animales y se llaman zoólogos.

—¿Pero qué es un zoológico?

—Donde se exhiben animales en cautiverio.¹¹

—¡Pero los animales deben andar libres!

—Estoy de acuerdo, pero en fin, así son las peticiones y considero que hay que responder. Está el caso de unos cortadores y tejedores de palma que quieren ser fabricantes de tabiques.

—¡Cuántas nuevas profesiones o trabajos, es una barbaridad! ¿Tabiques para qué?

—Para las paredes, o sea, que no nada más sean de jahuacte sino de otros materiales que aíslen más el calor o que tengan una mayor duración... Y agregan: cuántos metros se autorizan para una pared, de qué depende el tamaño de una vivienda y cosas por el estilo. Obradores y canteros exigen se les responda si pueden tomar dos días de descanso a la semana mientras dura la canícula. Si se admiten suplencias y remuneración extra...

—¿De qué estamos hablando, cuál remuneración?

Los asuntos de extranjería se revisaban en la casa CH. La mayoría eran relativos a las salidas o entradas del poblado.

—¿Pueden partir solos o acompañados? Porque, por ejemplo, aquí es toda una familia la que quiere saber si están autorizados a salir.

—¿A qué, a dónde?

—De vacaciones.

—¿Vacaciones? ¡Cuántas palabras nuevas!

—Y quienes nos visitan desean saber si hay formularios para solicitar permiso de llegada y estancia en nuestro pueblo. Hicimos algunos para que la gente no se tarde en llenarlos y para nosotros sea más fácil procesar, además de que hay personas cuya letra es ilegible.

—¿Qué motivaciones hay para ser visitante? Que aclaren los días de permanencia.

—Los fuereños traen monedas de su país, preguntan si valen también aquí.

—¿Qué es eso de *valen* si todo es trueque? ¡Extravagancias! ¡Aquí no se usa el dinero!

—Ah, pero ya no quieren ese sistema sino crear monedas como en otras partes porque así hay un numerario homogéneo y representativo que servirá para el intercambio de productos, bienes y servicios.

—¿Numerario homogéneo?

—Indagué algo al respecto y bueno, la cuestión es que ya hay discrepancias en el trueque: si mi papaya pesa más que tu kilo de macales, si fue más difícil la pesca esta temporada o por qué unos gramos de sal equivalen a diez kilos de

chile pico de paloma cuando da el mismo trabajo colectarlos, etcétera, ya sabes. Entonces, la moneda resuelve el problema. Pero está el otro asunto de resolver cuánto cuestan las cosas.

—Caray, no habíamos pensado en eso.

—Aun más: si se permite el cambio de los dineros fuereños por los nuestros... Y si viene dinero de visitantes, ¿ellos dónde se alojarán? Preguntan queriendo saber si se pueden edificar hoteles para vivir del turismo.

—¿Y qué tipo de visitas son esas?

—“Placer”, “negocios”, “estudios”, “servicios religiosos”.

—¿Cuáles placeres?

—...Tiempo de duración...

—¿De los placeres? ¿Cuáles negocios?

—Los que vayan surgiendo. Los negocios y placeres que vayan surgiendo.

—¿Qué puede surgir?

—¡Sepa! Documentos para viajar: “pasaporte” o, “visa” o ambos...

—¿Por qué documentos?, favor de sustentar.

—¿Y quién los expedirá? En eso también insisten. Ah, y si se autorizan intercambios culturales, económicos y deportivos y cuándo pueden ser...

—¿De qué intercambios hablas o hablan?

—...Y una comisión de arbitraje...

—¿Arbitrar qué...?

—Juegos, elecciones, concursos, pleitos...

Las peticiones representaban sólo una parte del problema. Si la mitad de la gente era voluntaria para recibir demandas

y la otra construía casas donde tramitarlas, se necesitaba en verdad ser gente desequilibrada. O cosa de lunáticos: los lactantes lloraban hambrientos sin su madre; los niños estaban a la deriva: mal comían y se dedicaban a hacer montones de travesuras no habiendo quien los controlara. Los enfermos estaban desamparados lo mismo que ancianos y parturientas; cero actividades de recreación o fiestas, ninguna clase en las escuelas ni ceremonias en los templos. Nada de pesca ni recolección de frutas de temporada. No había permiso ni para morir. Era como si el tiempo hubiese dejado de existir y todos se hubiesen paralizado, engarrotados. La existencia estaba suspendida en ese lugar.

Cuando salieron de su pasmo, los astrónomos señalaron que estos ocho días comprendían del 6 al 14 de diciembre de 1883, es decir, un año después del segundo tránsito de Venus. Así que el absurdo se hacía infinito: a quienes correspondía, tantito atendían acá y se formaban frente a la casa respectiva para pedir su permiso allá. Los que atendían allá hacían lo mismo acá, pues también tenían sus necesidades. Peor les iba a los constructores ante la demanda de oficinas para Pecammar: era de atención primordial y estaban obligados a trabajar a marchas forzadas, pero ellos también debían obtener sus permisos, incluso para algo tan elemental como defecar.

Sobrevino la inmovilidad, el transe hacia la locura y la anarquía. Si alguien hubiese retratado a aquel pueblo, la imagen habría sido escalofriante: una comunidad en la que todos sus inquilinos se hallan en mitad de un gesto, un ademán, un movimiento, una palabra.

Fue entonces cuando el sentido común y la musculatura de Ramón Dospuertas sirvieron para reiniciar la vida. Para sacarlos de aquel trance fantasmal, aplaudió una vez, dos veces, tres, ¡zas! Todos seguían perplejos. Comenzó a repartir manotazos y patadas por todas partes a fin de restaurar el movimiento. Y lo logró. La gente salió de su pasmo, algunos empezaron a toser, otros a caerse o a reír de forma enfermiza.

Después de esta especie de embrujamiento, Ramón Dospuertas pidió permiso (a sí mismo) para retirarse del cargo que con tanta mansedumbre había aceptado de parte de su entonces ufana población. Fue a casa y se sumergió en su mar de papeles cerrando su puerta, su emblemática puerta, con chapa nueva. Lloró muchísimo durante días. Estaba afligido. ¿Cómo los amantes de la Luna, tan de pronto se habían macerado en ese estado de frenético desequilibrio? La tristeza se alojó en su corazón para siempre. Nadie pudo sacarlo de aquella choza ni de aquel ánimo. Una noche de plenilunio, sin pedir permiso a nadie (ni a sí mismo) salió desconsolado a mirar el mítico conejito serigrafado en aquel blanco platillo y con ganas de hallar su reflejo en el lecho de agua, se adentró sin hacer ningún esfuerzo por sobrevivir. Fue muy lamentable para todos en Beso de la Luna. Se trataba del primer suicidio desde la división del pueblo.

En Sortija del Sol, los heliófilos andaban contentos. Pero no durante mucho tiempo. Sobraba quien pensara si la forma como habían decidido vivir en el pasado no había sido un craso error que se remediaba de forma oportuna, mientras los mismos de siempre (los astrónomos) remachaban que el tiempo

no es lineal sino un círculo que se repite infinitas veces. Un par de amigos reflexivos tenía una charla como esta:

—Tanta felicidad es sospechosa, hay malos presagios...

—Tienes razón. Cada pueblo tiene ahora sus reglas pero ya no somos un solo pueblo como antes. De aquel lado se quedaron mis únicas primas, el presbítero de mi iglesia, mis mejores amigos y dos de mis hijos. No quieren pasarse de este lado. Acabamos divididos.

—La apuesta aquí es a que todos tomen sus decisiones.

—Digo que sí, pero... ¿seremos capaces de autorregularnos? Me dicen mis parientes de Beso de la Luna que allá se ha armado tremendo lío porque deben pedir permiso para todo. Y aquí, haciendo lo contrario, estamos viendo cómo también se nos despanzurra la sana convivencia. Anoche, por ejemplo, los hijos de nuestro antiguo vecino en BL pasaron horas echando piedras en mi cayuco y lo repletaron; si no me avisan, capaz que lo hundan. Llevaba cuando menos una hora sacándolas hasta que llegaste tú, échame una mano para vaciarlo... Muchachos cabrones...

—¿Y por qué lo hicieron?

—No más, por joder. Nadie los va a regañar o a censurar.

—Ah, pues entonces la cosa está más difícil. Quiere decir que tú puedes hacer lo mismo o algo peor en su casa, no sé, quemarla por diversión: tampoco habrá quien te sancione. Luego vendrán a reclamarte y ¡que viva la venganza!

—Eso meramente es.

Arcadio Tuncul había abandonado la agricultura. Elevado por los villanos a un rango en la nueva escala social de SS,

gozaba de su bien ganada fama como vocero, luego coordinador general y más tarde jefe de gobierno. Se dedicaba a firmar autógrafos, aceptar invitaciones a comer y a inaugurar casas, mercados, santuarios, calles y canoas. El furor por la nomenclatura tenía a esta gente enloquecida de felicidad y creatividad, es verdad. El muro blanco que estaba en la frontera con BL era germen de escultores, artesanos, dibujantes y una muy variada gama de oficios y trabajos artísticos. Las creaciones comenzaban a tener un autor. El anonimato comenzaba a escurrirse por entre los muchos arroyos propiedad de aquella comarca. Descollaban Brígida, la alfarera; Nicanor, el orfebre; Etelevina, la platera; Crispín, el arpista y Ponciano, el poeta.

Cuando los visitantes foráneos cayeron como parvada en aquella diminuta aldea que ocupaba el norte, sus obras comenzaban a cotizarse por sobre otras. A Ponciano, por ejemplo, lo recogían en una carroza jalada por dos hermosos equinos que lo llevaban hasta las puertas del gobernante de un remoto poblado, a quien declamaba madrigales acompañado de sus hijas, dotadas de una muy linda voz, al tiempo que recitaba églogas, décimas muy sonoras y sonetos con una virtuosa métrica, dirían los literatos. "A todo mundo le gusta la poesía", se jactaba.

Pero más allá de su fama exterior, Ponciano era alabado por dos motivos: el primero, porque había creado las más conmovedoras endechas en los muchos, muchísimos velorios a los que hubo asistido en el pasado y sus lamentos habían sabido penetrar en los profundos surcos que tiene la muerte. La más entrañable quizá haya sido escrita para Matilde, su

esposa muerta en la primera guerra y que, en poco tiempo, todo mundo sabría de memoria:

Amada pequeña, retablo del cielo
tizana de todos, silencio de nadie
reías las tardes, orquídeas tus ojos
soñabas las noches, querías tus flores.

Tremendo fue el rayo, certera la hoz
pira te hicieron, sin poder yo apagarte
chillando te ibas, ardiendo a la muerte
y nadie podía detener el infierno.

Amada pequeña, tostada de fuego
lloramos tu ruina, tus rosas ardientes
quedamos desiertos, sin ti ni tus risas
estamos muriendo, sin agua ni espinas.

La vida es un soplo, terneza y coraje
eterna te vas, regalando tus mirtos
naufragan tus hijos, y yo me desgajo
gloriamos tu vida, en paz nos quedamos.

El segundo motivo —menos poético, según se verá— era que Ponciano, tan bueno para los ritmos, había instruido a muchos cantores y músicos que luego formarían sus coros, bandas y conjuntos de calidad mundial. Por añadidura, el poeta era compadre de Arcadio Tuncul quien, ya se ha dicho, prefería las percusiones.

Los dos amigos ya vivían de su fama y las monedas extranjeras se apilaban en sus patios. Tanta buenaventura resultaría fugaz. El crimen se reveló como una novedosa expresión de la libertad. Si no hay permiso qué pedir, lo más probable es que el hurto sea la primera acción no volitiva de un ser humano. Habría que pedir a un psicólogo social —especialidad que ya comenzaba a husmear en el mundo— alguna explicación convincente a las motivaciones que hay detrás de un delito. Menudo problema para los dos músicos que se habían figurado vivir en un soñado paraíso. Enorme oportunidad para la gente que anhela esforzarse poco multiplicando sus beneficios a costillas del prójimo.

Noper, la oficina que jamás despachó para brindar ningún servicio, se convertía en muro de lamentaciones. Crecía la cifra de personas que, al pasar frente a ella, reflexionaba sobre el nuevo estado de su comunidad: “¿A quién reclamo el hurto de mis dos marranos? ¿Quién me los repondrá o me dará de comer?”, se preguntaba un afligido campesino. Se multiplicaba el despojo: instrumentos de labranza o de carpintería; remos, tijeras, azadones, enseres domésticos; más animales de corral, cosechas de las trojes; monedas extranjeras que dejaban los visitantes, el organillo de un templo, joyas, piezas de alfarería, los mascarones de la pirámide.

Lo peor vino con el robo de niños y mujeres jóvenes. Un pillaje sin precedente ni límites. Los ladrones que, según la tradición delictiva suelen cubrirse en el anonimato, en esta comarca eran por todos conocidos: Rodolfo, el talabartero; Brisa, la partera; Zenón, el pastor de un centro religioso;

Pascual, el jinete; los hermanos de Queta y la familia de Zeus que ya había conformado una pandilla. ¿Cómo juzgarles? Nadie podía, estaba visto, si hasta la misma autoridad robaba. Debo reconocer que había quienes, siendo tentados a hacer lo mismo, reprimían sus impulsos siguiendo corazonadas éticas.

Por sugerencia de alguien, sin demora emergió una muy floreciente industria: la protección con policías o vigilantes, milicianos y la fabricación de armas de combate. “Sería repetir una experiencia fallida y aquí nos propusimos no evocar el oscurantismo de la Historia pero, ¿qué remedio?”, concluían los más pragmáticos. “Será la ruina de nuestro pueblo, mejor volvernos al otro lado”, remataban en otra parte. Pero en BL las cosas eran más o menos disfuncionales así que una nueva mudanza equivaldría a cometer una locura mayor.

No había oficina de permisos, es más: se dirá con insistencia en que se faltaría al respeto siquiera pensarlos, de modo que esa frugal comunidad del norte pronto se tornó en otro sitio idóneo para el brote de paranoias como en la charla de estas dos amigas:

—¿Cómo protejo a mis hijas para que no sean vulneradas en su persona...?

—¿Cómo que en su persona?

—Sí, que no las vayan a violar...

—¿Pero quién haría eso?

—¿No estás viendo lo que le pasó a la nieta de Matilde y Ponciano, el poeta?

—¡Santo cielo, contratemos un vigilante!

—¿Y será gratis?

—Gratis ya no es nada, se tendrá que pagar, qué abusivos...

—Pero no tengo dinero...

—Pues hay que pedir a Límbano, el herrero, que nos haga unas monedas...

—¿Y así no más las damos a cambio del servicio que preste el señor ese? ¿Quién determina el valor que tienen las monedas?

—El tiempo que Límbano se tarde en hacerlas, si están muy garigoleadas, no sé...

—¿Por qué mejor no pagar al vigilante con gallinas y pavos o jueches?

—¡No, mujer, te mandarán al carajo! Ya lo intentó Deyanira quien también tiene dos hijas y el fulano se carcajeó de ella, se dio la media vuelta y desapareció...

—¡Híjole! ¡Vamos a pedir nuestras monedas!

De igual modo que en BL, si alguien hubiese retratado el momento más dramático que vivía la población a finales de 1883, habría inmortalizado el de un conjunto de rostros anonadados y pillados en fragancia con algo ajeno en las manos (un objeto, un animal, una persona) pero, al mismo tiempo, con la expresión de aquellos que advierten que, en un futuro ni siquiera admitirán su falta. Vaya grupo de ladrones cínicos y avorazados.

Además del descaradísimo robo a todas horas y de todo tipo de objetos, bienes y personas, otros males comenzaron a aquejar a SS. Si había libertad para ser ejercida en plenitud, esto es, sin ninguna cortapisa ni privación, con alevosía o sin

ella, a efecto de que nadie allí sintiera su voluntad amenazada, afloraron los vicios como el consumo desmedido de aguardiente, el juego, las apuestas y algo que podría denominarse pornografía: con tanto calor muchos preferían andar en cueros ora por refrescarse, ora por provocar rubores o por puro exhibicionismo. Así estaban, encenegados.

Luego vino la producción de armamento: desde prácticas tirachinas hasta los fusiles de carga con cartucho los cuales podrían disparar balas a mayor velocidad. Las piezas se importaban no habiendo quien las produjera aunque no dilataron mucho en generar ellos mismos los insumos necesarios. El propósito era la defensa o el ataque, ya no se sabe.

A este lugar, incluso, arribó un personaje muy especial. Se llamaba Garin von Königgrätz. Aunque bajo de estatura era en realidad muy fuerte y llevaba en el cuerpo muchas heridas de combate que lo hacían sentirse orgulloso. El que ama la guerra y ha salido airoso de sus batallas, puede contener mucho dolor, pero también vanidad. “Las guerras las libran hombres con entereza, entrenamiento, monedas y mucha dedicación. Si un guerrero sobresale, se vuelve un superior y si está en todo disturbio arriesgando la vida y la salva, emana de él un dejo de desprecio por aquellos tontos que se atemorizan. En las guerras no hay que huir; por el contrario, hay que adueñarse de ellas y abrazarlas con espíritu triunfador”, parecía decir.

Garin von Königgrätz desembarcó en el mar donde lo esperaban para trasladarlo en una canoa hasta Sortija del Sol. Llevaba un maletín pequeño con sus enseres personales, pero

los heliófilos que se congregaron a verlo en la plaza, lo primero que vieron fue el sofisticado rifle y las municiones de reserva.

El grupo líder de damnificados por la ola de raptos y robos había decidido traer a este especialista en armamento, logística y tiro; era un ex combatiente de la guerra austro-prusiana. Un francotirador. De inmediato simplificaron su onomástico pues la pronunciación les resultaba complicada y fue llamado Garín Konaz, lo cual le causó gracia y aceptó de buena gana. Después lo condujeron a un centro religioso, por paradójico que suene, el único lugar que podía dar cabida bajo techo a toda la población de SS para llevar a cabo los entrenamientos. Las clases en el instituto y las ceremonias de culto se suspendieron pues todos acudían a ver a este singular personaje y a aprender sus conocimientos. Cuánto más absurdos los solífugos o los lunáticos: en aquel sitio se codeaban los ladrones y quienes de ellos buscaban protegerse. Garín Konaz comenzó a explicar que las guerras le habían enseñado a arriesgar, a desconfiar, a ser paciente, patriota y perseverante.

—Mi misión en este mundo es salvar a los pueblos de la envidia de otros pueblos.

—¿Y si el enemigo es el pueblo mismo, Garín?

—A qué te refieres, dime.

—Aquí no hacemos la guerra con la villa de junto, esa ya la tuvimos, de hecho fueron dos. Mira, ahí atrás de ti están Rodolfo, el pastor Zenón, Brisa, Pascual, Queta y sus hermanos y toda la familia de Zeus, que son de los muchos que están robando.

—¿Ustedes son los criminales que asolan este pueblo?

—Sí.

—¿Y ustedes son los que quieren protegerse de ellos?

—Sí.

—Explíquenme cómo están entonces todos juntos aquí, ¡si el enemigo no puede nunca saber qué hace o hará el contrario!

—Ah, pues resulta que aquí donde estás nadie pide permiso. Los facinerosos que ves quisieron venir a aprender en ejercicio de su libertad, la misma que tienen para hacer sus fechorías. Y se nos prohíbe echarlos.

—¿Nadie pide permiso aquí? ¿Qué, qué?

—No, para nada, hay libertad absoluta para hacer cualquier cosa. O sea que tú puedes ahora mismo matar a la vieja que está junto a ti y no podemos impedirlo ni hacerte ningún juicio. Nada.

—¿Quiere decir que si uno de ustedes toma mi arma en este instante y, *me me dis-para* con buena puntería, me muero y se acabó la historia del francotirador más famoso del planeta?

—Así es.

—¿Se volvieron locos?

—¡De ninguna manera! Estás en un lugar en donde decidimos no reproducir ningún modelo de los antiguos o sea que nada de lo que has visto o tus ancestros se da aquí.

—¡Me voy! ¿A dónde vine a parar?

—¡Se va! ¡Tras él!

Fue uno contra decenas. Garín Konaz, el hombre de espíritu triunfador, el guerrero “superior”, el que despreciaba

a los cobardes, sintió temor. Muy atribulado, con el corazón palpitándole a punto de un infarto, respiró profundo, pidió que lo dejaran siquiera moverse, “fuera manos”, y exigió su liberación. Los comarcanos se encargaron de impedirlo. Le informaron que quedaría secuestrado en tanto no les enseñara las nuevas artes y técnicas de artillería. Así que no tuvo más remedio que obedecer. El miedo, sin duda, nos hace de trocitos de algodón el alma.

El capacitador inició de este modo su curso. Como no conocía la reciente historia de esta gente (de lo contrario, quizá ni habría aceptado la invitación), armó en su cabeza una estrategia basada en la paciencia. Paciencia para con los villanos, claro, porque el francotirador sabe que puede transcurrir mucho tiempo, incluso semanas, esperando a su adversario para aniquilarlo. Así que Garín de nuevo respiró hondo, se hizo de metal y simuló que su cobardía o pavor habían sido pasajeros. Comenzó a disertar sobre la importancia de observar con los ojos y de aguzar el oído. De la capacidad de reacción ante la acechanza dependía la vida o la muerte. La posición perfecta, les explicó, es colocándose bocabajo con una bolsa de arena y apoyando la culata del rifle. Todos se fueron al piso. No todos, debo aclarar de inmediato, porque los que fungieron como guardianes de la puerta para prohibir la fuga del tirador se mantuvieron erguidos como columnas de hierro.

—¿Así? —quiso saber una mujer algo pasada de peso.

—Echa tu cabeza un poco más atrás —sugirió Garín.

—Pero es que siento que me aplasta la barriga.

—Y a mí se me clava el palo este, ¿cómo le llaman? —se quejó Brígida, la alfarera.

—Culata —respondió su marido.

—¿A fuerza tengo que ver por la mirilla del rifle? ¡Es que tengo un tutupiche! —gimió un muchacho.

—¿Y eso qué es? —preguntó el francotirador.

—El ojo inflamado, una perrilla, un orzuelo, no sé cómo le llames tú en tu país...

—Ah, un divieso en el ojo. Entonces, mmmh, no sigas el entrenamiento porque el arte aquí es mirar.

—Tampoco puedo, parezco manatí, ¡me van a arponear! ¡Ayuda! —gritó desde el fondo un robusto caballero.

—Pero si serás imbécil, esto es una cosa muy seria, como dice Garín —condenó el que estaba a su lado—. Pues ya, incorpórate como puedas, ése es tu problema.

—Señores y señoras, no se enfaden y todos presten atención —intervino Garín Konaz—. Observen siempre su objetivo a través de la mira anterior y la posterior. No se distraigan para nada. Mantengan el equilibrio. Si han de disparar, inhalen profundo, mmmh, ahhhh, dejen salir la tensión y ¡zas!, que sea libre la bala jalando el gatillo. Estar así es la posición ideal sobre todo si yacemos sobre una pendiente, pero también uno puede permanecer sentado o en cuclillas aunque esta última es una posición muy cansada.

—Me ruedo, me pegué con esta culata, ay, ¡me salió un chibol! —dijo sobándose una adolescente.

—¡Esto no es cosa de mujeres! —inquirió su hermano.

—¡Imbécil, eso crearás tú!

Los cazadores eran los más hábiles, claro. Para ellos no había mucho que aprender salvo un gran secreto ahora revelado: cómo se pueden ganar monedas sin hacer tanto esfuerzo como lo demanda corretear puercos de monte o cazar tuzas, esperando por horas la aparición de un venado. Algunos optaron por volverse fabricantes y proveedores de las nuevas armas largas que circulaban en otras partes y así, lograr el negocio redondo.

Afanoso en compartir todas sus mañas en el arte de guerrear o más bien, urgido de salir disparado como lo hacían sus municiones, Garín Konaz fue liberado. Le ofrecieron unas bellas monedas con el sello del Sol en el anverso y él, aparentando que no lo hacía por una ganancia económica, explicó que sus enseñanzas las compartía por complacencia. Es más, enfatizó que lo hacía en honor a la laguna porque era la más hermosa que hubo visto jamás. Le apuraba huir y lo logró al cabo de un par de semanas para no volver nunca jamás y parece ser que al susodicho cuenco sólo le miró de reojo, pues estuvo cautivo todo ese tiempo, como ya se ha dicho.

No pocos abandonaron por completo sus ancestrales actividades para realizar otras que les generaran seguridad, provecho o gusto. Nació de este modo una cantidad desconocida de nuevos giros o profesiones. Quizá la más extraordinaria fue la del herrador Límbano quien, muy pero muy adelantado a las intenciones que tenía aquel par de amigas que conversaba sobre vigilantes y honorarios para darles, había iniciado un emporio en la forja de monedas. No más esfuerzos haciendo mesas para casas, bancas para el parque o para los centros de

culto; ni azadones, martillos, horquillas o llantas para carreta, ¡basta!, ¡entonces no recibía paga!

Pero los intereses cambian y he aquí que ese rústico artesano ahora se hallaba urgido por hacer realidad la nueva necesidad: crear monedas. Y como las monedas necesitan un banco, según el consejo de los forasteros, el taller de Límbano se renovó para convertirse en una admirable obra arquitectónica que contaba con barrotes y una bóveda para proteger la nueva mercancía. De herrero se convirtió en banquero. Y como no hay banquero que sea pobre en ningún lugar del mundo y en ningún momento en la historia de la humanidad, sorprendidos todos le miraban o admiraban como el primer rico del pueblo.

Arcadio Tuncul y Ponciano, el poeta, al ver sus fortunas evaporadas a causa de los hurtos que ensombrecieron el territorio solar, dejaron la música y las letras para convertirse en empleados con paga del gran y respetable don Límbano Herrero, como ya se le conocía. Un grupo empezó a sentirse más que la mayoría mientras el resto, de forma casi mágica, iba concluyendo que era menos. Oportunidad dorada para la creación de élites, rebaños sagrados y figurones.

VIII

Las dos leyes

Es verdad que ocurren fenómenos extraordinarios en el universo, como este de Venus transitando sobre el Sol. Lo aceptaban de forma unánime en ambos poblados. En lo que no estaban de acuerdo era en la influencia determinante en el ánimo de la gente. Es más, un número no despreciable calificaba la deducción como una extravagancia aunque otros, en definitiva, ni siquiera se lo preguntaban. Así suele ser cuando se busca esclarecer las cosas nocivas que ocurren a las personas o a los pueblos, porque desentrañar las buenas a nadie interesa, todos las gozan sin reparar en las causas.

Unos en SS afirmaban que la explicación a tanto desmán acaecido en los últimos nueve años pasaba por Venus y el Sol: el ardor del universo se había disparado y como arco reflejo, el calentamiento había llegado a sus cabezas para exasperar su ánimo de por sí rabioso; otros rechazaban pensar en un destino ya escrito en la traza de la vida: el hombre es libre y

los astros ni sus conflagraciones pueden más que la voluntad humana.

En BL, donde se hacían las mismas interrogantes, se planteaba si era posible que las eclosiones que sufre el universo provoquen un efecto simpático o antipático en el actuar de los hombres; siendo así, se podría conjurar el reflejo del mundo exterior en su interior, y para ello existían amuletos y talismanes y artes como la magia, que habían demostrado su eficacia a lo largo de miles de años. Si un planeta de la galaxia (la Tierra) es una minúscula parte de un enorme e infinito macrocosmos, pensar que el flujo o reflujo de aquellas energías planetarias tuvieran incidencia en sus vidas microcósmicas podía darse por aceptado. Unos consideraban que ante tal determinismo la voluntad se rinde y otros exigían a todos el ejercicio del libre albedrío. “No sean cobardes”, espetaban.

Con estas y otras muchas argumentaciones debatían en las dos villas. Los promotores de la colectividad no consentían esa especie de individualismo rampante del que se pavoneaban los solífugos y estos, a saber si con razones o nada más por seguir llevando la contra, acusaban a los primeros de estar prisioneros en una emergente burocracia que cancelaría todos sus derechos fundamentales. Pero en ambos sitios había gente pensante, aunque sea poca, una vez que aparecieron estos absurdos. Aquí recojo un singular diálogo entre dos ancianos amigos, uno de SS y otro de BL, reunidos en un punto fronterizo de los “primeros palos”:

—Con todo esto que ha pasado, me pregunto: ¿es cada cual responsable del todo de sus acciones? —comenzó Tato.

—Yo pienso que sí. O qué... ¿el “dueño del monte” es quien nos hace callar o nos hace decir? Son babosadas de gente loca, irresponsable —resumió Poncho haciendo con despreciado ademán.

—¿Y si nosotros no estamos concientes de lo que hemos hecho? —preguntó Tato—. Porque si respondo con honor a la verdad, no podría afirmar que todas estas cosas ocurridas entre nosotros al dividirnos hayan sido pensadas y orquestadas por nosotros. Se dieron así nada más, casi sin darnos cuenta y ya ves, no hay quien no tenga una horrenda historia que narrar.

—Yo creo que todo tiene una razón de ser... —reflexionó Poncho—. Cada cual sabe qué es bueno y qué no, así que no podemos llamarnos a engaño, ¡no somos nenes! Nosotros alcanzamos estos grados de locura porque estábamos, no sé, tal vez aburridos de tanta concordia o quizás...

—Me inclino a pensar que no somos libres. Todo es una ilusión. La libertad es para los soñadores —prosiguió Tato, algo resignado—. Ya ves lo que ha pasado en SS: tanto presumirla y es incuantificable el número de males que nos aquejan: vicios, robos, holgazanería, obesidad. Estamos sujetos a la necesidad, no a las reflexiones que podamos tener en torno a la libertad. Hay un destino fijado y ese no puede cambiar por más que deseemos lo contrario. Lo que atravesamos es lo que tenía que pasar y punto. Acaso fue porque no hicimos caso a los recordatorios de nuestros astrónomos.

—Pero los solífugos y plenilunios decidimos vivir así, ¿no? Liberados, libres (aun a riesgo de caer en el libertina-

je) o esclavizados... lo mismo da —refutó el viejito Poncho—. Es muy fácil culpar a otros, a los astros, a Dios o a todo el panteón politeísta de lo que nos ocurre... ¿Y no somos capaces cada uno o en colectivo de decidir lo correcto, lo noble? ¿Qué no sabemos, a estas alturas, qué consecuencias tiene hurtar, vengarse, encolerizarse? ¿O cosas más terribles como asesinar a alguien? ¡Tengamos memoria, por favor!

—¿Y si ese homicida está enfermo y no se percató siquiera del instante en que acometía dicho crimen? La “mano extraña”, o sea: su mano no es su mano y, en consecuencia, actuó de forma independiente a lo que le indicaba su cabeza...

—¿Mmmh?

Al diálogo se sumó un tercero que merodeaba por allí, muy interesado en la plática.

—Queridos ancianitos... Resumen ustedes dos opciones: asumir que el hombre está determinado desde el principio de los tiempos a hacer esto o aquello y que allí no cuenta su voluntad; o que de suyo es tan libre que corre por la vida decidiendo todo el tiempo lo que debe o no hacer gracias a su conciencia. ¿Y qué hacemos con la frase aquella de “hágame tu voluntad”? ¿No hay un plan establecido por Dios para cada nación y cada persona elegida? Entonces no tenemos nada qué preferir... Sólo unos pocos predestinados desde la eternidad se salvarán mientras el resto sucumbirá en la catástrofe final.

—Ah caray, no había pensado en eso, suena feo... —caviló Tato.

—Yo sí, pero entonces, ¿para qué carajo tenemos libre albedrío? —le contestó Poncho—. Y, en todo caso, ¿qué hace que unos sean elegidos por un ser superior y otros no?

—¿Tenemos libre albedrío? Eso pregunto —reviró Tato—. ¿No será más bien un espejismo creer que somos libres y capaces de distinguir lo bueno de lo malo, asumir las consecuencias de nuestros actos y reparar los daños si es que los hemos hecho?

—Se ha dicho en estos días si los dos eclipses de Venus determinaron todo este caos que siguió y yo por eso digo sí, aunque hubiésemos hecho lo imposible por detenerlo, ningún esfuerzo habría sido suficiente porque ya está escrito que la historia debía seguir su curso. En eso estaría de acuerdo contigo... —agregó el tercero en discordia.

—Miren, insisto en cuán fácil es culpar a otros. ¡Es lo más ramplón del mundo! ¡Chabacanerías! —palmoteó Poncho—. ¿Por qué Dios decidiría inundar un río para que nos ahogemos; extinguir el agua para que no tengamos pesca; enfermar a nuestros hijos, nietos o bisnietos o producir eclipses de Venus o de Luna para que nos echemos a perder como grupo humano? La naturaleza también tiene su albedrío y no es Dios el que anda pensando a quién perjudicar, a quién beneficiar... ¡Por favor! Sería éste un Dios muy caprichoso, tendencioso y malvado, por decir lo menos... Y yo no creo en un Dios con esas características.

—Pues yo sigo pensando que Dios tiene un plan para nosotros: en lo uno y en lo común —insistió el tercero—. Se nos ha ido revelando en la historia; está muy claro que no

sabemos qué sigue, sólo que ocurrirá para que aprendamos las lecciones. Es como si el tiempo fuese una línea recta: ya supimos lo anterior, nos faltará saber el futuro.

—Híjole, ya se elevaron aquí mucho el señor este y mi compadre —concluyó Tato—. Escuchen ustedes: en las comunidades prevalece el interés colectivo y si se nos olvida, les recuerdo cómo vivíamos antes de estas hecatombes tan nefastas... pero no hace falta, ¿verdad? ¡Si las hemos vivido en carne propia! Ea, entonces, la libertad es una quimera. Si cada cual hace lo que le place tampoco podremos hablar de justicia. Y además yo sigo siendo partidario de que la historia es cíclica, jovencito —y volteó a mirar al tercero—. O sea, se repite, nada de líneas rectas ni evoluciones, ¿entendido?

En esas estaban estos y otros con reflexiones más profundas o superfluas. Mientras, en cada pueblo reinaba el caos: en pocas semanas se habían acabado los bastimentos de reserva para las épocas de secas y vedas. El hambre y la sed siempre detonan el lado más miserable del hombre. No hay situación más delicada para género humano que luchar por sobrevivir: le brota la humildad o le somete la soberbia, a saber.

En materia de ánimos, en SS estaban furiosos por el desenfreno que se manifestaba y en BL, por la compresión. Imagínese el lector la esquizofrenia rayana entre ambos pueblos, polarizados por sus obstinaciones y enloquecidos por sus manías, siendo ellos los habitantes de aquel paraíso.

Colapsada su vida, no quedaba más que poner orden. Y por la necesidad de un arreglo con los menores daños posibles nacen las leyes. Son ordenamientos que permiten o

prohíben a los que se puede dar la vuelta para torcer y brincar; son normas que limitan, conjuran, resuelven, truncan, entorpecen o ajustician. Son reglas producto de circunstancias, intereses y necesidades. O necedades. Son principios básicos que deben propiciar la concordia, la equidad, el respeto.

Había una decepción generalizada en ambos pueblos cuando se pensaba que antes sólo se habían valido del ideal de conformar una sociedad nueva que no reprodujese modelos de los antiguos que, estaba visto, demostraban altísimos niveles de incompetencia, injusticia, conflicto, desigualdad y otros vicios horrendos. El amor y la comprensión eran, en todo tiempo, el principal regimiento. Bastaba la palabra de las personas y el compromiso de la comunidad, no las azarasas leyes que enredaban con su palabrería, sujeta a aclaraciones acaso tendenciosas, y que implicaban la existencia de intérpretes que tenían voluntades peculiares y subjetivas, incluso intereses, a la hora de discernir. Aquellos caravaneros convertidos en villanos habían rechazado ser presas de este garlito. Pero tenemos aquí que les ocurría lo opuesto a sus deseos. “Esta es la forma de actuar del libre albedrío”, concluirían algunos.

Don Límbano Herrero, de forma cuando menos impensable si es que era apenas un gahnápiro, se convirtió en el nuevo jefe de gobierno de SS. Percatado del peligro que corría él mismo con su nueva realidad financiera y todos los heliófilos en consecuencia, convocó a una sesión pública con el fin de discutir la situación y enterrar los vicios derivados de la política Noper.

Despojados y ofendidos por la ola de crímenes, los vicios y la inseguridad, e indignados por el curso de los acontecimientos recientes, se apuraron a zanjar el conflicto en poco tiempo pues se hallaban escuálidos, enfermos y medio embrutecidos. Estuvieron de acuerdo sin excepción en que los ancianos se convirtieran en delegados. Eran los sabios, ¿no es así? Su misión sería analizar y determinar a la brevedad cuáles serían los topes que colocar a tanto desenfreno y escribirlos con la más clara redacción.

“¡Qué lamentable!”, exclamaban los heliófilos a los que quedaba una reserva de vigor anímico. El agobio físico y emocional era tan evidente que la creatividad destellante que los había caracterizado, por ejemplo en el muro blanco, se había deprimido también. Caminaban por las calles, idos; callados, como entumidos aunque el clima de su atmósfera jamás perdiera esa humedad y bochorno tan característicos. Un caso raro de contradicción colectiva, catalogaría un sociólogo, especialista que ya causaba furor en otras partes del orbe para refutar el oscurantismo religioso y explicar de forma científica los manifiestos o las rarezas de las sociedades humanas.

En BL el panorama no era halagüeño. Igual o peor que en la comarca de enfrente. Después del entristecedor e inesperado suicidio de Ramón Dospuertas, la infeliz viuda de éste se había colocado sin querer, casi que por producto de las circunstancias, al frente del gobierno de los besados. Era una mujer menuda pero de carácter firme, algo mandona, práctica y muy trabajadora. Se había hecho llamar Griselda y heredaba el nuevo apellido de familia.

Presionada por una urgente solución ante la suspensión de la vida toda, resolvió convocar a una junta urgente en la plaza de BL a la que todos acudieron presurosos. Presurosos es un decir pues, aquí como acullá, el limbo social los tenía alelados; parecían autómatas y se mantenían de pie por puro instinto de supervivencia aunque ya se reportaban varios casos de debilidad endémica, aclararían en un futuro los especialistas en nutrición. Porque tampoco había qué comer si unos se formaban para pedir permisos, otros para despacharlos y unos más para edificar aquel inverosímil centro burocrático. ¿Quién se ponía con un cordel y un anzuelo a pescar, de perdida, una mojarra o un bobo? ¿Qué manos escarbaban de la tierra siquiera unas yucas o camotes para tragar aunque fuesen asados? Ni imaginar quién tendría hálito o paciencia para perseguir a un tepezcuinte o bajar nances o guayabas de los árboles...

Dotada con un juicio práctico, Griselda Dospuertas propuso ante la asamblea, primero que nada, suspender las obras de construcción y las funciones del centro Pecamar. La gente debía retornar a sus casas, ver qué determinaba frente a las emergencias derivadas de esta locura si es que había remedio (por ejemplo, atender a un cuasi difunto, asistir a una parturienta) y elegir a una comisión de representantes que decidiría cuáles son los límites de los permisos. Acabar, por decirlo así, con el absurdo de esa nueva esclavitud. Por aclamación, los ancianos fueron elegidos para revisar el tema, proponer alternativas de solución, fijar las nuevas normas y escribirlas sin ningún tipo de confusión redaccional que, en el futuro,

trastocara en el nuevo orden social que se intentaba configurar. La amargura estaba instalada en sus vidas y corazones. ¿Cómo había ocurrido todo esto si ellos y sus ancestros se jactaban de ser una sociedad ejemplar, cercana a la perfección y por ello la laguna más hermosa del orbe había aceptado ser su anfitriona y proveerles el tan necesario sustento? ¿Cómo? ¿Por qué los astrónomos y los historiadores estaban del todo relegados? No se lo preguntaban mucho, pero es muy posible que lo pensarán así a decir de sus caras, invadidas por un gran desconcierto y una enorme depresión colectiva.

La ruina de las dos villas se encontraba en su punto climático. Si el tiempo es circular, si la historia se repite, si es posible prever los acontecimientos como aseveraban los astrónomos, cuando menos en ciento veintidós años no ocurriría el primero de los dos tránsitos de Venus sobre el Sol y algún tipo de apaciguamiento tendría que socorrerlos, porque ya se había calculado que habría un siguiente binomio el 8 de junio de 2004 y el 6 de junio de 2012. “Pobres de aquellas futuras generaciones”, auguraban. Pobre planeta, pequeña cosa tan indefensa en el orden del universo. “Pobres de mis hijos y nietos”, pensé yo.

Con la velocidad que fue posible por las circunstancias que se han narrado, entre los ensortijados nació una ley suprema que aborrecía los crímenes que se habían presentado y condenaba a sus ejecutores a penas severísimas, incluida la privación de la libertad. Contradictoria resolución si se recuerda su pavoneo sobre las virtudes de la libertad. Entre otros delitos, se hallaba el asesinato, la violación de mujeres, el robo, el

consumo de bebidas viciosas, el rapto, el engaño, la codicia y la mentira. “Era necesario, impostergable”, decían en forma casi unánime. “Así se impondrán límites al libertinaje”, defendían.

De este modo comenzaba el nuevo régimen en la fracción que ocupaba el norte de la laguna. Y no mucho tiempo después, por paradójico que parezca, se hacía urgente también la necesidad de expedir permisos para el ejercicio de la bendita libertad y evitar que otros vivales se aprovecharan de las circunstancias: para identificarse, para trabajar, construir una vivienda, viajar, tener una mascota, cazar aves o mamíferos, matrimoniarse; para expedir monedas, para comerciar con ellas; para dejar una herencia; para manejar bicicletas, automóviles o para ejercer una especialidad de esas que ya campeaban en el mundo o poco faltaba. Permiso para matar, morir o suicidarse. Si para eso se llamaban solífugos. La injusticia se evitaría abriendo a todos la oportunidad de ganarse la vida a cambio de una remuneración y así fue como, por ejemplo, don Límbano Herrero incluso aceptó desconcentrar la fabricación de monedas, hasta entonces en su poder. Y aunque no fue muy feliz al externarlo, entendió que de esta forma se impediría su mal uso.

Entre los plenilunios la cosa marchó también según el ritmo de su depauperada condición. A las carreras y sin mucho pensar, pues la cabeza no estaba en su sitio en ninguna de las dos comarcas, los viejos de BL llegaron a la ingente conclusión de que había que normalizar la cuestión de los permisos. Redactaron una ley suprema que condenaba perversiones que

no podrían darse o repetirse como el parricidio, la falta de caridad, la infidelidad, el robo, la usura, la esclavitud, el engaño, el lucro y la desigualdad. Pero no consideraban inconveniente extirpar los permisos del todo pues estos emanarían de ese nuevo orden: cuáles y cuántos. Sus medidas, como se puede comparar, eran algo más inalcanzables de cumplir, quizá por ello se apodaban lunáticos.

Así que, de principio y con el surgir de nuevas necesidades, se hizo patente la obligación de pedir anuencia para identificarse, agruparse, producir, laborar, estudiar, viajar, dedicarse al arte o a una práctica deportiva, como ya empezaba a ocurrir. Para evitar el más mínimo asomo a cualquier vileza que decantara en codicia, descontento social o algún tipo de injusticia, se reservaban para Griselda Dospuertas y su comité la producción de monedas, su alojamiento y distribución. Nadie debía, se estipulaba, pagar por una necesidad básica como comer, dormir, jugar, atenderse de una enfermedad o acudir a la escuela.

Al llegar el ocaso del siglo XIX, en algo se iban asemejando los villanos de SS y BL: comprendían que no es posible la disoluta libertad ni la esclavitud. Y esta vez, sus decisiones no pasaban por oposición al vecino. Pronto aquella comisión bilateral se reunió en una zona neutral, dirían los diplomáticos que han pululado por todas partes del universo desde tiempos inmemoriales: casi en la desembocadura al mar, a muchos kilómetros de distancia de sus representados, por cierto, no lejos de donde fue recibido Garín Konaz. El propósito era informarse de manera civilizada en tanto que compartían

lindes de agua y de tierra, acerca de los arreglos de cada lado para tomar las providencias del caso. Se ratificó la posibilidad de acudir a un tribunal internacional si entre ambos pueblos era imposible llegar a un consenso.

La gente de la laguna jamás volvería a vivir del modo armonioso que hubo en una época. Encontré a aquellos policías de la otra nación y a los especialistas que habían ayudado en la división de los pueblos. Ellos me contaron mucho de lo contenido en esta historia, pero jamás supieron decirme por qué en los albores del siglo xx ambas comarcas estaban despobladas. El hidrólogo me aseguró que a mediados de abril de 1910, cuando viajó con su familia a aquel lugar para admirar el cometa Halley, descubrió azorado que ya nadie vivía allí. Incluso, se alojó a sus anchas en un hotel abandonado de SS. Los villanos comenzaron a morir, a migrar, a acribillarse, no pude saberlo.

Por allí quedaba solitario el estero de forma geóide que atestiguó el aparecimiento y fin de una nueva generación en el decimonono. Vestigios de esta rara gente que una vez la había poblado quedaban allí, a los ojos maravillados del viajero, del explorador y del arqueólogo, especialista que emergía vehemente en el globo ansiando saber cómo evolucionan las sociedades; suponiendo cómo vivieron en las tierras exóticas, cuáles eran sus costumbres, sus creencias, su cosmogonía, su modo de estar en la historia cultural de la humanidad.

Puesto que la naturaleza es sabia para regenerarse, en no mucho tiempo la zona se reforestó pues ya no había quién explotara ese bosque tropical. Cada ceiba seguía anchándose

por sobre la superficie fangosa de estas latitudes y era de admirar el garbo y misterio con que se apostaba como si nada le hubiese atosigado antes o ahora. Los guapaques, chinines, zapotes, anonas y naranjas seguían repletando los árboles. Caían por su propio peso y abonaban a la, de por sí, fértil tierra. Las flores jamás eran molestadas y los animales no tenían que esconderse o sucumbir ante los cazadores. Nutrias, pijijes, cuervos, chombos, zanates, loros y guacamayas recuperaban su antiguo territorio lo mismo que mariposas multicolores, los pájaros carpintero, chupamirtos y calandrias. Un espectáculo sonoro y armonioso que sólo la más perfecta laguna del orbe podía atestiguar de nuevo.

Epílogo

Decidí contar esta historia porque me resultó inexplicable comprender cómo la gente del lugar más bendecido en la faz de la Tierra vivió las peores pesadillas. Tenían agua en abundancia, no padecían temblores ni tsunamis, su clima era benéfico aunque lluvioso y muy caliente y húmedo; los frutos brotaban por doquier y los peces estaban ofreciéndose para ellos en la laguna; los animales, variados en sabores, colores, tamaños y funciones causaban embeleso. En verdad, no muchos esfuerzos tenían por delante pues la naturaleza les daba todo como un regalo. Sus especialistas eran ilustrados: muy admirable su conocimiento sobre astronomía, matemáticas e historia aunque luego su sabiduría pasara a un vergonzoso lugar para la abrumadora mayoría que fue olvidando quiénes eran sus ancestros, en qué creían, cómo percibían el mundo. Aunque es verdad que eran muy ocurrentes, jacarandosos y artísticos.

Pero... Pero el hombre, sea de aquí o sea de allá, en cualquier continente, época o circunstancia es proclive al conflicto. Si las cosas marchan bien, hay que inventar algo que descontinúe la armonía; todos a buscar el inconveniente, la pesadilla, el negrito en el arroz. No es posible la quietud; hay que rascar con las uñas, con los dientes o con las pestañas si hace falta para hallar cualquier canallada. O provocarla. Con ello quiero descargar en algo la responsabilidad que tendrían estos tipos respecto de su disolución, huída o migración, decadencia, fratricidio, muerte natural o es que fueron fantasmagoría o ilusión. O que Venus se los tragó.

Coincido con ellos en que la humanidad de antes, la de ahora y la de mañana es insignificante en comparación con el universo. Ese macrocosmos está en constante movimiento: sus astros, cometas, gases y todo lo que lo compone se colisiona, reposta, sigue un frenético ir y venir y a veces allá se descomponen las cosas. Todo eso influye en las comunidades humanas y en cada persona, claro que sí. Es un hecho probado, por ejemplo, que las fuerzas centrífugas y gravitatorias de la Luna y del Sol producen mayores o menores mareas en los océanos, ríos y lagos. Nadie podría, por ejemplo, evitar un eclipse lunar o los tránsitos de Venus sobre el Sol o, ¿hay alguien por ahí sintiéndose capaz de someter a la Luna? ¿Hasta dónde llegará la ambición del hombre por controlar la naturaleza sintiéndose superior a ella? Claro que tenían razón los mayas antiguos: la historia desciende del cielo a la tierra y no al revés. Pero, pero, pero... No vayan a deducir que por ello justifico el actuar extravagante y pervertido de esta gente.

Repito: está visto que el hombre es un mendigo del conflicto. Si fuese posible que todos admitiésemos tal baja, estaríamos de rodillas en las calles suplicando que nos den azotes, que nos insulten, injurien y socaven nuestra dignidad. Esta sería la forma menos hipócrita de aceptar que, en el fondo, todos deseamos decir: "miren, miren bien cómo ese desgraciado me ofende, se aprovecha de mí". Es la autocompasión, el delirio por sentirse poca cosa. Ah, pero el ser humano no es poca cosa en absoluto: lo que no tiene es vergüenza. Por eso jamás se abandonaría al piso de una banqueta para limosnear compasión, eso se lo deja a los locos que ni siquiera razonan si es indigno humillarse en la calle. Los pordioseros, también quiero decir en descargo, son otra especie; lo hacen por necesidad y no cavilan si es menoscabo de su persona y si lo es, qué más da: hay que comer y allí la vergüenza no manda.

Es cierto que el mortal es una criatura incomprensible: voluble, tonta, desagradecida, muy codiciosa y más aún, soberbia. En el caso de los habitantes de la villa, a mirar de nuevo qué afortunados eran pues la comida y el agua casi la tenían nada más estirando un brazo; insisto que su clima era paradisiaco (muy húmedo y caliente para mi gusto) y no tenían que hacer grandes esfuerzos para protegerse de las inclemencias del tiempo como ocurre en otras latitudes. Incluso, padecían obesidad, ¡no la pasaban mal! Me pregunto si todo ese año-so peregrinar por tantos continentes les sirvió para algo o es que ya estas generaciones, como suele ocurrir en el hombre, no recordaron aquellas experiencias. Porque además de todas estas lindezas del ser humano, debo agregar la desmemoria.

¡Qué cómodo es el olvido! Por añadidura, ¡qué nocivo resulta! Si un hombre sabe que cada vez que suelte un objeto se caerá, pero “se le olvida” ese pequeño detalle, es un necio si acusa al mundo entero de conspirar en su contra porque esa cosa que tenía un valor para él acabó destrozada en el piso. ¿O con deliberación la dejó caer y acusó a la ley de la gravitación universal de arrebatarse el obsequio de su novia nada más por el puro placer de no hacerse responsable de su descuido? ¿Será que aun con la voluntad de no soltar aquel objeto, el epicentro es tan insaciable que anda despojando a contentillo los recuerdos que las personas conservan por sentimentalismo? Eso hablaban en esas villas: hasta dónde la predestinación, hasta dónde el determinismo, cuál es el libre albedrío. Los astros hacen sus cosas, éstas influyen pero, ¿y la gente? ¿La gente es esclava de aquella dinámica celestial o tiene la libertad de responder o decidir? Yerro por olvido, olvido por condición humana, humanidad absurda. No repetir la historia es imposible. Y debido a ello, estos comarcanos andaban mal desde el principio: es una reverenda contradicción obedecer a los astrónomos que advertían que la historia siempre se repite y ellos, al mismo tiempo, fincar una sociedad en la que según sus absurdas cavilaciones no debían reproducir ningún modelo del pasado.

Los mayas antiguos casi me convencen acerca de la circularidad del tiempo. ¿Mmmh? Por supuesto que tienen razón, pues siempre después de una guerra viene la paz, luego de la lluvia escampa y el Sol se pone todos los días. Si hubo un par de eclipses de Venus entre 1631 y 1639; entre 1761 y 1769 y

1874 y 1882 (nada más por mencionar los últimos), lo más probable es que quienes predijeron los tránsitos de 2004 y 2012 (y los anteriores) estén en lo cierto. No me tocará verlos pero la ciencia astronómica, seguro, andará hurgando en esos viejos presagios. Pero, ¿y si como dijeron los griegos clásicos nadie se baña dos veces en un mismo río? No es la misma agua, claro que no, ¿o su evaporación en tiempos de canícula hace que se tornen aguas condensadas en la misma nube y luego lluvia con la misma agua, pensando el mortal que es otra? Nada se repite, menos la historia, de eso estoy convencido ahora. Cada tiempo es una etapa en una larga línea en la que se suceden eventos evolutivos y ya basta de interpretaciones fixistas, queremos pruebas. ¿Y cuál es el final de la línea? ¡Se me reventarán los sesos! ¡No lo sé!

En fin, diré algo rebatible: es indebido externar que nos gusta la guerra, el conflicto, caer en el olvido. Porque hay que ir por la vida diciendo que anhelamos la paz, el amor, la justicia y, en cambio, blasfemar en contra de los ejércitos, la envidia y los ladrones. Y aunque por aquí digamos, por allá haremos. La voluntad se impone aun cuando vaya en contra de lo que pensamos. Y entonces al bípedo le vale un comino si hay violencia (como al que mandó callar al historiador que quería recordar a *La Odisea*); es más, está justificada. Hay conflictos necesarios y, ea, vamos todos a olvidar el discursito sobre el mundo feliz. Esa maldita soberbia. Ahí está el caso del Sol, un genuino maestro de la humildad y a quien ya casi nadie hace caso. Las gentes hoy nada más se asoman por la ventana para verlo en función de lo que vestirán ese día, si po-

drán tender su ropa húmeda en las azoteas, patios o jardines o si mejor permanecen en casa para no molestarlos con los calores. El género humano se cree superior a los demás (incluso a Dios) y le brota el más denigrante egoísmo. Luciferismo puro. Pero no hay hombres superiores; todos estamos hechos del mismo cebo, se nos olvida. El primate no lo comprende por más que se le diga, pero él se coloca en esa execrable condición de sentirse más que otro, negándolo. Es muy cínico, además. Niega los daños que causa al prójimo, prójimo al que le va mal porque esos son sus deseos (del prójimo, claro), porque no somos iguales, por la mala confluencia de su carta astral, la de su nación, su raza o su planeta o porque “así es la vida”. Es la soberbia, de nuevo, la que lo eleva otra vez por encima de todo lo posible y lo imposible sin conformarse jamás con nunca nada. La codicia atrae a un sinfín de males pero esa maldita soberbia lo hace cometer los peores, incluido éste de querer poseer lo suyo (y cada vez más) y lo ajeno a cualquier costo, en cualquier tiempo y sobre cualquier persona sin el más mínimo pudor, contrición o resquemor ni de Dios ni de ningún otro ente del universo. Ni del Sol, para acabar pronto. La soberbia hace que el hombre se queje cuando falta algo y al llegar aquello faltante o deseado, prefiere lo anterior y a todo le busca inconvenientes; si los inconvenientes desaparecen, de todos modos piensa que una oferta diferente habría resuelto de mejor modo sus necesidades. Es un malagradecido, un inconforme sin par. Eso digo de los que se sienten superiores pero los inferiores, si es que son tales, en la primera oportunidad harían lo mismo: joder al que está

enfrente. Así fue la historia de estos pueblos. De ahí la división, la falta de consenso, la pérdida de la unidad. A eso se dirige la humanidad, si no, ¿para qué tantas especialidades que comenzaron a multiplicarse desde finales del siglo XIX? Cada quien tiene su parte en el conocimiento. Una variante novedosa en esto de la apropiación: saber más que el prójimo.

Percibo en la progenie un cierto e indiscifrable amor por el caos. De hecho, en el desorden se presentan los tiempos más provechosos para su soberbia. La gente de estos pueblos cuando menos vivió un tiempo de concordia, es verdad. Ya tenían una sociedad perfecta. Me van a decir que eso no era perfección sino simulación y... bueno, acepto objeciones. Las admito, primero, porque quizá eran aun más perversos que otros que se esperan poco para la revancha, no casi cien años. Segundo, porque pueden argumentarme que la perfección no es propia de los hombres pero que no le es ajeno ese sentimiento que lo orienta hacia el bien sabiendo que el mal se le encuentra asediándolo. Y yo les contesto que todo nacido hace el mal por necesidad. Muchos afirman que la voluntad no existe y que, no habiéndola, el género humano es dócil, pelele y con amplias posibilidades de ser dominado, por ejemplo, por los astros. ¡Pero si el simio evolucionado es el que se somete! Unos a otros, aclaro antes de que se me vengan encima. La brillante teoría de la supremacía del más fuerte. De ser cierto lo anterior (no logro discernirlo del todo) la voluntad entonces es sometida cuando hay miedo, como el que tuvo el famoso francotirador Garín Konaz. El miedo es de las pocas cosas que humanizan a las personas. Incluso el enso-

berbecido llega a dudar alguna vez aunque luego remonte y temerario vaya hasta donde sea posible por imponerse. En esto tenían mucha razón los mayas: hay que aceptar la decadencia porque la humildad se ha vuelto un valor en franco desprestigio. No, más bien erraban. La humildad es algo sólo digno del astro rey, el centro del universo; no de nuestra proge nie bárbara, irracional y estúpida. Por eso, larga vida al Sol.

Otros suponen que a cambio de la inexistencia de la voluntad, el hombre fue dotado del libre albedrío. Hermoso suena si se presupone que el género humano tiene en todo tiempo una conciencia ética. Lamento decirlo pero no es así. La ética es casi siempre sometida por la codicia, la ira, la lujuria y la maldita soberbia. La libertad conduce, por extrañas razones, a la injusticia. El codicioso no repara en qué daña y a quién perjudica cuando la emprende sobre los bienes ajenos; y su satisfacción nunca queda satisfecha. No le importa tener un trabajo honrado ni otro por amor al arte. Los artistas y los honrados son ociosos imbéciles; primero porque el mundo de la imaginación y del talento no sirve para nada, no produce, y segundo, pues aquél que no tiene una moneda en su bolsillo es un tonto; mejor decir: un reverendo pendejo. Los enojados siempre culpan al otro de sus desdichas. Los lujuriosos no tienen reparo ante sus pasiones de la índole que éstas sean; no es sólo la carne sino el hedonismo más pernicioso y vulgar. La maldita soberbia aparece de nuevo, ¡cuánta enajenación!

Ruego disculpen mi retahíla pero en algún momento tenía que desahogarme y estuve a punto de hacerlo muchas veces cuando narraba esta historia. Quería ser objetivo como nos

exige el racionalismo científico, pero no pude más. Tanto desagradecimiento y bajezas de estos brutos ameritaban un juicio de mi parte. Además, en medio de todos los desmanes que hicieron estas gentes, olvidé referirme a Isidora y Baraquiel pues las crueldades que antecedieron a este final tuvieron supremacía. Y no es deliberado: "así es la vida".

Ya he considerado qué fácil es para el hombre buscar el lío, engarzarse en él y gozarlo. La épica ha sido el género literario por excelencia y decirlo no es en modo alguno una ociosidad: debemos ser honestos y admitir de una vez por todas que amamos los bretes en cualquiera de sus manifestaciones. A cada minuto estamos hallando justificaciones, agravios. Vaya, vaya con el hombre que todos llevamos dentro: si no les hallamos, los creamos ¡si para eso somos tal clase de gentuza! Hago eco de aquel etimologista de la villa: si nombramos las cosas no nos andamos con cuentos. Nuestro ser miserable, pero sobre todo, soberbio y desagradecido nos orillará siempre a la estupidez. Está en nuestra naturaleza, qué más da. Somos frutos podridos sin compostura. Y, por si fuera poco, olvidadizos. Los mayas estaban en lo cierto: la historia siempre se repite.

A lo mejor alguno de ustedes esperaba con paciencia saber qué había pasado con esa pareja. Pues bien. *Para quienes no lo recuerdan*, Baraquiel era el muchacho que no tenía una postura definida respecto de pertenecer a los heliófilos o a los pleniunios, pero fue quien ayudó a Ramón Dospuertas y a Arcadio Tuncul en aquellas reuniones cuando un volado decidió que la población primigenia habría de ser partida en dos. Isidora era la joven huérfana de rostro taciturno que, tímida y

nerviosa, había lanzado al aire la moneda manufacturada por los herreros David y Límbano con los resultados conocidos.

Cuando llegué a esta laguna, su comunidad ya no existía. Estaban los vestigios, ya lo he dicho, que iban a ser la delicia de los antropólogos, etnólogos, epigrafistas y arqueólogos a quienes acompañaba en una expedición oficial. Allí permanecimos por meses, cada quien haciendo sus pesquisas. Mi pregunta era siempre la misma: ¿cómo se disuelve un pueblo bendecido de tantas maneras? Y me respondía especulando un montón de cosas como las que ya he vertido aquí.

Los expedicionarios partiríamos una semana antes del 9 de julio de 1945 cuando iba a ocurrir el maravilloso e inquietante eclipse total de Sol, esto es, la Luna desafiando al astro rey, alineada a la perfección con la Tierra por el nodo ascendente. Y como en el grupo había unos muy supersticiosos, la fecha era inamovible.

Por ahí andaba merodeando sin dejar de pensar en la dualidad: inicio-fin, vida-muerte, guerra-paz, soberbia-humildad que tanto cacarearon estas civilizaciones mesoamericanas cuando no muy lejos de los dos pueblos atisbé dos figuras humanas. Por supuesto que apuré el paso para corroborar lo que suponía; la proximidad me permitiría enfocar mejor. Baraquiel tenía un color indefinido en la piel pero, en todo caso, el rostro reflejaba la expresión de un soldado sobreviviente. Pese a los años a costas, era fornido, ágil como el agua. Su nariz era una especie de ganzúa y su boca, sinuosa, como la corcova que se hace a la serpiente cuando engulle. De golpe, su mirada era algo ensañada: los ojos siempre atentos sobre uno

de los cuatro puntos cardinales. Pero, reparando en ellos, habría que ver con cuánta agilidad podían desplazarse de arriba abajo, de un lado a otro. Por extrañas razones, llegué a sentir que él era como un dios del agua, un torrente que hace que los pastos crezcan, las narices huelan humedad, los pájaros tengan néctar y los hijos puedan crecer en el vientre de sus madres, como una laguna, fuente de vida: donde ella está crece todo; porque ninguna pasión puede prescindir del agua: la saliva, el semen, los sudores, la placenta, las lágrimas. Agua que recuerda al hombre cuánto de bien tiene el agua. Hombre que recuerda al agua cuánto de bien puede hacerle el hombre si la cuida con amor.

Pero sigamos. Los hombros de Baraquiel estaban moviéndose sin interrupción, como si ensayaran ritmos hacia todas partes, agitándose lo mismo que sus pies, rodillas, piernas y vientre. La sinopsis de la acción o ¿es que tenía alguna enfermedad nerviosa desconocida para mí? En todo caso, su cuerpo entero era fuerte para golpear, ágil para responder. Ningún ser vivo es inerte, me dirán, pero este hombre anciano era muy característico y creí ver, incluso, que las venas saltadas en sus manos y cuello eran de color blanco, negro, amarillo y rojo.

De primera impresión, Isidora lucía como una vieja con la espalda arqueada por los años y el pesar de su trabajo: vaciar un cántaro de agua para el abrevadero de sus hijos. Pero, bien observada, transmitía juventud y hermosura. Sus ojos no eran grandes pero miraban lo suficiente; eran de un color negro muy profundo, casi azulado.

Cuando Isidora estaba feliz entornaba los ojos, pero alzaba las cejas si sentía intimidación. Esto la hacía parecer enojada pero, en el fondo, conservaba una admirable jovialidad y confianza. Su frente no era amplia pero tampoco estrecha: del tamaño justo para albergar un armonioso conjunto de cabellos lacios que se iban de lado haciendo una media luna cuando un ligero viento la sorprendía mirando por aquí y por allá. Como si fuese una diosa de la Luna. Las orejas no necesitaban ser grandes porque sabía escuchar el sonido de sus hijos al mover, aunque sea un milímetro, el dedo meñique. También curaba a Baraquiél cuando enfermaba. Sabía dónde y cómo preparar las medicinas. ¿Qué madre no procura la salud de los suyos a costa de la propia? Los pómulos eran más bien redondos: se dirigían con levedad hacia el cuenco de los ojos y permanecían abultados y rojizos al sonreír. La comisura de los labios era apenas un trazo que hace confluír la paz y la felicidad. Sus hijos sabían que observaba con la boca. Sus labios se movían a mil por hora aun al dormir (eso conjeturé) o tal vez a la pobre le afectaba alguna neuropatía. Su barbilla era más bien puntiaguda lo que formaba, junto con los pómulos, un gracioso triángulo equilátero pocas veces visto. El cuello de la anciana era largo y colgaba por sobre los hombros casi en línea recta: las puntas del pelo tendían a alojarse impregnadas a su piel húmeda, haciendo un semicírculo que remataba feliz hacia la altura de los pechos. Estos seguían siendo un par de conos firmes con un pezón erecto, siempre en la disposición de amamantar. El vientre tenía a un nuevo conejo a punto de saltar o eso me pareció porque su

cintura era redonda, continente. Sus piernas eran muy fuertes lo mismo que sus brazos, a fuerza del peso que cargaban; bien tornadas sin perder su feminidad. Al caminar lo hacían con garbo, de forma rítmica y entonada. Los pies, ni anchos ni pequeños, cumplían el cometido de procurar el buen paso, la felicidad del cuerpo entero.

Ella era muy seductora. Admito que me quedé alelado viéndola. Tejía y destejía todo el tiempo hojas de maíz para cestos y cunitas; los granos de la mazorca eran reservados para alimentar a sus pequeños.

Baraquiél e Isidora se amaban o simulaban muy bien el amor. Pareció no incomodarles que yo los observara como bichos raros. Con timidez y cautela, como le haría cualquiera que no sabe qué tipo de gentes son, me acerqué. Eran muy amables. Me enseñaron a todos sus hijos (una cantidad incuantificable para mí), me ofrecieron pozol, tortillas y mucha comida que hacían con los productos de aquella tierra.

Me atreví a hacerles algunas preguntas pero se quedaban mirando entre sí, como si no entendieran. Yo hacía gestos, sinuosidades con las manos; señalaba las casas, al cielo, hacía dibujos en la tierra. Comencé a desesperarme pero de nuevo volvía a la calma porque razonaba que la comunicación entre las personas extrañas no es fácil. Ahora, ellos eran los observadores. Muy indiscretos, cavilé. Resoplé de nuevo, conté hasta diez y reinicié el interrogatorio.

Les pregunté muchísimas cosas y para entonces lo hacía con tal intensidad, que no permitía que ellos respondieran. Se miraban, se sonreían otra vez. Sus únicas palabras fueron:

“Baraquiel” e “Isidora”. Y yo insistía en esto y aquello, en saber qué había pasado con las dos villas, si ellos recordaban algo, qué habían hecho tras decidir que no serían solífugos ni plenilunios, si Venus, los eclipses... Quería por qués, cómo, cuándo..., quería *pruebas*. Me miraban ahora compasivos. Incluso, Isidora se acercó para tocarme los cabellos, meciéndolos como lo habría hecho mi madre en la niñez.

Me llené de ira, la odié por un momento. Yo ansiaba saber cosas y era la hora que ninguno de los dos me respondía. Comencé la rabieta exigiendo respuestas pero era imposible con ellos. Seguían escrutándome, mudos. Nunca dejaron de explorarme de la misma forma y no pude más. Les insinué que eran cómplices de la barbarie de ese pueblo. Los acusé de haber propiciado su migración, muerte y acaso, ser los mismísimos autores de todos los crímenes perpetrados en aquellos caseríos. La ponzoña me corría por las venas, ¡era inadmisibile esa paz entre ellos! ¡Se sentían dioses pero eran unos maléficos! ¡Fingidores profesionales, arrogantes! ¡Los hipócritas de la peor laya que jamás haya conocido! Y, en adición, los muy miserables me ninguneaban porque, en vez de entenderse conmigo, parecían gozar mi inquina. Me ojeaban como a un insecto, una cosilla insignificante, ¡pero qué desfachatez! Nada de hermosura en ella ni ninguna vitalidad en él... ¡nada! ¡Qué generoso fui al describirlos si ambos constituían el prototipo de la soberbia! Eran tal para cual: desventurados que se disfrazaban de humildes y amorosos siendo, en el fondo, odiosos y fantoches. Qué lacras estas. Y yo que pensaba en los solares y los plenilunios como los más repugnantes en la

historia de la humanidad. No, aquí tenía a los peores de todos.

Me fui malhumorado, qué va, lleno de cólera sintiéndome víctima de una villanía. Pero a unos cincuenta metros de la cueva en donde tres días antes los había localizado, me detuve. Dudé, es verdad. Si eran sobrevivientes, ¿no estarían recelosos, desconfiados? ¿Y si por el contrario lo sabían todo y era mejor dirigirme a ellos de otro modo? Así tenía su testimonio y no remendaba yo esta historia; así no la falseaba o inventaba. Pensé que debí ser paciente con ellos, recordar que ya nadie confía en nadie pues, dicho todo lo anterior acerca de la naturaleza del hombre, es difícil, muy difícil dar la bienvenida así nada más a cualquier extraño como yo quien, además, no pide, exige respuestas. Qué maleducado era, sí, un bribón insolente con estas pobres personas que tal vez no hablaban lengua alguna o si la hablaban, era desconocida para mí y ellos ya lo sabían.

Esas cavilaba cuando volteé a verlos, avergonzado, creyendo que eran mis figuraciones y yo actuaba de forma injusta. ¡Pero no! ¡Los muy infames seguían allí, en el quicio de la entrada! La cabeza de Isidora recargada en el hombro de Baraquiel y el brazo izquierdo de éste reposando en los hombros de ella. La muy cruel sonrió por última vez y con una mano me dijo adiós. “Villanos embusteros”, pensé. “¡Asesinos locos!”, les grité. Era tanta mi furia, estaba tan fuera de mí que corrí hacia ellos con la vista nublada. Quería aproximarme, encararlos y decirles, gritar al mundo entero que eran unos falsarios arrogantes, unos soberbios sin par. Corrí tanto y con

tal velocidad, enceguecido por la cólera, que no reparé en cuántos kilómetros había recorrido en aquella carrera. La realidad me dejó tiritando, pese a mi sudor y el agobiante calor: no había tal cueva, tal hombre, tal mujer, tales hijos. Miré en derredor creyéndome sometido por la locura. Respiré lo más hondo que pude. Nada. No había nada ni nadie. Lo único que pasó por mi mente fue la imperiosa necesidad de olvidar.

Larga vida al Sol, de Beatriz Gutiérrez Müller
se terminó de imprimir en febrero de 2011
en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno 162-1, Col. Granjas Esmeralda,
C. P. 09810 México, D. F.



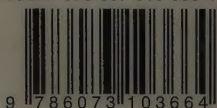
Con resonancias épicas y gran despliegue de humor e ingenio, en esta novela se narra la fundación, el auge y la decadencia de cierta comunidad establecida a las orillas de una laguna casi perfecta en su redondez. Se trata de un entorno selvático que bien podría ser algún asentamiento maya del Antiguo Imperio, aunque la relación nunca sea explícita. El conocimiento astronómico maya y sus cálculos exactos sobre los ciclos estelares está presente. El más importante de ellos es el doble tránsito de Venus sobre el Sol, fenómeno que ocurre cada 130 años (la próxima alineación ocurrirá en 2012).

Al principio, los pobladores viven en plena armonía; todo lo que necesitan se los proporciona la naturaleza. Sin embargo, justo cuando ocurre la primera de las interferencias de Venus, surge el conflicto a propósito del nombre que debe recibir la laguna: Beso de la Luna o Sortija del Sol. Eventualmente, esta discrepancia provocará una profunda crisis, la división de la villa y, acaso, su desaparición.

Beatriz Gutiérrez Müller ha creado una atmósfera surrealista donde todo es posible: una nueva oportunidad de encontrar el paraíso y deliberar sobre lo que determina el comportamiento humano mientras ocurren los tránsitos venusinos de 1874 y 1882.

Desde hace tiempo, la literatura mexicana necesitaba una voz tan singular como la de esta autora.

ISBN 978-607-310-366-4



9 786073 103664

Lumen

narrativa



W6-AJD-577